



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

DEL FUGITIVO PENSAR

Escrito el año 1974
Primera edición electrónica 2007

Fortaleza FFP

Guido Hinojosa Cardozo

auspiciamos la difusión del conocimiento

Editor © Rolando Diez de Medina
La Paz - Bolivia

INDICE

[Nacionalismo y futuro político de Bolivia](#)
[América del Sur: compacta y sola](#)
[Hacia un entendimiento político de largo alcance](#)
[García Venturini, filósofo y pensador](#)
[Relieve del hombre que Piensa y Escribe](#)
[Un gótico del siglo XX](#)
[Retrato de mi Madre](#)
[La Heroína de Chuquisaca](#)
[Murillo: el hombre de Julio](#)
[Paz Campero – Gosálvez, Baldivieso](#)
[Críticos, criticastros y envidiosos](#)
[Augusto Guzmán](#)
[Moisés Alcázar](#)
[Porfirio Díaz Machicao](#)
[Revelación de la Patria que asciende por el Este](#)
[Manuel Frontaura Argandoña](#)
["Sumaj-Orcko": destino insigne](#)
[Potosí. Grandeza en abandono, corazón de Bolivia](#)
[Tristán Marof](#)
[Adolfo Costa du Rels](#)
[Ofrenda Kolla](#)
[El grupo aimara y el Hombre nuevo de Bolivia](#)
[El Secreto de los Andes](#)
[Primer mensaje de Phanty-Aru a los bolivianos](#)
[Segundo mensaje de Phanty-Aru a los bolivianos](#)
[Tercero mensaje de Phanty-Aru a los bolivianos](#)
[Cuarto mensaje de Phanty-Aru a los bolivianos](#)
[Quinto mensaje de Phanty-Aru a los bolivianos](#)

NACIONALISMO Y FUTURO POLITICO DE BOLIVIA

El nacionalismo popular y revolucionario — dos vocablos que se explicitan por si mismos— resume la filosofía política de los bolivianos, y se eslabona por los gobiernos de Toro, Busch, Villarroel, Paz Estenssoro, Siles Zuazo, la Junta Militar de noviembre de 1964 al mes de agosto de 1966, Barrientos Ortuño y Banzer Suárez.

Apesar de los desmanes y abusos de poder inevitables en un ciclo de grandes transformaciones sociales y económicas, se percibe una línea subyacente de inspiración cristiana y tendencia democrática en los últimos veinticinco años. O sea que la política no ha vulnerado el fondo ético del pueblo, por mucho que no hubiesen faltado los excesos de algunos mandones y sus turbas aleccionadas. La norma cristiana y la orientación democrática son inseparables del nacionalismo boliviano, si bien cabe reconocer que en los periodos críticos de mudanza y alteración ambas son desnaturalizadas transitoriamente, lo que ocurre en las fases agudas de la voluntad de poder desorbitada.

Pero existen dos clases de nacionalismo: el europeo y el sudamericano y se hace preciso distinguir entre ambos. El nacionalismo europeo es de orden cerrado: racista, ávido de grandeza, agresivo, de raíz totalitaria, de impulso despótico, no vacila en llegar a la crueldad. Persigue y excluye todo lo que no se le subordina incondicionalmente. Encuentra su mejor expresión en el nazismo alemán, el fascismo italiano y el comunismo ruso. Es la hipertrofia del mando y el abuso del poder. En el siglo XIX, el nacionalismo europeo se presenta democrático y revolucionario, satisface las ideas de libertad e independencia de los pueblos, pero en el siglo XX, influido por el voluntarismo de Schopenhauer, de Nietzsche, y de Spengler, se despoja de la cáscara nacional y se transforma en obsesión imperial. Se impone la primacía de la fuerza sobre la ética. Alguno de estos filósofos sostiene que la paz mundial no es lo más importante, sino el poder de una nación como esfuerzo de su voluntad, cosa más decisiva — afirma — que los ideales abstractos de verdad y justicia. Esa prédica de soberbia nacional condujo a las dos Hecatombes Mundiales de 1914 y de 1939, convirtiendo la idea nacionalista en imperialismo expansivo y despiadado.

Muy otra cosa es el nacionalismo de tipo sudamericano, de orden abierto, generoso que recién lo estamos construyendo. Es defensivo, no agresivo. De esencia cristiana y humanista busca la defensa propia, un crecimiento acelerado, democrático de tendencia, revolucionario no por la violencia sino por el avance gradual a mejoras sociales y económicas. Es cuando cada pueblo aspira a bastarse a sí mismo sin renunciar por ello a la convivencia internacional. No busca la expansión territorial ni apoderarse de riquezas ajenas. Le bastan su contorno geográfico, satisfacer las necesidades de su población, defender sus riquezas naturales. Tolera las ideologías y admite la pluralidad de las formas políticas mientras no atentan contra la unidad del Estado Nacional. No se funda en los impulsos agresivos sino en los impulsos cooperadores del ser humano. Si el nacionalismo europeo es de tendencia vertical — cada nación quiere imponerse sobre las demás — el nacionalismo sudamericano tiene proyección horizontal: que todos respeten a todos y cada cual crezca sin temor y sin envidia.

Parecería anacrónico que en nuestra época de vinculaciones políticas, integraciones económicas, y aproximaciones de orden social, el nacionalismo pueda mantener vigencia por mucho tiempo más. Pero no se olvide que si exceptuamos la vida de las urbes cosmopolitas, el transcurrir sudamericano en la mayor parte de su geografía habitada se mueve todavía bajo cánones del siglo XIX, se halla en considerable retraso en relación al ritmo vertiginoso de las sociedades nacionales avanzadas. En ese estado de indefensión, de retraso colectivo, de extrema dependencia de los mercados exteriores, se justifica que la filosofía nacionalista, que opone el espíritu nacional al ideal cosmopolita, constituya el instrumento salvador para afianzar el vigor político, atenuar la dependencia económica — si bien hoy todas las naciones y economías son interdependientes — y promover un desarrollo social equilibrado.

Por el estado de atraso y dependencia en, que aun se halla sumida la América del Sur — y Bolivia dentro de ella — se valdrán por mucho tiempo todavía de la instrumentación nacionalista. Para avanzar más tarde a la Gran Patria Sudamericana, es preciso previamente, que cada Estado se desenvuelva y conforme en plenitud de soberanía y libertad para unificar sus grupos étnicos y articular sus fuerzas económicas. Debemos conquistar la personería nacional, vigorosa y definida, antes de pensar en lograr la integración continental.

El ritmo de crecimiento dentro del cual nos hallamos incluídos, exige pues el afianzamiento interior, es decir la idea nacional, como etapa previa al Estado homogéneo de estructura y coherente en sus actos que pueda gravitar con personalidad propia en el concierto internacional.

La filosofía del nacionalismo supone el derecho de cada pueblo a darse y controlar su propio gobierno, a defender su territorio y sus riquezas naturales, a conducir su política externa e interna por su sola decisión, con arreglo al interés de su colectividad, a promover prioritariamente el bienestar y el progreso de sus hombres y mujeres. Combina — dice el tratadista Gettell — la soberanía con la revolución. O en otros términos: seamos, primero, nosotros mismos para alternar después con otros pueblos y naciones.

* * *

Desarrollar una personalidad nacional respaldada por un sistema orgánico de instituciones y mecanismos que afirmen al Estado sin menoscabo de la libertad y dignidad de sus ciudadanos. Esta es la suprema virtud del nacionalismo que no coacciona ni aplasta al individuo bajo el peso de la maquinaria estatal, como acontece en los totalitarismos de izquierda o de derecha.

El nacionalismo sudamericano, en suma, es un impulso concertado y coordinado de la comunidad nacional, que conjunciona la conducción pública y la actividad privada para constituir un todo político y económico homogéneo en sus metas y en sus cursos de acción.

Si la democracia es el gobierno por consentimiento, el nacionalismo es la disciplina espontánea con mira al bien común.

Pero en esto de explicar las doctrinas políticas, conviene advertir que los textos no lo dicen todo, ni las ajenas experiencias se adaptan siempre al propio interés.

Por mucho que la letra enseñe, siempre el espíritu va más lejos.

He aquí por qué debemos mirar en nuestra propia realidad más que en la teórica de los sistemas en boga, y tratar de adecuar nuestro pensamiento político a las necesidades reales del pueblo y del medio geográfico en que vivimos.

El Estado, sostiene otro tratadista moderno, es eterno, pero las formas de gobierno son variables y transitorias. Y es que sólo avanzan los pueblos capaces de soñarse a sí mismos, de pensar y de inventar, de buscar nuevos caminos para ordenar el sistema social que regule sus acciones.

Es lógico que debemos tener en cuenta la experiencia milenaria de la humanidad, las enseñanzas de los textos clásicos, las teorías políticas vigentes, mas no está en ellas toda la clave del presente. Tenemos que mirar en torno, analizar cómo evolucionan Estado, Pueblo y Sociedad. Y de acuerdo a esas fuerzas en tensión, a esas realidades circundantes, a los modos peculiares que imponen la geografía y la etnia del país, buscar nuevos sistemas de ordenamiento político y social.

Atrevámonos a plantear nuevos lineamientos prácticos que faciliten el natural desarrollo y la armoniosa integración de los bolivianos. Daré sólo dos ejemplos.

El nacionalismo boliviano podría avanzar hacia un nuevo Estado político donde los sectores civiles y castrenses se integren y alternen en una sola unidad funcional y constructiva. El

civil seguiría siendo civil y el militar, militar; pero ambos ya no se verían separados por la discriminación entre esos dos grandes estamentos sociales, como sucede actualmente, sino que tenderían a conformarse dentro de un sistema nacional que coordine la disciplina militar con la flexibilidad civil, y dentro del cual el nuevo ciudadano tenga algo de espartano y algo de ateniense pudiendo, servir a la Patria lo mismo con el brazo que con la mente. O sea que el militar pueda desempeñarse como político o administrador, y el civil sea capaz de conducir tropas y de organizar la defensa armada en casos de emergencia. ¿No fueron Sócrates y Esquilo lo mismo guerreros que intelectuales? Pues bien: el hombre boliviano futuro, por lo mismo que somos Nación enclaustrada escasa población, debe orientarse simultáneamente al campo castrense y al campo civil.

El segundo ejemplo. Obreros y campesinos han despertado a una conciencia cívica. Ya no son simples masas sometidas, sino grandes fuerzas sociales que pugnan por sus derechos y conocen sus obligaciones. Será justo y previsor, entonces, que intelectuales, técnicos, profesionales, empleados, obreros y campesinos constituyan un "corpus" político unitario y elástico, de representatividad cambiante, que garantice la paz pública, la justicia económica y el desarrollo social equilibrado.

Para ello es indispensable que la actual sociedad de minorías dirigentes se convierta, en una sociedad de participación donde todas las clases sociales estén representadas en la conducción de las empresas y en el usufructo racional de la riqueza que generan con su trabajo.

Esto no será comunismo ni totalitarismo de Estado, sino intervención de todos en todo, buscando el equilibrio justo entre Estado, Empresas y Fuerza de Trabajo; ésta última hoy es dependiente y se ve limitada en sus aspiraciones. Reclamamos para empleados y obreros lo que ya planteaba en 1948 en conferencia pública: la participación directa y efectiva de sus representantes libremente elegidos en los directorios de las empresas, públicas o privadas, y en la distribución de utilidades pero sin escamoteos legales ni argucias financieras.

Son sólo dos aspectos — ¡y hay tantos más! — para transformar la sociedad actual, todavía pesada y lenta, en un organismo nacional más ágil y eficiente, capaz de resolver los actuales problemas de inercia y de retraso en un vasto sistema político-social que brinde a todos igualdad de oportunidades para mejorar, en lo material y ascender en la formación espiritual. En resumen: para formar una verdadera sociedad nacional, integrada y pluralista, intermedia entre plutocracia privilegiada totalitarismo estatal, de modo que la democracia no sea simplemente enunciativa, sino un derecho, un atributo el ejercicio compartido de funciones y garantías inherentes a todos.

* * *

Los dos grandes maestros de la teoría política — Platón y Aristóteles — sostienen que la diversidad y el pluralismo creador de la sociedad democrática son su gloria, y que por su misma naturaleza el Estado tiene que regular derechos y obligaciones sin exclusión de grupos ni personas.

Entre nosotros el nacionalismo democrático es más enunciativo que operante; ésta es su debilidad. Tenemos que avanzar a un estado superior de representatividad igualitaria, por el cual se afirmen la igualdad política, la justicia económica, y la promoción social de todos los estamentos de la comunidad nacional, lo que no ocurre actualmente.

Los sistemas políticos clásicos y aun los vigentes, tienen que ser revisados y superados por nuevas estructuras. Claro está que el Gobierno se ejerce siempre por minorías de conducción, pero esas minorías deben ser la expresión del consentimiento colectivo.

Todo exceso como toda exclusión son anticristianos antimorales, antihumanos. La nueva sociedad debe brotar del libre consentimiento mayoritario del pueblo, y no de la voluntad que se ergue por la fuerza de un grupo dominante. La única manera de acabar con las revoluciones y los

disturbios consiste en hallar mecanismos de poder lo suficientemente justos y lo previsoriamente amplios para traducir las necesidades y derechos de todos.

No bastan la estabilidad y el desarrollo, si paralelamente no se reconoce la justicia y la dignidad en el trato humano.

Para un nacionalismo creador y práctico, gobierno y economía deben servir al hombre y no a la inversa. Ese nacionalismo unificador puede conducirnos al estado del bienestar que persiguen las modernas sociedades nacionales. Esto presupone ejecutivos descentralizados, parlamentos funcionales, redistribución de la riqueza, participación efectiva de todas las clases sociales en el ejercicio de los derechos políticos y en la conducción del gobierno y de la economía. Además rotación de grupos y personas. Reducir los, períodos administrativos de 4 años a 3. Elecciones rápidas y cortas. Terminar con los compadrazgos y las camarillas: el funcionario que no sea honesto ni eficiente, debe ser cambiado por sobre toda razón de amistad o sentimental.

Un Estado Nacional realmente fuerte y positivamente orgánico, tiene que ser inexorable y previsor a la vez. Y el cargo público más una responsabilidad que una sinecura.

En Sudamérica, donde todo se mueve inquieto, en formación, el nacionalismo despunta vitalista, emprendedor. No puede confinarse a lo que sugieren los textos ni las costumbres. Tiene que inventar e imaginar. Desechar lo que sea caduco u obsoleto. Buscar nuevas estructuras que den cauce a mejores Posibilidades de movilización popular, porque es con intervención directa del pueblo en su plural diversidad como se afirma la comunidad nacional.

El sistema jurídico, económico y social de la Nación Boliviana, si bien intencionado en el fondo en su funcionalismo práctico adolece de insuficiencia e ineffectividad. No responde a la etapa de integración y despegue al desarrollo que vivimos. Todos debemos contribuir al análisis y a la búsqueda de soluciones Positivas que aseguren un mejor desenvolvimiento de los grupos Sociales, base y garantía del orden público.

Así como después de la Guerra del Chaco los gobiernos de tipo liberal fueron superados por el nacionalismo revolucionario, creo que para 1980 si no se halla una fórmula política nueva y más eficaz, al menos habría que darle un sentido de transformación que nos sacuda del letargo político actual.

Sin desconocer los méritos de los partidos tradicionales, existe una aspiración general que demanda nuevos partidos, nuevos programas, nuevos líderes. Si el nacionalismo no se renueva y no busca la apertura a nuevos métodos de acción, será superado por las extremas ideologías que mantienen intacto su ideario por no haber llegado aun al poder. Este es el peligro contra el que debemos luchar: salvar al ideal nacionalista del cerco de utopías y falsedades conque lo acosan la hipertrofia capitalista y el monopolio estatal.

Por el estado de fusión en que se agita el pueblo boliviano, no veo otro esquema que el nacionalista para un futuro inmediato, a condición de que ese esquema se ajuste a la realidad circundante y se renueve por transformaciones graduales que aseguren una eficaz construcción nacional.

A la teoría inerte y desgastada, debe suceder una praxis dinámica y osada.

En otras palabras, que la nueva generación política, hoy dispersa, silenciada o indiferente, recupere la posición de prédica y de lucha que la Nación exige a quienes aspiran a ser sus conductores. Lucha no en sentido de bullangas callejeras ni de ataques agresivos, sino en aquel otro más noble de la propagación y la defensa de los ideales elegidos, hasta lograr que ellos encarne en la conciencia popular.

Nacionalismo es, pues, combate y persistencia contra las fuerzas disolventes del anquilosamiento y de la anarquía.

No tratemos de imitar a las democracias occidentales ni a los nacionalismos europeos: son cosa diferente al fenómeno sudamericano. Y lo que nosotros, bolivianos, necesitamos es un nuevo molde político fabricado por nosotros mismos, a medida de nuestras necesidades, de nuestro medio social, de nuestras peculiaridades geográficas, étnicas y económicas.

Una doctrina boliviana para uso de los bolivianos, como alguna vez apuntara el general Barrientos Ortuño.

Un nacionalismo verdaderamente popular y revolucionario, integrador e igualitario.

Un nuevo tipo de nacionalismo que refleje los anhelos de transformación de la moderna sociedad pluralista.

* * *

En esto del nacionalismo existe algo de lo que debemos precavernos: es la pasión excesiva, el uso inmoderado de una doctrina política, con menosprecio de las demás, la patología del partidista que sólo acepta lo suyo y detesta furiosamente lo que viene de afuera.

Los que incurren en tales exageraciones, están en error. El nacionalismo boliviano no excluye ni persigue; más bien atrae y unifica. Somos país despoblado, descapitalizado, en incipiente desarrollo; ¿cómo podríamos desdeñar lo que viniendo del exterior podría fortalecernos por dentro?

El buen nacionalista debe ser tolerante, comprensivo. Preferir lo propio, en igualdad de condiciones, frente a lo importado. Pero no hacer alegato de extranjerías porque todo aquel que reside y produce en Bolivia, debe ser mirado como boliviano.

* * *

La provincia, la región, las villas y las aldeas, así como, las fronteras deben entrar al juego democrático con personería propia. No es lícito hablar de Nación orgánica y homogénea, si todo el movimiento político-económico se concentra en las capitales macro-cefálicas.

Articular las provincias, los lugares más remotos, y los mercados internos con el vasto engranaje nacional, será objetivo primordial de una política nacionalista. Descontando esfuerzos aislados de gobiernos y particulares, carecemos todavía de una infraestructura para el desarrollo que estimule y vincule el proceso interno en un gran mecanismo de progreso.

Treinta años atrás preconizábamos una "dinámica de aventura". Ahora debemos proponer el potenciamiento sistemático y simultáneo de todo el cuerpo nacional.

Y no se piense que la fórmula nacionalista debe encubrir fallas ni bajos rendimientos; al contrario: será más bien la primera en suscitar competencias hábiles, logros superiores, de modo que sus realizaciones prácticas — en la industria, en el comercio, en la proyección cultural — puedan rivalizar con las foráneas.

Constancia en el esfuerzo, responsabilidad en la conducta. Esto es lo que exige un sano nacionalismo.

Y un sentido del honor y del deber que es la llama sagrada que alimenta el ara de las patrias.

* * *

Necesitamos un Plan Quinquenal de Desarrollo.

He aquí una forma de nacionalismo activo y creador, porque atiende no sólo al desarrollo económico y tecnológico, sino principalmente a la formación y bienestar de los pobladores pues contiene previsiones ponderables en materia de vivienda, nutrición, salud, educación, y elevación de los niveles de vida.

Por encima de las discrepancias ideológicas, todo boliviano debe respaldar un Plan Quinquenal, instrumento eficaz para un despertar positivo de la Patria y sus habitantes.

Lo que hace falta es que demos a todos la ciudadanía efectiva, la posibilidad práctica de intervenir en el proceso colectivo con un sentido integrador de la política, con ese espíritu de cooperación social que no siempre prima en nuestros actos.

Es el motor ético el que debe impulsar y coronar los esfuerzos de los técnicos. Una sola voluntad constructiva que retina y fortifique las energías hoy dispersas en el ámbito nacional.

* * *

Una revitalización del Nacionalismo Revolucionario: esto es lo que requiere Bolivia. Osadía para imaginar nuevos planteamientos programáticos, voluntad para llevarlos a cabo.

Sacudirse de la inercia y la indiferencia que, salvando excepciones, aletargan la conciencia cívica.

1980 debe abrir una nueva época en nuestra historia. No podemos contentarnos con lo que somos; debemos aspirar a lo que podemos ser.

La palabra Nación lo ciñe todo es la pluralidad de razas, lenguas, religiones, tradiciones y costumbres que el perímetro geográfico contornea y la fuerza sustentadora de las leyes unifica. El ser colectivo que garantiza la permanencia de los seres individuales. La conciencia territorial que anima y da sentido a Una conciencia del espíritu. Morada y refugio para hogares y personas, es también un mandato de trabajo y responsabilidad. Si la Nación nos da vida y protección, exige a su vez servicio honesto, entrega voluntaria a un ideal de paz fecunda, de esfuerzo solidario en la lucha de los días. Y la Nación sale del esquema jurídico para convertirse en la Patria eterna del sentimiento, cuando nos hacemos dignos de llamarnos los hijos de su grandeza y su destino.

Esa escuela de civismo, esa pasión nacionalista, esa llamarada de amor y entendimiento que duermen en el corazón de todo buen boliviano, deben terminar con la dispersión y los desgarramientos fratricidas que debilitan al Estado Nacional.

Suspiramos por una Patria Mejor. Hagámonos mejores nosotros mismos, eliminando el odio y la violencia, la envidia y las rencillas. La Patria es inmensa y generosa: podría acoger doscientos millones de personas. Toca a los cinco que hoy pueblan, misión de tolerancia y de concordia. Avancemos a una nueva era de aproximación y responsabilidad compartidas. Nadie debe ser excluido en esta edificación colectiva tan escasa de material humano.

Y que nos tilden de utopistas y soñadores. No importa. Las patrias se levantan y prosperan por la fe y la imaginación que anticipan las realizaciones materiales. Atrevámonos a ser los obreros de un nuevo atrevimiento.

Enero de 1980

AMÉRICA DEL SUR, COMPACTA Y SOLA

La revista "VISIÓN" da apertura al análisis de un tema de candente actualidad: ¿es lícito hablar de una comunidad hemisférica cohesiva; y deben los Estados Unidos formar parte de la Organización de Estados Americanos?

William D. Rogers, político y abogado norteamericano, critica la débil estructura y el peor desenvolvimiento del organismo interamericano, planteando abiertamente el retiro de los Estados como miembro activo de la OEA, o por lo menos reduciendo la presencia norteamericana en sus acuerdos, hasta hoy presionados por la desmedida influencia del país del Norte. Esto sin abandonar los compromisos y el apoyo que seguiría prestando al desarrollo del hemisferio Sur.

Julio Cueto Rúa, catedrático y economista argentino, estima que el futuro del sistema interamericano y el equilibrio de las relaciones hemisféricas, dependen en gran parte del entendimiento entre Brasil y Argentina que a su juicio condicionaría la estabilidad y el progreso de toda la América Meridional.

Alberto Lleras Camargo, abriendo el debate al dar paso a las citadas opiniones — ex Presidente de Colombia y experimentado estadista cuyos artículos siempre se leen con interés — analiza agudamente la problemática actual y las futuras proyecciones de la OEA, preguntándose "¿Por qué no?" frente al hipotético retiro de los Estados Unidos.

Es primordial saber cómo nos llamamos antes de ingresar al asunto en debate.

Por grande que sea lo debido a la herencia occidental, al genio hispánico, a la contribución ibérica o al espíritu latino, es inadecuado denominarnos América Hispana, Iberoamérica, o América Latina, cuando ninguno de estos vocablos engloba la generalidad constitucional del hemisferio meridional ni étnica, ni sociológica ni culturalmente hablando. Rebasando el marco geográfico y ateniéndonos a la unidad de origen, a la cohesión de lenguajes, a las semejanzas de conformación jurídica y desarrollo económico, y a la urgencia de incorporarnos al mundo atómico como un bloque de naciones compactadas para enfrentar un destino como debemos empezar por llamarnos: América del Sur, comprendiendo las diez naciones meridionales, México, América Central y las islas del Caribe.

Así la crearon y la nombraron libertadores y humanistas, lo mismo Bolívar que San Martín, Bello que Hostos, Sarmiento como Martí.

Yo diría que los dos planteamientos de Rogers y de Cueto Rúa son incompletos: padecen de parcialidad e insuficiencia. En efecto, en el primer caso, el problema no consiste en el simple retiro de los Estados Unidos del sistema interamericano, sino en la unidad trascendental de las naciones que constituyen América del Sur. En el segundo, por importante que sean una aproximación efectiva y una acción internacional solidaria entre Brasil y Argentina, tampoco ellas tocan la entraña del asunto. Los dos colosos meridionales son mucho pero no son toda la América del Sur y además faltaría el concurso del tercero: México.

Tocante a la interrogación pasiva de Lleras Camargo, yo la transformaría en activa: sí, los Estados Unidos deben retirarse de la OEA a pedido nuestro y para mayor beneficio del futuro sudamericano.

No podemos continuar atados a las metrópolis transmarítimas. Los organismos internacionales o interamericanos, generalmente nos someten a la voluntad decisoria de las grandes potencias. En cambio los otros, los sistemas de integración regional, incipientes aún, carecen de la consistencia necesaria para imponer soluciones de tipo continental.

Es probable que cincuenta o cien años más tarde, el ideal del Libertador cristalice en la Confederación de Estados Sudamericanos. Es la meta lejana. Entretanto, el objetivo próximo, irrenunciable, inmediato consiste en organizar un poderoso bloque regional, con naciones de economía integrada y políticas afines, porque sólo con el respaldo solidario de los casi trescientos millones de habitantes que pueblan la América no sajona podremos gravitar con peso propio en el juego de la política mundial.

Urge, pues, como paso inicial, reorganizar la organización de Estados Americanos, sustraerla a la pesada influencia de los Estados Unidos, otorgarle cohesión interna y absoluta autonomía de acción para orientar sus decisiones libre de las directrices políticas y de represiones

financieras conquie actualmente la asedian Washington y el Mercado Común Europeo, los dos núcleos alimentadores del desarrollo sudamericano siempre que los países beneficiarios de créditos y ayudas técnicas se sometan a las estipulaciones impuestas por las potencias industriales.

Para evitar que los tres colosos del Sur — México, Brasil o Argentina — ejerzan hegemonía desde sus propios y poderosos reductos, la sede de la nueva OEA debería situarse en un país de menor desarrollo relativo como Bolivia, Ecuador o Paraguay.

Debemos avanzar hacia un sistema monetario continental unificado, con monedas nacionales estables entre sí y libres.

Crear el Banco Sudamericano para el Desarrollo.

Defender los intereses nacionales con visión continental, de manera que los precios de las materias primas y de nuestras exportaciones no dependan de la actual subordinación de nuestros países cada uno aislado el momento de negociar lo suyo a las exigencias de los grandes mercados compradores, sino que en el dar y en el adquirir el mercado sudamericano sustituya a los actuales endebles mercados nacionales.

El nuevo sistema OESA — organización de Estados Sudamericanos — debe reemplazar a la ya caduca OEA washingtoniana, imperialismo de guante blanco donde el más fuerte, apoyado en sus potentes sistemas financieros y de fomento al desarrollo impone la política económica más conveniente al Norte, con desconocimiento de la realidad humana y social de los países que viven al sur del Río Bravo.

Se dice que somos simples proveedores de materias primas. Que nos imponen precios para adquirir nuestros productos y para proporcionarnos los que requerimos. Que el capital financiero acumula utilidades a costa del empobrecimiento de los países que explota. Que existe una estrategia del desarrollo y del potenciamiento industrial, que sólo estimula el crecimiento lento o acelerado de industrias no competitivas con los grandes núcleos de producción del MEC y de Norteamérica. Y también una sutil hegemonía intelectual que se ejerce en modo suave, persistente, lo mismo de Washington que de Madrid, de Roma que de Paris, añadiendo partículas aditivas que presuponen resabios colonialistas.

Todo ello es cierto en mayor o menor grado, pero también lo es que debemos liberarnos del prurito de atribuir todos nuestros males a los Estados Unidos, sin reconocer que en grande parte los provocan nuestros propios errores y deficiencias. Será pues útil, para América del Sur y para la del Norte, que nos manejemos, por nosotros mismos, en perfecta autonomía de pensamiento y de acción. La nueva OESA puede ser el instrumento de una mejor política interhemisférica.

¿Hasta cuándo seremos menores de edad en política y en economía? ¿Por qué capitales, tecnología y recursos de civilización seguirán fluyendo de fuentes extracontinentales? La riqueza ¿no podemos crearla desde adentro con sacrificio y disciplina? El desarrollo ¿no depende en su magnitud decisiva del esfuerzo humano? Los grandes bloques regionales del planeta — Estados Unidos, China, Rusia, India — no se lograron por la fusión de sus núcleos étnicos, geográficos y nacionales?

Hasta por razón biológica de supervivencia necesitamos un sistema autónomo de Estados Sudamericanos que nos permita el libre ejercicio de nuestros deberes presentes y nos preserve de nuestras responsabilidades futuras.

Admitido universalmente el principio del pluralismo ideológico y político, estadistas y economistas de las veinte Naciones Sudamericanas deben reunirse en torno a una mesa para conformar el nuevo organismo hemisférico.

La gran Patria Sudamericana es una, indivisible. ¿Qué esperamos para crear la ciudadanía continental?

La leyenda del continente dividido y desvalido terminó.

Tenemos que dar los primeros pasos para abrir campo a la futura Confederación de Naciones de la América del Sur.

Porque si no somos capaces de comprender el destino histórico que nos señala la evolución mundial — unirse entre afines, fortalecerse entre débiles, crecer en entendimiento y cooperación — las naciones del hemisferio meridional seguirán siendo, en mayor o menor escala, fácil presa de la avaricia organizada de las potencias industriales.

Bienvenido el debate iniciado por "VISION".

Desde aquí, en las montañas de los Andes, pensamos que la OEA debe reorganizarse marginando de su seno a los Estados Unidos.

América del Sur incluyendo a México, Centroamérica y las islas del Caribe — compacta y sola, debe afrontar su destino atendida a sus propias fuerzas y a sus naturales reservas.

Basta ya de tutelas hegemónicas.

La Paz, 13 marzo 1973

HACIA UN ENTENDIMIENTO POLITICO DE LARGO ALCANCE

“¡Oh Discordia, por siempre
lamentable, que nada construyes!

Schiller

* * *

"El gobierno debe tender a
la conciliación de las
facciones, si quiere ser
justo y, perdurar."

Platón

* * *

"El Estado es el arquetipo
racional y la política
debería acercar a los hombres
en vez de separarlos."

Schelling

* * *

En 1960 fui expulsado del M.N.R. por pedir la conciliación nacional. Insisto en el tema porque así lo exige más que las dramáticas circunstancias actuales, un futuro estable para la Patria. Y no temo burlas ni disgustos porque el deber del ciudadano está por encima de la tranquilidad de la persona.

* * *

Somos nación despoblada. Nos faltan, sobre todo, hombres de conducción, ciudadanos aptos para enfrentar los requerimientos del vértigo moderno. La Unidad estampada en el Escudo Nacional es una ficción: vivimos profundamente separados y enconados. La Bolivia oficial que gobierna, la Bolivia opositora hoy silenciada, y la Bolivia del exilio carecen de vínculos razonables para entenderse. Y esto se arrastra desde hace muchas décadas. Esa carrera desatinada del divisionismo interno ¿ha de proseguir indefinidamente, debilitando el país hasta una disgregación final?

No lo creemos. Los pueblos y los hombres pueden enmendar sus yerros. Y siempre hay nuevos caminos para salir de la oscuridad hacia la luz.

El esquema arcaico, Gobierno — Conspiración debe ser superado. Necesitamos una nueva instrumentación política que haga posible la convivencia práctica entre bolivianos. Ni subversiones escalonadas ni desbordes sindicales, pero tampoco duras represiones, destierros ni confinamientos. La democracia compartida debe crear el mecanismo que conduzca a un nacionalismo amplio, generoso, capaz de dar participación efectiva y garantías plenas a todos los grupos y personas.

* * *

Es lógico pensar que esa solución ideal no llegará con la rapidez del relámpago. Será materia de largas y cautelosas discusiones. El boliviano, en política, recela, desconfía y gusta de montar su propia trampa. Eso debe terminar.

Si todos concurren con una nueva fe, con un nuevo espíritu, con una nueva voluntad de acercamiento, puede producirse el Encuentro Nacional tan pregonado y jamás cumplido.

La unidad política presupone un desarme espiritual previo. Ese, desarme espiritual tiene que ser negociado, mediante planteamientos y concesiones recíprocas.

No directamente entre el Gobierno y los jefes de Partidos, cuyo distanciamiento acrecentado por el tiempo no garantiza un acuerdo inmediato, sino mediante representantes del Gobierno, de la Oposición y de los Exilados que estudiarían los problemas recíprocos proponiendo fórmulas viables de entendimiento. Analizadas y aprobadas esas fórmulas de avenimiento, así como el nuevo sistema político que les daría vigencia, la Nación podría entrar a una época de paz, de unidad interna, de trabajo fecundo y estable.

Aunque parezca ingenuo y admitiendo que se puede proponer ideas mejores, conviene señalar ciertos puntos básicos para llegar al desarme espiritual que desemboque en la ansiada unidad nacional.

* * *

- 1) Amnistía general sin exclusiones.
- 2) Compromiso formal de oposición y exilados para reconocer el "status" actual hasta 1980, renunciando a toda forma de subversión directa e indirecta.
- 3) Remodelación de la estructura jurídica y política de la Nación Boliviana, para avanzar a una democracia compartida donde todos se sientan debidamente representados.
- 4) Elecciones presidenciales y bi-camarales en mayo de 1980, debiendo los partidos políticos recuperar plena vigencia un año antes, o sea en mayo de 1979.
- 5) Reconocimiento de las FF.AA. para constitucionalizar el país en 1980, devolviendo el poder político a las fuerzas civiles.
- 6) Compromiso de la oposición y exilados para respaldar plenamente el Plan Quinquenal de Desarrollo.

- 7) Unificar el criterio nacional mediante una fórmula mayoritaria para volver al Mar.
- 8) Dar participación plena a universidades, profesionales, empleados, obreros y campesinos dentro del nuevo mecanismo político que rija el acontecer público.
- 9) Formar un Consejo de Estado, con poder deliberativo y crítico, con el 60% de representantes del Gobierno y 40% de representantes de la Oposición. En la misma o menor proporción, se concedería participación a los opositores en altos cargos políticos, técnicos y administrativos. Desde luego el Gabinete Presidencial del gobierno civil a instituirse en 1980 deberá contemplar una minoría de ministros de Estado por la oposición.
- 10) Apertura a una sociedad más justa. Participación efectiva de empleados y obreros en las empresas. Erradicación de los monopolios y freno a la riqueza excesiva. Nadie podrá desempeñar más de un cargo.

* * *

Paralelo al desarme de los espíritus que se busque con los partidos políticos de oposición, hay que encontrar un "modus-vivendi" para terminar con las pugnas turbulentas entre el Gobierno de un lado, y mineros y estudiantes del otro, mediante un diálogo que permita arribar a soluciones razonables y permanentes.

* * *

El General Barrientos Ortuño soñó con la Segunda República que no llegó a ver cristalizada. El General Banzer Suárez y las FF.AA. tienen como meta suprema un Estado Nacional mejor organizado, en plenitud de desarrollo económico y avances sociales. Pero esa Nueva Patria por todos anhelada no será posible si no se abandonan los métodos vetustos y los sistemas arcaicos de una política anacrónica que nos han conducido al despedazamiento interno.

El desarme espiritual tiene que negociarse entre bolivianos y a corto plazo, buscando un entendimiento político de largo alcance, que sustituya las soluciones transitorias de poder por un acuerdo estable de equilibrio y continuidad que permita el juego democrático en beneficio de todos y sin exclusión de nadie.

* * *

Bolivia debe recuperar el valioso capital humano en el exilio, que comprende hombres de valer y de experiencia como también talentos jóvenes. Esto es tanto o más importante que las financiaciones externas y las ayudas técnicas que contribuyen al desarrollo del país.

Es también verdad que todos, los que habitamos en ella y los que a ella se reincorporen, estamos obligados a someternos a un esfuerzo de disciplina voluntaria, a integrarnos en una gran estilo que abra nuevos rumbos a la Nación Boliviana

* * *

No sería justo desconocer que en los últimos cuatro años las FF.AA., encabezadas por el General Banzer, vienen realizando positivos esfuerzos para transformar el país. Por ello mismo mayor su responsabilidad histórica, su ética constructiva para desembocar en una reconciliación perdurable de voluntades, que a su vez garantice la paz pública y la continuidad de una nueva experiencia democrática por muchos años.

El diálogo, el espíritu de tolerancia, las mutuas concesiones, y sobre todo el sentido de Patria que a nadie es lícito negar, pueden resolver todos los problemas.

El Plan Quinquenal de Desarrollo Económico y Social que registra la prensa matutina, exige un cimientó político que lo afirme y lo proyecte al porvenir.

La discordia de las diferencias ideológicas y las pasiones personales debe y puede superarse.

La idea queda apenas apuntada.

Tenemos que vencer de la subversión permanente, de la represión sin término, de la discordia enconada, de la fricción interna, factores negativos que desangran a la Patria.

¿Quién se anima a dar el primer paso?

La Paz, 13 junio 1976

GARCIA VENTURNI, FILÓSOFO Y PENSADOR

Jorge L. García Venturini, joven y brillante profesor argentino, acaba de publicar en Gredos, de Madrid, un libro singular: "FILOSOFIA DE LA HISTORIA."

Para los que no somos filósofos ni especializados en esta ciencia, sino sólo lectores de filosofía, no es fácil seguir el discurso filosófico que en el siglo XX, a través de nomenclaturas complicadas y de la densidad del lenguaje, hace cada vez más hermético — o pesado — el estudio de la materia. Jaspers, Maritain, Guardini son la excepción. Pero la mayoría de los pensadores contemporáneos — desde Heidegger hasta el estructuralista LéviStrauss — emboscan su pensamiento detrás de una tupida red de artificios idiomáticos que desconciertan si no cansan al lector.

Felizmente no ocurre así con García Venturini, joven profesor de filosofía a quien ya habíamos leído con placer en su obra "Ante el fin de la historia" y en ensayos dispersos de gran agudeza analítica.

Este libro — "Filosofía de la Historia" sale del marco común de los textos de divulgación filosófica. No es "un libro más", sino al contrario: uno que sobresale entre muchos. Su autor, filósofo y pensador a la vez, a quien no faltan el vuelo inspirativo y el soplo poético del escritor de raza, ha compuesto un texto que resalta por sus virtudes. Es claro, neto, de gran poder en la síntesis, sagaz en la evaluación crítica, y aporta conceptos nuevos, que oímos por primera vez en la confrontación historia-filosofía.

La obra está tan sólidamente arquitecturada, y se desenvuelve en un lenguaje tan diáfano y estricto, que es dable afirmar que sin carecer de la profundidad nórdica, posee también la concisión y claridad latinas.

El esquema constitutivo del libro es, aparentemente, sencillo: Primero se define qué es la filosofía de la historia, sus orígenes y su actualidad. Sigue una revisión crítica, ceñida y lúcida, del pensamiento historiosófico, desde la antigüedad hasta nuestros días. Y termina con las nuevas claves (los capítulos más sugestivos, porque en ellos el rigor objetivo se alía con la creación subjetiva) que abren perspectivas inéditas para apreciar la historia, por primera vez universal, como expresión del "drama y la aventura del hombre".

Un texto filosófico es siempre interesante porque trata de desentrañar problemas mentales, escruta al hombre, controvierte ideas, clausura viejas disputas o inicia nuevas rutas. Pero en éste caso, "Filosofía de la Historia" no sólo atrae por la trascendencia del tema, sino por la forma y estilo singularísimos cómo el profesor García Venturini lo acomete y lo presenta a sus lectores. Un pensar filosófico que discurre sereno y ajustado, flanqueado por la nitidez de los conceptos y la sagacidad expresiva, desborda los límites usuales: no se trata, ya, de sólo un profesor que domina su materia y quiere expresarla con "amore", sino de un escritor de vocación, de un verdadero humanista, que habiendo asimilado las líneas maestras de la antigua y moderna filosofía, camina por las viejas rutas con marcha segura levantando la mirada a los horizontes que no han sido todavía.

Entonces el erudito y bien informado disquisidor, el ágil y elegante extractor de las viejas verdades (sus síntesis evaluativas en lo que atañe al tema de su obra sobre San Agustín, Vico, Kant, Hegel, Marx y Nietzsche son verdaderamente magistrales) se convierte en juez atrevido, a ratos original y penetrante, del pensar que lo precede. Y casi siempre acierta. Discrepamos sólo en cierta incompreensión de Platón en págs. 51 y 52; y en la crítica del célebre "tiempo-eje" de Jaspers (para nosotros evidente).

Lo extraño, lo que muy pocas veces nos ha ocurrido leyendo libros de filosofía, es que éste del profesor García Venturini ha capturado nuestra atención y nos ha deleitado como lo haría un texto literario de alto valor estético.

A la precisión del buen investigador, el profesor argentino aúna la finura del hombre de letras. Enseña y suscita admiración. Sus esquemas sintéticos captan la nuez del pensamiento analizado. Sus valoraciones críticas agudas y casi siempre exactas. Pero además él pone en circulación ideas de su propia cosecha como aquella, originalísima, de que "el misterio del tiempo es nuestro misterio, y la filosofía de la historia el esfuerzo indeclinable por descifrarlo."

¿Se puede leer un texto filosófico con el interés que provoca una novela de jerarquía, un bello poema o un ensayo de vuelo?

Depende, exclusivamente, del filósofo, es decir del autor. Y ésta es la virtud de García Venturini. Virtuoso de las disciplinas filosóficas, las eleva a la categoría de obra de arte, les confiere un toque de dignidad y de elegancia sin el cual ninguna obra intelectual perdura. Y en su aventura con la filosofía — que aventura es toda búsqueda humana — nos brinda preciosos hallazgos, aperturas inéditas, enfoques de ángulos imprevistas desde los cuales el pensador, es decir el talento creador, brilla con luz propia aun dentro de la aridez de la exposición de ideas ajenas. Así en los 7 capítulos del libro, su genio penetrante (cosa rara en hombre de saberes rigurosos) alcanza niveles reservados a una inteligencia de alta sensibilidad, aquella que ahonda la poesía trascendente del pensar. Así aquello de que "la historia constituye el abismo del tiempo". Su indagación del "movimiento acelerado de la historia" en nuestros días. El achicamiento del mundo, la obsolescencia precoz, el incremento de la masa y otros hallazgos felices. Aquella paradoja de que mientras hoy "el ritmo lo marca la civilización occidental", simultáneamente se produce la "deseuropeización" en todo el planeta. Cabal la distinción entre "profecía" y "pronóstico". Mira también la historia desde el ángulo del relativismo einsteniano. Y termina su libro con una patética visión de las ideas sobre el fin de los tiempos y el fin de la historia, anunciado por el Apocalipsis y por grandes pensadores.

El capítulo "El fin de la historia" es extremadamente sugestivo. Puede dar, a su autor, materia para un nuevo libro. La profecía, lo escatológico, la problemática contemporánea provocada por el hombre mismo con todos sus riesgos de aceleración excesiva y complejidad creciente (presumimos en García Venturini a un buen lector de Teilhard de Chardin) podrían ser incentivos poderosos para este pensador-filósofo.

El concepto Dios-Libertad que campea en toda la obra, demuestra una vez más que apesar de los demolidores ataques de Comte, de Nietzsche, de Marx y del moderno Sartre; aunque los "sabios", hace una década, declararon en solemne cónclave de la Unesco, que "Dios no existe, y que la energía es el único motor que mueve al mundo", el pensamiento humano no abandonó su intuición religiosa: de Agustín a Hegel, de Platón a Jaspers, a Toynbee o a Marcel, los pensadores de ayer y de hoy no pueden desligar el acontecer humano de un plan divino. ¿No decía el gran matemático y astrónomo, sir James Jeans, que cuanto más ahondaba el estudio del universo, éste se le aparecía como un gran pensamiento y no como un gran mecanismo?

Uno de los mayores méritos del libro de García Venturini es, precisamente, éste: abre el espíritu a nuevas reflexiones, presenta perspectivas insospechadas antes de leerlo, incita a la revisión de antiguos conceptos que su clara inteligencia presentaba renovados.

Situado en el centro de la cultura universal — por su vasta información, su penetración crítica y su inquietud indagadora — Jorge L. García Venturini es, no obstante su juventud, una vigorosa mentalidad filosófica, todo un pensador que dará todavía obras de mayor envergadura y madurez.

Celebremos, entretanto, este pensamiento auroral, fuerte y elevado a un tiempo, que en su "Filosofía de la Historia" revela no sólo ya a un escritor argentino calificado, sino a un filósofo sudamericano de claro linaje espiritual.

RELIEVE DEL HOMBRE QUE PIENSA Y ESCRIBE

Acerca de una fotografía de Jorge L. García Venturini, ensayista, filósofo y pensador argentino autor de notables libros y profundos ensayos de investigación creadora.



"Retrato de un caballero desconocido" por Pieter Godde, pintor holandés



Jorge L. García Venturini, Filósofo argentino.

Cuando Pieter Codde, discípulo de Franz Hals, pintaba su famoso "Retrato do un Caballero Desconocido", quiso dar la imagen serena de un hombre tranquilo y dichoso. Noble y puro el mirar. Fina la nariz. Un suave bigotillo bordeando el labio. Hablan de opulencia los ricos paños del traje. Y el encaje microscópico. Y los rulos tornasolados de la cabellera. Y el ancho sombrero de copa. Todo enmarcado sobre un misterio claroscuro. Tan fino el color de la tez, tan equilibrados los oros, los ocre, y el marrón tirando a negro, que el dichoso varón parece brotar dominando el fondo oscuro de la vida.

Si meditaba, sus reflexiones ecuánimes, pausadas. Si expresaba su pensar, escritura reposada y confiada a la manera de Emerson,

El Caballero Desconocido de Pieter Codde viene de una clara lejanía. Transparenta confianza y felicidad.

I

Trescientos años nos separan del "tempo lento" en que artistas y señores se entregaban al ocio fecundo de inmortalizar fisonomías.

¿Quién podría, ahora, aspirar a un retrato de mano maestra? Muy pocos. Ni tiempo ni recursos lo permiten. Está, luego, la fotografía en colores, rival de la pintura. Y la imagen en blanco y negro — fidelidad en la humildad — es la que mejor trasunta la realidad viva de sujeto y ambiente.

Un lienzo, al modo clásico, daría blasones estéticos a rostro y figura. El color los ennoblecería. El contraste de tintes y matices arrancaría vibraciones secretas al cuadro. Los valores plásticos y la interpretación psico-somática bien regulados.

La máscara pictórica mejora la máscara humana.

La fotografía, en cambio, o la simple instantánea, en nada engaña porque ni aumenta ni aminora. Fisonomía y actitud cabales, como brotadas de la vida verdadera. Ni pompas vanas ni mentirosos disimulos; todo franco, directo, viril. El hombre en su desnudo sello psicológico. En su natural enmarque del contorno.

Lealtad visiva: el lente fotográfico no enriquece ni peralta a la persona. Simplemente: la reproduce.

II

He aquí la imagen de un hombre en escorzo que se apoya en el pretil de un balcón fugado. Un fondo oscuro de ventanas hace que la luz se concentre en la cara pensativa. El cuerpo parece animarse como si fuera a evadirse de la escena.

¿Para qué seguir describiendo? Esta cara lo dice todo.

Es un rostro noble, simpático, de fino atractivo; Los ojos de mirada penetrante, plegado el ceño, la frente alta y grave. Los rasgos faciales levemente endurecidos por una madurez prematura que delata dudas y conflictos interiores. Una faz que refleja el dolor del mundo y la preocupación por la locura circundante. Y si se ahonda en el mirar pespicuio, una como ciencia secreta del pensar, otro como arte discreto del vivir.

No es lo mismo un Caballero Holandés del siglo XVII que un varón sudamericano del siglo XX.

Huyeron el sentimiento de seguridad, la confianza, acaso la alegría del hombre de espíritu contemporáneo. Esta fotografía de una personalidad representativa de nuestro tiempo (después diré por qué es representativa), enuncia en gráfica síntesis mucho de lo que sucede por el mundo. Aún ignorando a quien pertenece el retrato yo habría Pensado: "es un meditador, un hombre de letras".

Es una cara que evoca — no por un supuesto parecido físico, más por la tensión interior — los desgarramientos de Péguy o de Camus. Cara de varón que siente, ama, sufre, combate, se despedaza y reconstituye diariamente porque saber es comprender y comprender es padecer. Cara doliente y altiva a la vez. De pensador y escritor de estirpe cristiana, que no se deja abatir por los contrastes, ni puede renunciar a compartir los sobresaltos ajenos. Una hermosa firmeza en una trascendida gravedad.

Este joven filósofo es un hombre entero como lo pedía Platón. Véase profundo, reflexivo, centrado en sí mismo, compartiendo las miserias y locuras del mundo actual pero sin abdicar de su natural dignidad de escritor y pensador. Es uno que vive en el mundo y habita en su pensamiento.

III

Se dirá que la mutua comprensión, un largo afecto dictan estas frases. No es así. Aún ignorando a quien pertenecía, esta sencilla instantánea me habría impresionado fuertemente.

Verdad que yo estaba ganando, previamente, por múltiples referencias de sus alumnos —unos lo comparaban con Fichte, otros con Alain— y por sus estupendos libros (esa magistral "Filosofía de la Historia", esa lúcida y monumental "Historia de la Filosofía").

Del buen catedrático sólo escuché referencias laudables. Del poeta y del artista emboscados detrás del grávido meditador, tuve atisbos decisivos en sus críticas y en sus epístolas. Adivinaba honesto al hombre, vertical al escritor.

Uno que no quiere ser caudillo, conductor, ni político. Que no persigue el dinero, ni la fama, ni el poder. Aislado en sus estudios y en sus libros, quiere modelar almas, perfeccionar la propia como sustentado por el soplo de las antiguas escuelas de sabiduría. Se me antoja que en el pasado habrían sido sus maestros Séneca y Montaigne. Ahora Dilthey, Jaspers, Maritain.

No anda, tal vez, ni a la mitad de la existencia, pero transcurre en libertad, con dignidad, contraído al meditar fecundo que transmite a discípulos y lectores. Un hombre, un pensador. Nada más. Pero tampoco nada menos.

Por ello sostengo que se trata de un valor representativo. Y es preciso nombrarlo ya: Jorge L. García Venturini, joven filósofo argentino.

IV

He pedido un retrato al amigo, siquiera una buena fotografía. El amigo sólo tenía una modesta instantánea, ¿Es que un maestro, un intelectual, en Sudamérica, pueden regalarse con imágenes?

He pensado, por contrastes, en el opulento pasar de los varones del pasado. Acaso este Caballero Holandés fue amigo de Spinoza cuando se honra el talento y el saber. Hoy García Venturini es un espíritu. Olvidado, ignorado por muchos, su rostro irradia bondad. El mirar nostálgico esconde los sueños del idealista. De taciturnidad se pliega el ceño. Pero en los ojos graves hay misterio y mensaje a un tiempo: es la revelación de un espíritu superior que halla en su propio decoro el sentido de la vida y la grandeza del pensar.

El retrato de "Pieter Codde" seguirá en mi Estudio. Y haré enmarcar la sencilla instantánea de García Venturini y la colgaré en el muro. Esos ojos veraces y profundos, me recordarán que todavía existen hombres de verdad en nuestra América pugnaz.

UN GÓTICO DEL SIGLO XX

Hace treinta y cinco años, en diciembre de 1938, publiqué mi libro "El Arte Nocturno de Víctor Delhez" (editorial Losada, Buenos Aires, Argentina) con 64 reproducciones de los grabados del artista. Fue una tentativa arriesgada de aproximación a la vida y la obra de quien se convertiría en primer xilógrafo de nuestro tiempo, el cual, en 1938, comenzaba su ilustración a los Evangelios y no era aun muy conocido en los círculos artísticos. Ese libro fue favorablemente comentado por la crítica de Europa y de América, probablemente más por el impacto visual de los grabados delhezianos que por la literatura que los acompañaba. Se trataba de una biografía-crítica o biografía-poética, porque sin apartarse de la línea histórica de la vida del artista, intentó la

interpretación subjetiva de su obra. El crítico alemán Georg H. Neuendorff dijo de este libro: "Es una biografía magnífica sobre un artista extraordinario."

Treinta y cinco años después, Víctor Delhez ha sobrepasado todo lo que afirmé en "El Arte Nocturno".

Delhez nació en Amberes, Bélgica, en el primer decenio del siglo. Estudió arquitectura e ingeniería ejerció diversos oficios en su juventud. El dibujo y la fotografía artística lo llevaron a la creación estética. Vivió la experiencia vanguardista en París. Ilustró "Las Flores del Mal" de Baudelaire en grabados de audaz originalidad que enhebrando la tendencia expresionista con toques surrealistas, anunciaban ya al gran innovador de la técnica xilográfica. Luego pasó a Bolivia, en busca de un paisaje similar al palestino como fondo de sus ilustraciones a los Evangelios, paisaje que encontró en la finca de Cocaraya, en Suticollo, Cochabamba. Construyó él mismo su vivienda, vistió con los sencillos indumentos de un indio quechua, se alimentó frugalmente, y en ese retiro campestre, en varios años de aislamiento de las urbes, brotaron sus maravillosos grabados evangélicos. Sus primeras exposiciones en La Paz y en Buenos Aires llamaron la atención de la crítica. Era un clásico y un revolucionario a la vez. No se parecía a nadie: era simplemente, el artista Víctor Delhez, el que empujaría la ilustración en madera a límites ignorados por los grandes xilógrafos que lo precedieron.

Regresó a la Argentina. "Kraft" edita en gran formato de lujo "Los Cuatro Evangelios": un centenar de reproducciones de los grabados delhezianos que explica la exégesis católica. Esta edición de lujos y otra de formato menor se agotaron rápidamente. Las maderas del artista belga se imponen por la maestría técnica, la osada imaginación y el soplo místico que espiritualiza sus imágenes.

El artista se radica en Mendoza. Casa con una joven mendocina, su alumna (es profesor en la Universidad de Cuyo en la cual mantendrá cátedra por un cuarto siglo). Adquiere una pequeña finca en Charcas de Coria, donde hará la vida libre y quieta pero activa en el sentido de trabajo. Ha ilustrado ya en estilo fantástico los Cuentos de un Soñador de Lord Dunsany. Ahora emprende la ilustración a Dostoiewski, obra titánica, en modo sorprendente, donde lo humano-esencial se entremezcla con la sátira y lo grotesco. Algunos grabados de vívido realismo, otros de escalofriante sobriedad. Paralelamente inicia la ilustración a La Danza Macabra, tema esencialmente nórdica que da vuelo a su fantasía. Hace retratos, paisajes, figuras del ambiente, de tipo realista, e intenta otra serie de grabados puramente imaginativos.

Se ha querido comparar a Delhez con Gustavo Doré, el gran dibujante y pintor francés, insigne ilustrador de La Biblia, Don Quijote, Orlando Furioso, Gargantúa y Pantagruel, la Divina Comedia y otras obras famosas: pero el caso no es el mismo. Doré fue un creador, dibujaba y pintaba con rara facilidad y prodigiosa imaginación, pero sus composiciones fueron grabadas por Pannemaken, Gusman, Pisan y otros. Delhez, en cambio, es artista y artesano de su oficio. El construye e innova sus prensas, prepara el papel y las tintas, el mundo de las incisiones en la madera brota de su mano. El mismo graba sus composiciones e imprime las pocas copias que extrae de cada plancha. Conoce, a fondo, los mil secretos del buril y de la prensa impresora. Mente, ojo, mano, madera y cartulina son las cinco puntas de la estrella que mueve su genio. Domina en absoluto la técnica del grabado, sobrepasando la reproducción mecánica de la realidad, que en siglos que desconocieron la fotografía, dieron a las láminas un valor social, decorativo y utilitario, por un enriquecimiento y ennoblecimiento del arte de ilustrar. Del buril del maestro flamenco no surgen la ilustración meramente descriptiva o reproductiva del mundo y de sus seres; brotan mas bien verdaderas creaciones figuraciones insólitas, mundos insospechados. Trans-realidad, en suma, porque en sus composiciones el mundo real se transfigura para renacer en formas mágicas que ojo alguno vislumbró antes que el suyo.

Además Doré es ingenuo, casi infantil, en sus fantasías plásticas. Delhez extrae sus figuras y paisajes de la supra-conciencia, allí donde el rayo y la profunda búsqueda espiritual del hombre se tocan y confunden. Todo inédito, nada que recuerde lo ya hecho. (Esos ángeles delhezianos, por ejemplo, de línea espiritada y alas delgadísimas).

La finca-taller del grabador en Charcas de Coria es una pequeña maravilla. Todo brotó de sus manos: dibujos, grabados, esculturas, archivos epistolares, la piscina, la huerta, la estantería las prensas, los archivos de bocetos, grabados y dibujos, las herramientas de trabajo, hasta el jardín y los defensivos de la casa contra el río. En este admirable recinto, que es su defensa contra el mundo acosador y vertiginoso de las ciudades, Delhez desenvuelve esa acción diversa y múltiple que hacía decir al viejo Goethe: “cada hombre es muchos hombres”. Padre de familia — tiene ya cuatro hijos — grabador, catedrático, tenaz y vigoroso polemista por carta, en la prensa o verbalmente, el humanista se perfila en todo cuanto hace y escribe. Temible como crítico de arte, anda también al día en materia científica, sociológica, y aun en cuestiones teológicas. Se cartea con intelectuales y artistas de todo el mundo. Prepara cuidadosamente sus exposiciones. Educa a los suyos. Tiene alumnos, amigos, admiradores. Y desde ese casi microscópico punto del planeta que se llama Charcas de Coria despliega las vastas antenas de su inquietud mental que se proyecta sobre las culturas pasadas y sobre el tiempo actual. Por la penetración de su pensamiento y por haber llevado al grabado reflejos del torbellino en que vivimos, un crítico lo designó como “crítico de civilizaciones.”

Delhez ha recorrido la historia del grabado en madera en toda su extensión. Conoce desde las técnicas de Durerero, Schöngahuer, Cranach, Rembradt, Holbein, Callot, Delacroix, hasta los procedimientos de Blake, Meryon, Daumier, Picasso, Ensor, Chagall y Hayter el abstracto inglés. Hasta se divierte con las imágenes del “Pop-Art” y de los psicológicos. Pero él se ha mantenido, dentro de su prodigiosa evolución, fiel al propósito inicial: convertir el grabado en madera de arte menor en arte mayor, sacarlo de la línea puramente melódica reproductora de imágenes, para avanzar a la composición sinfónica que retrata, crea y sugiere más allá del tema elegido. Hizo del grabado una fuerza de creación espiritual. Aunque los ortodoxos del género arguyen que aquel debe ceñirse solamente a la oposición del blanco y del negro, este gran belga ha violentado los límites conocidos del buril sobre madera, la ha macerado, ha inventado tonos, contrastes, matices toques intermedios jamás vistos, al extremo que muchas de sus composiciones por su ciencia del espacio y la distribución de los volúmenes parecen lienzos escultóricos, o por la variedad de tonos y semi-tonos sugieren presencias pictóricas. Aun más: sus perspectivas, sus escorzos atrevidos, (afluye el recuerdo del Tintoretto) su planteo estilístico de los enfoques visuales, no pueden esconder los antecedentes del ingeniero y del arquitecto. Su famosa serie “Arquitectura y Nostalgia” es una pura elaboración constructiva que evoca los concertamientos intrincados del gótico radiante. Si el gótico es, como los definen los tratadistas, una aspiración hacia lo alto, ese afán torturante de misticismo, misterio y captación de lo inalcanzable, aprisionar el espacio infinito en nervaduras dinámicas, contrastar la luz vibrátil con las penumbras enigmáticas, un afán desmedido de violentar los límites y crear tensiones nuevas entre el espacio exterior, los vacíos interiores y la estructura arquitectónica, bien puede afirmarse que Víctor Delhez es un gótico del siglo XX.

En la tectónica grabadística, lo ha removido y mudado todo.

Y cuando acomete otro ciclo monumental de su obra — la ilustración del Apocalipsis de San Juan, que le demanda años de estudios previos — es ya no sólo el maestro indiscutible de la ciencia del blanco y negro, cuya dicotomía rebasó, sino el mago renovador de la xilografía. En sus creaciones se conciertan y entrecruzan religión, historia, filosofía, crítica civilizadora. Nunca en espacios tan reducidos se agolparon y ordenaron tantas cosas. Grabados fáusticos, los suyos, por los que encuadran y acaso más por cuanto sugieren. Geometría, música, ingeniería constructiva, pintura y escultura, y una destreza dibujística que raya en lo inverosímil.

La rígida restricción de la madera parecería no admitir sino las formas lineales conocidas, pero este flamenco descubre y ahonda la profundidad del blanco y negro — acaso ya preconizada por Rembradt y por Goya — y arranca a sus planchas tonalidades insólitas, las suaviza o las compacta a voluntad, les hace expresar lo que antes de él nadie se atrevió a decir. Bien mirado, largamente observado, un grabado delheziano vibra, canta, refiere en lengua nueva el viejo y joven misterio del artista que interroga al universo. No es un grabador más: es el grabador por excelencia, el que no se parece a ninguno, porque el genio que lo habita sólo debía nacer y expresarse por su buril.

Es como el caso de Schanabel cuando interpreta las sonatas de Beethoven al piano, que venciendo la parte mecánica del instrumento le extrae sonoridades recónditas, finísimas modulaciones, notas de gravedad profunda, tenuidades sutiles, o arrebatos volcánicos, jugando con esfumaturas y frases acentuadas hasta espiritualizar el sonido, sin que pianista alguno haya podido seguirles en su personalísimo estilo interpretativo.

Los grabados del Apocalipsis son una "summa" de arte, teología y crítica humanista. Abren horizontes de meditación al espectador. La analogía con la realidad se transforma en re-creación espiritual de un mundo de imágenes que asoma transido de novedad y fantasía.

El realismo-fantástico de Víctor Delhez no tiene parigual.

Y aun dejando de lado toda consideración filosófica o literaria, el valor puramente plástico o estilístico de sus ilustraciones es inmensurable. Un estudiante de arte aprenderá más, mucho más, del solo estudio y contemplación de estos grabados, que de meses y años de tareas académicas.

El insigne xilógrafo, en su laboriosa existencia, ha realizado más de doscientas exposiciones en Europa, en las Américas, en Asia. Tengo catálogos en japonés, en español, en francés, en inglés, en flamenco; todos reconocen la maestría técnica y el genio inventivo del artista.

En el otoño de su vida el portentoso creador, sin abandonar sus maderas, juegan con el grabado en color. He conocido sus maravillosas creaciones: tienen, todas, el sellos inconfundible del gran Delhez: una ciencia constructiva, un vuelo de la imaginación, y un tratamiento tan delicado del dibujo y del color que evocan las hechuras de Hokusai y de Hirochige. ¿Quién será el editor zahorí que se atreva a imprimir estas fantasías lúdicas del amberiano inigualable?

Aun debo rendir homenaje al amigo, al maestro de almas. Durante casi cuatro décadas he mantenido nutrida y sostenida correspondencia epistolar con Víctor Delhez. Voy escogiendo esas cartas que acaso un día se publiquen en un volumen, porque reflejan la sabiduría, la inteligencia y la cultura de uno de los mayores humanistas de nuestro tiempo.

Así como su aproximación al río evangélico, convirtió a este flamenco de protestante en buen católico, yo diré que su amistad y su arte influyeron decisivamente en mi camino de escritor.

Al rendir éste que acaso sea el postrer homenaje mío al amigo dilectísimo y al artista admirable, confío que sus grandiosas creaciones alcancen mayor nivel y universalidad, porque éste belga de nacimiento, sudamericano de corazón; el estupendo xilógrafo que ha dado al grabado en madera autonomía formal y jerarquía espiritual; este denso pensamiento, este poeta del alma, este genial artífice y visionario que ha incorporado mundos nuevos de belleza y pensamiento a la plástica universal, merece en verdad ser conocido y consagrado como uno de los mayores creadores del arte mundial.

No sólo de nuestro tiempo. Víctor Delhez puede medirse con las más altas cimas de la creación artística de todos los tiempos.

Lo dirá el futuro.

La Paz, (Bolivia) agosto de 1973

Nota final. Olvidé recordar que Víctor Delhez tuvo contactos con el Grupo de los Cinco. Masereel, Van Straeten, Joris Minne y los dos Cantré. Delhez pertenece a la Real Academia de Artes de Bélgica. Fue el quien inició el grabado de corte fino cuando todos sólo aceptaban el grabado de corte amplio. Y es él también quien reactualiza el grabado en colores venciendo grandes resistencias y aportando innovaciones técnicas en el género.

RETRATO DE MI MADRE



Toda madre es la mejor para sus hijos. Pero en el caso de doña Etelvina Guachalla de Diez de Medina, no hay hipérbole: fue mujer excepcional, madre y esposa sin par. Gran dama y alma cristiana a la vez. Guardadora de su hogar, estrella en la sociedad. Amada por todos, admirada en su persona y su conducta. Señora sin reproche.

Dulce y severa alternativamente, supo educarnos con materna vigilancia. Mimos y cuidados, ternura en los trances difíciles, abnegación en las enfermedades, más también rigor para las travesuras excesivas. Perdón y olvido fueron su norma. No causar daño a nadie. Su rectitud Ingénita la inducía a rechazar lo censurable, buscando siempre el decoro del vivir honesto.

Educada en colegios de Suiza, de joven viajó mucho por Europa y los Estados Unidos acompañando, de soltera, a don Fernando Guachalla, su padre y mi abuelo, en esa época diplomático boliviano. Del tiempo juvenil conservaba un "Diario", rico de bellas descripciones y postales, que sus hijos, niños, buscábamos con avidez. Su viva inteligencia y su encendida fantasía, cuando inventaba cuentos o nos transmitía sus impresiones de films vistos primero por ella, embelesaban nuestras horas. Más de una vez pudimos comprobar que las películas eran inferiores a su colorido relato, pues ella añadía y matizaba sus recuerdos con magia de sutil narradora. He pensado que si la vida hogareña, el transcurrir social y diplomático, los viajes y el cuidado del marido y de los hijos no hubiesen absorbido sus horas, mi madre pudo ser novelista, a la manera de Jane Austen o de Florence Barclay.

Gran Lectora, en su pequeña biblioteca nunca faltaron La Biblia, Shakespeare ni Balzac. Amó las músicas de Schubert, de Chopin, de Mendelssohn. Gustaba de pinturas y esculturas. Poseía una hermosa caligrafía y se expresaba con gran facilidad. No supo exigir joyas y pieles, pero todo indumento le caía bien. De Innata elegancia en el vestir, sobresalía por la dignidad del porte y la distinción de su figura. La delicadeza del trato le captaba simpatías dondequiera que estuvo. Embajadora y esposa de hombre público, para nosotros, sus hijos, descollaba sobre todo por sus virtudes cristianas, su gran corazón, y el celo con que consagró su vida al hogar.

Educado en la escuela antigua que concedía todo poder y libertad al hombre, sometiendo la mujer a las decisiones del varón, mi padre la honró siempre, mas también le causó penas y sacrificios que otra mujer menos piadosa y menos amante de suyos no hubiera aceptado. Mantengo mi filosofía crítica en la evaluación matrimonial: la parte más dura, la más pesada y abnegada recae en la mujer; y en este punto mi madre fue varona excepcional: su grandeza de alma la indujo a sobreponerse a renunciaciones y quebrantos para conservar un hogar que fue espejo de su bondad y de su desprendimiento.

No se redujo al marido y a los hijos. Velaba con amorosa solicitud por hermanos, parientes y todos cuantos la rodeaban. En la Sociedad de San Vicente Paul, se consagró a los ancianos y a los desamparados. Su generosidad no conocía límites: lo entregaba y cedía todo a los hijos y sus fatigas jamás aminoraron si se trataba del bienestar de los suyos.

Jovencita entregó su corazón a mi padre y fue a toda la vida. Mujer de un solo amor ¿no es el blasón excelso de la virgen cristiana?

Nunca la visitaron la envidia ni el rencor. La amaban sus amigas, la respetaban los varones. Su espíritu aventaba las ofensas y desvanecía emulaciones. Deportista en su mocedad, mantuvo a la senectud el carácter íntegro y la fibra emotiva despierta. Fue buena, generosa, por sobre ponderación. Gustaba componer a las personas y aproximar voluntades. La mente siempre ágil, la inquietud de saber e información sin reposo: quería estar al día — y lo estaba — así su conversación fluía siempre amena. Encantadora viejecita, rebasados los noventa años, poseía una claridad de visión y un equilibrio de juicio asombrosos.

Lo tuvo todo: buena cuna, excelente educación, bella, encanto, nombre y renombre, distinción, belleza, encanto, nombre y renombre, distinción. Y el señor de los Destinos que lo reparte todo, quiso colmarla también con las pruebas de la más sublime de las religiones: mi madre conoció el dolor, decepciones y renunciamientos, ingratitud y mortificaciones, la amargura de los trances adversos que nunca deja de acosar a las almas superiores.

He pensado, muchas veces, que mi padre y sus siempre estaremos en deuda con ella que pudiendo haber brillado como reina en la sociedad, se recogió tras los velos santos de la esposa y de la madre esfumando su personalidad en la dicha de los suyos.

Amaba los Perros, los gatos y los canarios que alegraban la casa con su trino armonioso. Tortas, as y dulces brotaban de sus dedos diestros, para delicia de sus invitados.

¿Cómo describir las maneras del ser, esos delicados que conforman la atracción personal? Mi madre cautivaba a propios y extraños dignidad de su conducta y el encanto del temperamento siempre afable. Lució en salones y embajadas sin que nunca la visitaran orgullo ni ostentación. Piadosa, jamás perdió la fe en Dios. Católica practicante, fue gran consejera a la búsqueda invariable de soluciones prudentes y dignas.

De inteligencia esclarecida, poseía una cierta ingenuidad de espíritu: creía en la bondad ajena, se inclinaba a pensar bien del prójimo. Devolvió bien por mal. Brindó ayuda a todos, aun a quienes no lo merecían.

Si hago un paralelo de la hermosa joven que casó en Londres y fue presentada a la Corte de Inglaterra y la adorable viejecita que se extinguió dulcemente hace pocas semanas, admiro el trazo de su vida: límpida, ejemplar, luminosa. En ella toda promesa se cumplió. Fue un remanso de paz y de alegría.

Esta mañana deposité una azucena en su tumba. El mejor homenaje simbólico y la belleza de una vida nobilísima, sagaz, orientada siempre al sol de la virtud.

Para todos: la gran dama. Para nosotros, sus hijos y se que mis hermanos me acompañan en este homenaje de gratitud — la madrecita amaba que transfigura el agobio de los años con el rayo de su abnegación y su ternura.

LA HEROÍNA DE CHUQUISACA

Evocación de la Coronela
Juana Azurduy de Padilla, la
legítima Juana de América,
por cuya libertad luchó y
padeció toda una vida.

1

Invitado por la Unión de Mujeres de América para rendir homenaje a la egregia heroína doña Juana Azurduy de Padilla, debo comenzar por aclarar que no soy un historiador riguroso, de aquellos que sólo dan crédito al documento, al testimonio verbal o escrito de los contemporáneos, a la comprobación exacta de los hechos producidos. Soy únicamente un buscador de verdad, un soñador que transfigura la realidad en poesía, un escritor que se rige por las leyes móviles de lo objetivo y lo imaginativo. En suma: un fantasista. Bien sé que muchos rechazan el adopté "modo fantástico" que adopté en mis biografías; yo sigo creyendo que es el mejor vehículo para aproximarnos un personaje y su tiempo sin desmedro del suceso histórico. ¿Y en qué consiste el modo fantástico? Lo he definido en pocas palabras: "sobre un fondo verdadero, la estrella imaginaria."

Posiblemente voy a disgustar al severo historiador y al investigador puntilloso. Lo deploro. Los poetas pensamos que antes que por la fría objetividad crítica, la aproximación a las grandes figuras del pasado fluye del sentimiento, de la comprensión intuitiva de los hechos, del matrimonio estético perfecto que Goethe llamó: Verdad y Poesía.

Diré, pues, de doña Juana Azurduy de Padilla, personaje histórico y figura legendaria a la vez, que si brota noble y límpida de los textos literarios, se acrecienta en el corazón de los bolivianos porque es por ellos que vivió, padeció y luchó sin tregua, soñando hacer de los indios, los mestizos, los criollos y aun de los trasplantes transeuropeos, una sola grande y fuerte raza americana.

No se quiera ver en ellas sólo a la valerosa combatiente, que mujeres guerreras existieron muchas. Lo que asombra en la Heroína de Chuquisaca es que nunca la mujer se esfumó detrás del genio militar. Sus raíces legendarias arrancan siempre de un suelo profundamente humano. Madre y mártir, esposa y viuda, buscando más el bienestar de las gentes que su propia gloria, doña Juana es tal vez un caso único en la historia continental: arquetipo de bondad y sufrimientos, luchadora invicta a un tiempo mismo. Mujer y heroína. Madre en desventuras como Bolivia, como Bolivia intrépidas y resurgente siempre

Fue la Coronela de la Independencia ejemplo de varones y asombro para las damas. Vestal del verdadero patriotismo.

Todo homenaje a su recuerdo será corto si se mide la magnitud de su sacrificio y sus proezas. Recojamos el gran mensaje de humanidad y de heroísmo que la insigne guerrillera ha legado a la América del Sur. Juana, la nuestra, la de todos vosotros, hombres libres del continente, vivirá eternamente en la memoria de las generaciones. Seamos dignos de su ejemplo y de su gloria.

De doña Juana Azurduy de Padilla, insigne guerrillera de la Emancipación Americana, se han ocupado Velasco Flor, Ramallo, Abecia, Urquidí, Lindaura Anzoátegui de Campero, sesgadamente Moreno y Mitre y con vuelo de águila Joaquín Gantier en su hermosa biografía que lleva el nombre de la mujer admirable.

Nosotros la conocemos como la Heroína de Chuquisaca, pero en verdad debiéramos llamarla mejor Juana de América, la legítima, con todos los respetos guardados a Juana de Ibarbourou, la fina poetisa uruguaya, porque ésta sólo dió belleza al continente; y aquella entregó vida, tranquilidad y hogar por la libertad del hemisferio. ¿No antecede la libertad a la belleza? Pues entonces la legítima Juana de América es la nuestra, la boliviana.

Hablemos, pues, de esa madre de madres, superior a las patricias romanas, que da el marido y cuatro tiernos hijos a la causa de la libertad americana sin cejar en su lucha sacrosanta, ganando con coraje estupendo y constancia inquebrantable los grados militares que la conducen al estrellato de Coronela de la Independencia.

2

Nació doña Juana en Chuquisaca, la Ciudad Blanca, en 1781. Fueron sus padres Matías Azurduy y Eulalia Bermúdez. Hogar respetable el suyo. Desde la niñez la futura heroína sobresale por su carácter enérgico y la rebeldía del temperamento. No está bien averiguado si por decisión propia o por designios paternos, ingresó al convento en la adolescencia por simple recogimiento espiritual, pero la casa religiosa no puede cortar las alas de esta abanderada de la acción. Reposo y meditación no eran para ella, sino el movimiento y el combate.

No se la compare con Juana de Arco, la Santa de Orleáns, ni con Catalina de Erauso, la monja-alférez simplemente una aventurera, porque nuestra Juana es el espíritu superior que se inmola deliberadamente por una causa que juzgó más digna que su propia dicha.

A los veinticinco años casó Juana Azurduy con Manuel Ascencio Padilla, gallardo mozo dedicado al manejo de su propiedad agrícola, del cual tendrá cinco hijos, cuatro perdidos en los horrores de la guerra emancipadora. Es probable que el claustro le hubiese enseñado a dominar su carácter activo y dominante, pero ella admiró siempre a los reyes guerreros y solía decir “me gustan los combates”, palabras insólitas en labios de una mujer.

Al tiempo de convertirse en esposa de Padilla, todo sonreía a doña Juana. Joven, sana, bella, diligente, en el cuidado de su hogar y ayudado en las tareas del manejo de la hacienda, pudo labrarse vida plácida y segura. Pero el destino torció el rumbo tranquilo de su vida, pues don Manuel Ascencio, el quijote de las guerrillas no tardó en organizar grupos de ataque para combatir los abusos de los españoles y luchar por una patria libre.

“Engreída y voluntariosa” apunta Gantier. Otros biógrafos la ven rebelde impetuosa, rezumando energía, de ojos dominadores, vivaces, sin poder ocultar cierto toque varonil en sus movimientos. Huérfana en temprana edad, la orfandad sin duda contribuyó a templar su espíritu. Una amazona en un tierno carácter femenino.

Crecida en el campo montaba al pelo y llegó a ser muy diestra en equitación. Esa escuela de vida al aire libre dominando yeguas ariscas y caballos fogosos, fortaleció cuerpo y alma par de la osada guerrillera.

El cuerpo esbelto y bien conformado. El rostro de líneas clásicas. Con un irresistible encanto femenino que cautivó a muchos, doña Juana en su juventud despertaba admiración. Sus ojos oscuros irradiaban gracia y ternura, pero también relampaguear de indignación. Dulce y abnegada en la paz, la guerra convertiría en impetuosa y tenaz. La independencia de la Patria transformó a la hermosa mujer en leona de la libertad.

3

Frente a los abusos y exacciones de los peninsulares se sublevó la sangre ardiente de Padilla; alguien tenía que defender a los campesinos inermes ante la codicia de los patrones. Organiza una montonera y comienza a hostilizar a los españoles. Así nacen las guerrillas de la Independencia, por espontánea decisión, por un ideal de patria libre, noble y generoso, tan distinto

de las actuales guerrilleras terroristas que secuestran, matan, exigen rescate y buscan desesperadamente la captura del poder.

Valiente, esforzado, Padilla libró varias escaramuzas antes que su esposa descubriera su tarea libertaria. Cuando se enteró de ella quiso acompañar al cónyuge en sus arriesgadas empresas pero el guerrillero se lo prohibió.

Cierto día corrió el rumor de estar preso o herido Manuel Ascencio Padilla. Doña Juana voló literalmente a su encuentro, lo halló sano, libre pero ya no quiso separarse de su lado.

— Compartiremos juntos el peligro — díjole — ya no me separaré de ti. También yo lucharé por la libertad de los indios y los criollos.

Fué inútil la resistencia del caudillo: se impuso la fiera voluntad de la dama.

Así nació, para la historia, la guerrillera Juana Azurduy de Padilla.

Doña Juana luchaba unas veces bajo el mando de su esposo, otras sola comandando sus huestes. Idolatrada por sus soldados a quienes cuidaba celosamente de sus heridas y sus males, no tardó en revelar sus naturales dotes de combatiente: valerosa, indomable, intuitiva en la estrategia, rápida para la sorpresa, arrolladora en el ataque. Fué siempre primera en el combate, última en la retirada.

Intervino en más de 16 batallas principales y en muchas más escaramuzas o encuentros secundarios. Sobresalió en los combates de Tacobamba, Quilaquila, Potolo, Río de los Grandes Guayabos, Pocoma, Ravita, Aiquile, Carretas, Laguna, Poopó, Tarabico, Presto, Pitantora, Ayohuma y Vilcapujio. Y en las formas más variadas y sorprendentes lo mismo al frente de la caballería que dirigiendo a los soldados en tierra, intentando audaces golpes de mano, comandando extenuantes retiradas, absorbiendo victorias y derrotas con ánimo imperturbable, partidaria siempre del ataque más que de la defensa.

Manejaba con igual destreza las armas de fuego que la espada y el puñal. Vigorosa y atrevida como un héroe escapado de las páginas de Homero, o como aquella Pentésilaea que Kleist inmortalizara en sus versos bronceados, doña Juana no tardó en convertirse en terror de los españoles que pusieron precio a su cabeza.

Sus proezas son incontables. En La Laguna, en pleno combate, arrebató una bandera derribando al español. En otra ocasión muerto el artillero ella maneja el cañón. Organizó los batallones de Los Leales y de los Húsares. En el gran combate de Presto despide chispas de furor reanimando a sus tropas y acometiendo a los enemigos mayores en número y armamento. En el 2° combate de Carretas, doña Juana pelea con admirable coraje, pero arrollados por el número deben ceder momentáneamente los patriotas. Llegan Arenales, se reorganizaron los guerrilleros mandados por la gran combatiente y los patriotas entran en Charcas donde esa aclamada por la multitud y proclamada Heroína de Chuquisaca. En el primer encuentro de El Villar cae herida y sigue combatiendo hasta vencer ganando el grado de teniente coronel. En el 2° sitio de Chuquisaca vencen los españoles pero la Padilla hace prodigios de valor. Gravemente herida en Viluma, el gobierno argentino le confiere el grado de Teniente Coronel. Pelea a órdenes de Güenes y de Belgrano y éste le regala su espada después de haber visto el coraje con que luchó en Vilcapujio. En plena batalla salva las vidas de sus soldados manejando el sable con fulminante destreza. No se olvide su legendaria lucha contra Loaiza y 3 desalmados que después de una derrota pretendían robarle y matarla, a los cuales puso en fuga con su espada teniendo que defender a la niña que llevaba en brazos.

En el 2° combate de El Villar sorprendidos por Aguilera con fuerzas muy superiores, muere Padilla y doña Juana después de haber peleado heroicamente tiene que retirarse ignorando la muerte del esposo. Poco después, en la gran batalla de La Laguna, la infatigable guerrillera recupera la cabeza de don Manuel Ascencio y le da cristiana sepultura.

Hace falta un Homero que narre las aventuras y desventuras de Juana de América que se alza en la historia como una figura brotada de la tragedia griega: más excelsa cuanto más infortunada.

4

En el curso de esos años de penuria, de hambre, de crueles sufrimientos, de peleas y correrías sin cesar, doña Juana soporta estoica la pérdida de sus cuatro hijos Manuel, Mariano, Juliana y Mercedes que perecen víctimas de los rigores de la campaña. Sólo una hija, Luisa, la sobrevivirá.

Piénsese en el inmenso y dramático dolor de esa madre cuatro veces desgarrada al perder a las criaturas de su carne, y fulminada después con la muerte del marido. Cualquiera otra habría renunciado a la contienda. Doña Juana devoró su pena y siguió la lucha: la esposa, la madre, la mujer se esfuman detrás de la guerrillera indomable ¡pero cuánta grandeza moral, cuánto sufrimiento y derrumbe internos, cuánta desolación en el alma de doña Juana que nadie puede aquilatar porque sólo una esposa, una madre, una mujer, acosadas por la desgracia, pueden medir la magnitud del sacrificio de la esposa de Manuel Ascencio Padilla!

5

De las muchas que suscitó, dos grandes amistades merecen recogerse por la historia. La que tuvo con el cacique indio. Cumbay que combatió a sus órdenes y le prestó ayuda en trances difíciles; y el tierno afecto, maternal diríamos, que la unió a Huallparrimachi, el dulce poeta quéchua que se dice fue hijo de una princesa india y de un hijo del Rey de España.

Huallparrimachi adoró a doña Juana. Velaba por su vida en los combates, se batía como un tigre. Y habría sido una estrella de primera magnitud en nuestras letras si el Destino no se lo hubiera llevado a los 20 años en el combate de Carretas.

A Huallparrimachi mancebo se lo evoca finamente en las novelas de doña Lindaura Anzoátegui de Campero: "1815", "Manuel Ascencio Padilla" y "Huallparrimachi" que por su vivacidad humana y su ternura sentimental podrían servir de base para una gran tragedia histórica.

Escuchemos a Huallparrimachi, mancebo heroico y nobilísimo en estos sus versos que Jesús Lara ha traducido del quéchua con admirable maestría:

Dice Huallparrimachi con ternura india, transportado a la majestuosa lengua de Castilla:

"Con peine de oro ordenaría tu negra y encantada cabellera.

La blancura de tus manos avergüenza a la azucena.

Quisiera plantar tu corazón dentro del mío.

Mi amor verdecerá eternamente por ti.

Paloma mía ¿dejarás tu nido? ¿Y a quien he de acudir para manifestar mi tristeza?

El sol, la nube, la frescura de la sombra te hablará de mí.

Cuando te vayas, el sol se apagará para mí.

Cóndor me he de volver para volar a tu lado.

Ciego me volví al verte. ¿No ves que sólo miro por tus ojos?

Regálame en mis brazos: tuyos son.

Cuando se encienda el día, piensa en mí. Cuando la noche llegue te pensaré sin tregua.

Viudo mi corazón, si tu te vas.

En el tumulto de tus pestañas ríe mi amor.

Quisiera ser un picaflor siempre libando en el néctar de tus labios.

Tu cintura tan fina, me tiene hechizado. Tus pies menudos, música de ventura esparcen al caminar.

Solo, en la oscura noche, pensaré en ti. ¿Nos volveremos a ver? Si no fuera así soñándote, amándote moriré. “

Blanca se llamaba la amada de Huallparrimachi. Y el cruzó como un guerrero invicto por el transcurrir de la guerrillera, en su vida corta y trunca en la que se siente el aleteo de las alas del Arcángel.

6

Recordemos, todavía, aquel doloroso episodio cuando un español calumnia a Manuel Ascencio Padilla y éste estuvo a punto de sucumbir en manos de los patriotas. Doña Juana defendió con entereza y serenidad al esposo, sufriendo una terrible agonía, hasta que se descubrió la infamia y el guerrillero recuperó la confianza de los suyos, sostenido en el trance sólo por la fe de la esposa.

Tiempo después, por méritos de guerra, Juana Azurduy de Padilla es ascendida por el Alto Perú a Coronela de sus ejércitos.

En contraste con la generosidad de Belgrano, Rondeau alejó a los Padilla que le hacían sombra: siempre el mediocre recelando del superior.

Doña Juana que junto a los ejércitos auxiliares argentinos peleó con estupendo valor, se fué a Salta en las postrimerías de la independencia. Envejecida prematuramente por los años de lucha, penurias, y desgaste físico al par que angustias del corazón, fue olvidada no por la Patria sino por los hombres de su tiempo y los sucedáneos que no supieron honrar sus méritos insignes de mujer y combatiente.

7

Sus bienes, confiscados por los españoles, le fueron de vuellos. Sucre la admiraba, Bolívar le asignó una pensión. Evoquemos esa escena patética cuando el genio militar de América visita a la Heroína de Chuquisaca en Sucre, en 1825, y profiere estas palabras justas:

— Señora: habéis honrado a las mujeres de América y nos habéis enseñado patriotismo a los hombres. El sol de la victoria y el rayo de la derrota se abatieron muchas veces sobre vuestra cabeza. La estrella de la libertad brillará siempre junta a vuestro nombre.

La heroína, quebrantado el cuerpo por las luchas y los sufrimientos de su azarosa vida, responde dignamente:

— Libertador: me honráis en exceso. Sólo he sido una servidora del ideal de Patria Libre. Que vuestra espada consolide los sacrificios de los Guerrilleros de la Independencia.

Sucre, Santa Cruz y Belzu también la honraron. Se trató de gestos aislados. La ingratitud colectiva la persiguió en la segunda mitad de su vida. Se extinguió a los 83 años, en la miseria, olvidada por todos, en absoluto abandono. Duele señalar que, como anota un historiador, sólo tres

indios y el niño Indalecio Sandi acompañaron sus restos a la última morada. Su hija Luisa morirá, asimismo, en indigencia y soledad.

8

En esta hora de osados revisionistas del pasado, que pretenden empañar nuestras grandes figuras y encumbrar a las menguadas ahora que la Nación se debate entre el egoísmo, la dispersión y la anarquía, Juana Azurduy de Padilla es el símbolo del más ascenderado patriotismo: la que entregó todo y se dió entera a la causa sublime de la independencia.

Varona de humanidad — la habría denominado Unamuno, el profundo pensador. Sófocles, el trágico, la habría elegido como arquetipo de audacia y nobleza femenina. Y Diderot, desdeñador de las mujeres, se habría rendido ante la egregia doña Juana cuya vida legendaria humilla, a los varones más soberbios.

"Madre de los indios" la bautizó su época por el amor y el desvelo que les prodigaba. Y es que en los combates lo mismo que en la paz doña Juana daba expansión a su gran corazón maternal abierto siempre para los humildes y los necesitados.

Un día que una mujer del pueblo le pide algo para alimentar a sus cinco hijos, la heroína que ha dado todo para armar a la guerrilla, le entrega una medalla de oro ganada en reñido combate en Ayohuma:

— Toma — le dice — el hambre de tus hijos es antes que mi gloria.

9

De la historia no escrita, de la leyenda, o de la intuición poética de esta vida extraordinaria, desprendo estas escenas patéticas que nimbán su figura y su obra creadora.

En un combate a espada tajante, dos veces herida manando sangre, sigue la lucha sin querer apearse del corcel. Al fin cae del caballo y despreciando sus propias heridas, antes de perder el sentido se limita a recomendar: "cuiden al indio Manuel está más grave que yo."

Cortejada por patriotas y españoles que admiran su belleza y su entereza de carácter, doña Juana los rechaza con viril indignación: "la mujer de Manuel Ascencio Padilla sólo ama a su marido."

Acosada por las traiciones y defecciones intrigas y bajezas de la época emancipatoria, cuando patriotas y españoles mudaba frecuentemente de bandera, y otros por ambición o cobardía abandonaban sus filas, la heroína jamás se lamentaba por deserciones o extravíos de algunos. "Los leales san más" — decía — y nunca abandonó su filosofía optimista frente a los mayores desastres. "

Quien no la vió en la cuádruple agonía de la madre que da sepultura a sus hijos, no puede imaginar el dolor desgarrador de este espíritu singular, esta madre de ternuras y amarguras que como la Virgen María tuvo el corazón atravesado por las espadas del dolor. Capitana victoriosa en el combate, la madre sollozante la restituye a su grandeza femenil más admirable cuanto más doliente. "No hablar, no hablar de mis pequeños — repite — el Señor me los dió, el Señor se los llevó."

Otra vez sostiene un reñido combate a sable con un valiente capitán español, en un encuentro sorpresivo. Es el choque de dos patrullas, de no más de quince hombres cada una. Patriota y peninsulares se detienen para ver el combate de sus jefes. Después de prolongada lucha durante la cual ambos contendores hacen prodigios de valor, habiéndose inferido mutuas heridas, doña Juana hace volar el sable de su contendor y luego le perdona la vida. "Podéis iros — le dice — los patriotas respetamos a los valientes."

Quiso a Juan Huallparrimachi con maternal afecto. El joven quechua, una noche después de una retirada penosa, cantaba y recitaba sus poemas en torno a la hoguera donde los fugitivos reparaban su desdicha. Huallparrimachi, tierno, querendón, arrancaba lágrimas a sus compañeros. Entonces la heroína reprimiendo un sollozo le dijo: "Gracias, hijo mío, Dios te ha dado el don de poesía, pero tus cantos y tus versos me están ablandando. Debemos ser fuertes, la guerra nos aguarda.

Y anciana ya, quebrantada por los achaques de la edad solía murmurar: Ya no hay hombres, hay solamente palaciegos. Si volvieran los centauros de la Independencia... "

Lástima que no existan un diario o unas memorias de los combatientes que la acompañaron en sus proezas legendarias.

Sólo un testigo viviente habría podido relatarnos esta vida extraordinaria, donde la gloria hermanada con la muerte, tejió una epopeya humana superior a la mejor novela de aventuras.

10

Desdicha para nuestra patria infortunada, que ya no existan caracteres excelsos como los dos Padilla. Esos creadores de Nación se avergonzarían si contemplaran la miseria moral, el aluvión de apetitos, el divisionismo lacerante el odio fratricida, y la explosión demagógica que están convirtiendo el gran país soñado por Santa Cruz, Ballivián, Linares, Frías, Campero, Montes, Saavedra, Busch, Villarroel y Barrientos, en un tolderío de ambiciones y disputas donde se despedaza cada día el corazón sangrante de la Patria.

Desdicha que se haya extinguido el linaje de los varones y varones del Tiempo Heroico, y que la gran lección cívica de la Heroína de Chuquisaca sólo resuene en las escuelas cuando debiera vibrar en el alma ciudadana enseñándonos qué es patriotismo, qué es deber, que es desprendimiento, qué solidaridad humana, y qué grandeza redentora en este torbellino de pasiones que nos consume.

Doña Juana vertiría lágrimas de sangre si viviera en la Bolivia de hoy desgarrada por los propios bolivianos.

A doña Juana hay que recordarla como la vió Lindaura Anzoátegui de Campero en una de sus novelas: "De aventajada estatura, las perfectas y acentuadas líneas de su rostro recordaban el hermoso tipo de las transtiberinas romanas." O como madre amorosa de los indios y los humildes a quienes convertiría de campesinos en guerreros. O como amazona intrépida, con el sable desnudo en la diestra, y en la siniestra el pendón glorioso que ilumina el Sol de la Libertad Americana. O como aquella majestuosa y austera Livia, la mujer del emperador Augusto, la "mater familias", que los romanos tuvieron por símbolo de la Virtud.

Habría que realizar un gran Homenaje Cívico, en toda la República, algo así como un Resurrección de la Heroína de Chuquisaca y al conjuro de su nombre reavivar la llama débil del patriotismo que se extendía lentamente. Así sabríamos, en un raptó de efusión lírica y épica a la vez, que una mujer nos sigue dando con la entrega de su vida y de su hogar, la lección inmortal de todo auténtico heroísmo: a la Patria se la sirve y se la honra, más allá del Olvido y de la Muerte"

MURILLO, EL HOMBRE DE JULIO

En la tempestuosa historia de los kollas, no hay figura más alta ni más trágica.

Muchos escribieron sobre el Caudillo Paceño y acerca de la Revolución del 16 de Julio de 1809; con mayor penetración Ismael Vásquez, Gustavo Adolfo Otero, Manuel Carrasco, Valentín Abecia. Pero aun falta el libro mayúsculo sobre el varón insigne, adalid de los andinos, figura nacional para los bolivianos, que ya se proyecta como expresión de la conciencia continental. Murillo, el gran mestizo de La Paz, es la primera voz con que la América del Sur habla al mundo. Su

genio profético, su rebelión audaz, su hazaña civil, su dramática vida que termina en el patíbulo por la libertad del pueblo, están esperando la grande obra literaria que glorifique al héroe.

No la obra histórica, de investigación, de crítica, el estudio comparado de documentos, temas tratados ya con abundancia testimonial y perspicacia indagadora, sino el libro definitivo, que lindando en la epopeya y en lo épico, explore la intimidad humana y transmita la compleja personalidad de Pedro Domingo Murillo, prócer del Nuevo Mundo.

Más que un simple biógrafo, reducido al dato preciso, a la anécdota circunstancial, a la cronología de hechos, el Hombre de Julio requiere la genialidad de un artista — poeta, escritor y pensador — capaz de elevar a gran obra de arte la historia de su vida y el vuelo de su alma.

Esto es lo extraordinario en Murillo: cómo un oscuro abogado, de extracción social media, que carecía del respaldo económico y de las ventajas de cuna ilustre — fortuna y nombre frenaban su marcha — pudo remontarse a la visión sapiente y a la conducción revolucionaria. Hechura de sí mismo, porfiado luchador contra el Destino, ansiando siempre, desesperando muchas veces, rehaciéndose valerosamente en las caídas, pudo el varón inmortal repetir como Napoleón: "mi linaje comienza conmigo."

Se ha visto, sí, pero no se ha transmitido con patética grandeza el drama murilleano.

Porque dos combates titánicos libró el líder paceño en el curso de su vida: uno contra los hombres, otro contra sí mismo. La presunta deserción, el descaecimiento denunciado por algunos detractores, es la clave para comprender su enigmático carácter si se lo mide en relación a su tiempo, a su medio, a las excepcionales circunstancias que entrecruzan su trayectoria humana.

Bolivia late, larvada, antes de nacer en su corazón de fuego y en su pluma combativa. La libertad fulgura en sus ojos. La conciencia de Nación brota de su verbo iluminado. El enseñó la tarea humana sin descanso: conducta digna, promover rebeldía justa, reunir ideal y acción en vocación de lucha, la libertad por encima de la vida.

Era, pues, profeta, conductor, héroe y mártir a la vez. ¿Cómo reprocharle una hora de flaqueza — si la hubo — cuando Pedro mismo, piedra de la Iglesia niega a Jesús en un rapto de miseria humana?

Cualesquier que hubiesen sido los errores y caídas de Murillo, se borran, todos, con la entrega final a su trágico destino: la muerte gloriosa por la libertad de su pueblo.

Y esa frase final, verídica o atribuída, que sus labios habrían proferido en el cadalso, es la chispa que encendió la hoguera revolucionaria en el continente, la centella que sigue iluminando el camino de hombres y naciones:

— ¡La tea que dejo encendida, nadie la apagará!"

Una Némesis implacable persigue siempre al Héroe, que debe expiar su osadía en el dolor. El Prometeo Andino, que descubrió a bolivianos y americanos del sur, el camino de la verdad, de la justicia y de la democracia, tuvo que expiar — sigue expiando — ante los buitres de ayer y de hoy el delito de haber sido un conductor de muchedumbres y un individuo superior. ¿No es toda grandeza acicate para el rayo de la envidia y los resentimientos? ¿No son los pueblos sudamericanos proclives alodio y a la calumnia? Se escupe sobre las tumbas, se infama a los vivos. ¿Por qué habría de escapar Murillo al rencor vengativo de los émulos de ayer y de hoy? Negadores de su gloria siempre existieron, envidiosos de su fama también. Pero su grandeza humana discutida — por ello mismo más insigne — se cierne segura sobre la pálida sombra que vanamente intentan proyectar los detractores. Y al cabo, en el patíbulo, el adalid paceño se redime de todo yerro transitorio hasta alcanzar la suprema jerarquía del varón destinado al sacrificio redentor.

El cholo insigne pudo más que el odio venenoso de sus adversarios, que aun siguen existiendo. ¡Y cuánta materia trágica, cuánta maldad humana, cuanto despecho cínico en los jueces de ayer y de hoy que pretenden aminorar la epopeya de Julio!

En Murillo las palabras pocas pero sacramentales ligan hombre y destino. Las acciones muchas, persistentes, como piedra fundamental en la construcción de la Joven República que surgiría 16 años después de su muerte.

¿Cuáles fueron los puntos cenitales en su vida? Varios, que no uno. Siempre quedarán perplejos biógrafos e historiadores ante esta alma de muchos registros. El patriota y el jurista, el luchador y el idealista, el hombre de acción y el hombre de astucias, el visionario y el varón práctico, todos le habitaron. Su corazón fragua de pasiones, domado por una voluntad severa. Y el escenario de su quehacer viril tampoco uno, sino múltiple, diverso, porque Murillo se desdobra, sucesivamente, en el amor, en la amistad, en la tarea civil, en la conspiración, en el estudio de las leyes, en la política que enardece, en la ambición que eleva y aniquila. Su vida privada poco menos que ignorada, en la penumbra; su vida pública a plena luz, explorada por todos, comprendida por muchos, denostada por algunos.

No fué la sola meta del revolucionario legamos patria en libertad. Una pedagogía oculta, no bien estudiada, resalta en los hechos y escritos de Murillo: es la pasión generosa de unir a un país de gentes divididas. Su doble y tremendo combate se proyecta contra el Imperio Español, dominador del hemisferio; y contra el medio social indolente y pérfido. Cercado estuvo el Caudillo por necios, incapaces y traidores, si bien no faltaron tampoco nobles varones en su empresa libertaria. Y esta lucha contra el medio, esta defensa constante de los émulos y los ingratos, no es la menor tarea de sus tareas. Aquí el político y el abogado rayan a la altura del conspirador permanente.

Protomártir, héroe, hacedor de patria le llamamos. Todo él traspasado de audacia y de constancia, al modo bolivariano: sacando energías de la nada, sociedad nueva de la vieja servidumbre, Nación de los grupos dispersos y encontrados.

Mas el hombre entero, plural y desigual, en proceso de transformación, el hombre verdaderamente humano, que es como decir contradictorio, proteico, grande y pequeño alternativamente, el hombre de varias dimensiones, el que hace de su corazón escudo, espada de su pluma, fábrica de historia de su voluntad, sombra recogida de sus amarguras, templo secreto de su ambición, no se ha su revelado todavía en su global grandeza a los investigadores.

El Gran Paceño pervive, aun, con un pie en la historia y otro en el misterio.

Podemos denominarle el Hombre de Julio porque julio es el mes de los paceños. Murillo crea la hazaña que lo inmortaliza. Y su pueblo, al evocarla, está bautizando al tiempo.

Es el que acrece en la extensión continental. Sale de la heredad criolla, cruza los tamaños de Bolivia, se proyecta a los horizontes de nuestra América con la fuerza irresistible de las figuras mesiánicas, que tallan la historia y las patrias a golpes de cincel.

En cierto modo, un enigma psicológico. En otro, un haz de almas. ¿Qué sabemos del Murillo interior? Casi nada. Tal vez el drama o la tragedia podrían dibujar con perfiles ardientes, la línea brusca, accidentada, de esta vida singular que brota de las cumbres.

Fuego en las nieves. ¿Quien osaría descubrir al hombre detrás del protomártir?

Murillo es el drama del mestizaje hecho acción.

La fiereza kolla pero también los rasgos definitorios del quéchua y del camba como se agrupan y confluyen en este fundador de patria libre, síntesis del carácter nacional. Estudiadlo en sus complejas ondulaciones. Es el pueblo boliviano encarnado en el guía genial de su valor y su infortunio.

No se ha comprendido bien, todavía, la magna lección del héroe: más vale muerte digna que existencia miserable. Patria es el varón que la genera y la sustenta. Y cuando el conductor civil alcanza la dimensión señera del protomártir, se cumple el ciclo misterioso de los grandes:

— El más noble será inmolado para que el pueblo viva a la sombra de su sacrificio y de su gloria.

Más que el nombre del hombre, más que el renombre de su hazaña, Murillo es la sangre que se transfigura en las vetas del mármol y del bronce. Ejemplo vivo para las generaciones. Uno que construyendo se destruyó. Hombría excelsa, digna de los hexámetros de Homero o del verso lapidario de Tamayo.

Y si se apura el sondeo de su trágica existencia, a poco resplandece una presencia silenciosa de montaña.

16 de Julio de 1971

Tres figuras insignes de la política y la cultura.

PAZ CAMPERO - GOSALVEZ - BALDIVIESO

Cuando el quehacer político y la producción intelectual no cristalizan en el libro, faltando estudios críticos que calibren lo que hicieron, los valores representativos de un pueblo y de una época corren peligro de caer en el olvido.

Pasa más de una década del fallecimiento de Javier Paz Campero, de Gabriel Gosálvez y de Enrique Baldivieso, hombres de mucho saber, de intenso hacer, de conducta intachable, a quienes con justicia debemos considerar como tres figuras insignes de la política y de la cultura.

Diré más: tres arquetipos humanos que influyeron fuertemente en su generación. Líderes de arrastre y proyección nacional. Personalidades vigorosas: el chuquisaqueño luchador y corajudo; el paceño sagaz y conciliador; el tupiceño brillante y elocuente. Todos tres señores en la conducta, descollantes en la vida pública.

No me propongo abocetar los rasgos biográficos, separadamente, de cada uno de estos próceres, si no más bien avizorar los en conjunto dado el extraño paralelismo de sus vidas que, apesar de las naturales diferencias de temperamento, convergen sus líneas de fuerza en un dramático destino de luces y de sombras.

Los conocí de cerca. Los admiré siempre. Y aspiro que este primer intento de aproximación a tan nobles figuras, por rápido y concentrado que sea, sirva de apertura a estudios mayores para ejemplaridad de las generaciones futuras.

Civismo ascendrado, talento, honestidad, señorío, lealtad, consagración a la política en función de un ideal de patria, he aquí algunas de las virtudes de estos varones ilustres. Tuvieron ambición de ser y de hacer, como todo ser humano que busca realizarse, pero en mayor grado un sentido del deber que los indujo al servicio público con acrisolada honradez. No se enriquecieron en el gobierno ni dejaron fortuna a sus familias.

Estos destinos afines corren por cauces de geométrica armonía. Los tres nacen al despuntar el siglo XX. Los tres mueren sin llegar a los sesenta años de edad. Líderes estudiantiles, se distinguen después en el periodismo y en la lucha política. Como diplomáticos llegan a Embajadores. Como estadistas alcanzan la jerarquía de Ministros de Estado y de Cancilleres de la

República. Brillan en el parlamento como diputados y senadores. Oradores y diestros expositores, su palabra es escuchada con respeto y admiración. Los tres descollaron en la cátedra y los tres fueron aclamados como presidenciables sin que ninguno alcanzara la Primera Magistratura aun sobrándoles títulos para ello. Todos fueron víctimas de confinamiento, destierro, y persecuciones políticas. Baldivieso y Gosálvez fallecen en el exilio; Paz Campero, enfermo y exilado en largos años de padecimientos, pudo volver a la patria merced a un rasgo de nobleza de su adversario político el ex Presidente Siles Zuazo y murió a los pocos meses. Mentas de clara inteligencia y de vasta cultura, ninguna llega al libro, pero son autoras de folletos, documentos, ensayos y artículos de singular valor, pues sea en la lucha periodística o en función de estadistas, todos tres intervinieron activamente, con la propia firma o en forma anónima en el análisis de los problemas del país. Reunir los escritos dispersos de estos tres grandes políticos, es una deuda que la Nación tiene con su memoria. Verdad que Baldivieso publicó algunos poemas y es autor de cuatro horas de teatro no publicadas, pero su carrera literaria que pudo ser excelente se truncó por la política. Paz Campero y Baldivieso abogados, Gosálvez licenciado en finanzas. No por el título sin,? por su talento y su experiencia, fueron consejeros y amigos de confianza de Presidentes de la República: Gabriel y Enrique de Hernando Siles y de Busch; Javier de Toro y de Hertzog. Los tres socialistas, pero no del socialismo totalitario, despótico, dogmático de tipo comunizante, sino de un socialismo sudamericano de carácter humanista, respetuoso de la dignidad humana y de la propiedad privada, sin perjuicio de cambios estructurales en materia social y económica en favor de las mayorías postergadas. No se ha estudiado bien la obra de Paz Campero, de Gosálvez y de Baldivieso como precursores de la revolución nacional y autores de muchos decretos y disposiciones legales de contenido social en favor del pueblo.

El paralelismo de estas vidas se acentúa también en lo personal. Tuvieron carisma político y simpatía humana. Líderes desde la mocedad, se formaron conductores en la lucha y en una escuela de lealtad que va desapareciendo del escenario público. Señores por nacimiento y por conducta, aparejaron la admiración de miles y el odio y la envidia de centenares. Grandes conversadores, de quienes emanaban la abundancia de conocimientos y el juicio o consejo penetrantes, tuvieron alta capacidad de trabajo como estadistas y como profesionales: ese talento improvisador que se asienta en rigurosa disciplina intelectual. En el gobierno o en la oposición brillaban cada cual con luz propia. Austeros en su vida privada, tenían la virtud de polarizar la atención en las discusiones. Sabían escuchar, sabían proponer las soluciones más adecuadas a los problemas más complejos. Nobles de naturaleza moral, firmes en la lucha civil, generosos con el caído, nunca mancharon sus almas con la protervia partidista. Sutil ingenio Paz Campero actuaba como un discípulo de Cicerón. Baldivieso venía de Píndaro. Gosálvez se afincaba en el rigor lógico de Sócrates. No conocieron envidia ni rencor. No hicieron derramar lágrimas, cosecharon mas bien bendiciones. Defensores de las buenas Causas, denunciaron y combatieron aquellas que juzgaron perniciosas para el bien público. Cristianos y nacionalistas de buena cepa, para los tres la palabra "revolución" era más una responsabilidad que un uso del poder. Sociólogos de fino olfato conocían profundamente al pueblo boliviano y lo sirvieron con lealtad y sacrificio.

Algo que merece ser remarcado: su probidad. Fueron espartanos en su economía privada e insobornables en la defensa de los bienes públicos. Todos tres, en sus últimos años, sufrieron apuros financieros.

Existe un heroísmo civil tan grande como el heroísmo militar. Este se difunde, aquel raras veces es conocido. Recuerdo que cierta vez un viejo político que conocía a los tres líderes, lanzó este juicio:

— Si se conociera bien las proezas morales, las virtudes cívicas y sus grandes servicios al país, yo diría que Paz Campero, Gosálvez y Baldivieso son los Tres Mosqueteros de la Patria.

Juntos en política — cortos alejamientos fueron superados — juntos en la amistad, compartiendo victorias e infortunios, Enrique, Gabriel y Javier fueron mimados de la sociedad y de la política pero también el destino adverso se cebó en sus vidas. Sobresalieron como políticos y como intelectos preclaros; sin embargo ninguno coronó su vocación de hombre público: la tarea del Jefe de Estado que el azar negó a los tres y en, la cual debió culminar su carrera política.

Si se hiciera un estudio a fondo de cuanto realizaron estos tres varones insignes por Bolivia, sirviéndola leal y eficazmente en foros internacionales, en cargos diplomáticos, en altas funciones públicas, en la polémica ideológica, en el parlamento, en la política, en el análisis de cuestiones jurídicas, económicas y sociales; si se recopilara sus medulares estudios dispersos en diarios, revistas y folletos; si se investigara su notable y abundante contribución en la política gubernativa, en la oposición, y en el curso general del acontecer nacional, Baldivieso, Paz Campero y Gosálvez .aparecerían en su real dimensión de conductores y servidores del país.

No llegaron a Presidentes, pero cada uno de ellos fué maestro de conducta, arquetipo de ciencia política, modelo para jóvenes y adultos.

Almas desinteresadas de fama y de fortuna, no supieron ordenar su obra creadora hasta la organización duradera del libro. Es el único vacío que se les puede reprochar. Conocí muchos documentos emanados de estas inteligencias de excepción y puedo afirmar que si fuesen recogidos y editados, constituirían un valioso material de estudio para quienes historien la política boliviana en el periodo 1925 -1955.

Ejemplares también en la amistad, Gabriel, Enrique y Javier mantuvieron señorial y afectuosa vinculación en política y en lo personal, apenas velada por breves períodos de distanciamiento. Se profesaron, todos tres, afecto, respeto, admiración. Se apoyaron recíprocamente casi siempre, disintieron con hidalguía en contadas ocasiones. Forjaron una tradición de nobleza espiritual, de sabiduría política, de lealtad en la amistad que todos admiraban y muchos envidiaron.

Tan honda debió ser esa vinculación afectiva que pocos días antes de morir, rebuscando papeles antiguos, Javier Paz Campero encontró un papelillo viejo ya de años, en el cual Gabriel Gosálvez y Enrique Baldivieso le decían: "Javier, te esperamos a la cita."

Probablemente se trataba de un encuentro para expandir el espíritu y rescatarlo pasajera de la tensión política; pero como los dos amigos ya lo habían precedido en el último viaje, Javier llamó a su esposa e impresionado le dijo:

— Es un aviso.

Una semana después los tres amigos entrañables se reunían en el Más Allá.

El genio conciliador, la sapiencia administrativa, la intensa capacidad de trabajo de Gosálvez; la vehemencia, el valor civil, la destreza jurídica para defender a débiles y a perseguidos en Paz Campero; el fuego oratorio, los arrebatos líricos, el acierto en el consejo y en la acción de Baldivieso. Notables cosas. Y por encima de ellas la conducta hidalga del paceño, del chuquisaqueño y del tupiceño que siguen siendo modelos para sus conciudadanos.

No es aventurado sostener que los tres impusieron un nuevo estilo en la política nacional. Al vencer, no los ofuscó la victoria. Cayeron siempre, con altivez y dignidad. Se levantaron nuevamente despojados de rencor. No abusaron del poder, no hincaron la rodilla a los poderosos. Leales a la palabra empeñada, supieron honrar la en los trances más difíciles. Hablaron claro a los grandes y ayudaron sin descanso a los pequeños y a los desamparados. Precursores de la revolución nacional la entendían lejos del odio, de la crueldad, del espíritu de venganza. Anticiparon los cambios de estructura en política y en economía hoy vigentes, favoreciendo a las clases populares con decretos y medidas dictados por su saber político y su sensibilidad social. Lástima que historiadores, críticos y comentaristas no les hacen debida justicia — salvo rarísimas excepciones — olvidando la obra abnegada y generosa de estos tres adalides de la renovación social. Muchos resentidos y venenosos se atribuyen méritos que en verdad surgieron de estos cerebros privilegiados. Baste recordar que sin el respaldo de sindicatos ni de masas, ellos encabezaron los primeros ataques contra la oligarquía minera allá por el centenario de la República, denunciaron los excesos de la plutocracia. semi-feudalista que tenía engrillada a la Nación; abrieron paso al sindicalismo con Toro y con Busch; inspiraron la nueva legislación social y económica que consolidarían los gobiernos nacionalistas posteriores.

¿Que más se podría decir de estas tres personalidades señeras que honraron dentro y fuera del país a la cultura boliviana?

Estos hombres merecieron respeto y simpatía de Mandatarias, de estadistas, de calificados intelectuales de otras naciones. Encarnaron la patria en su más alto sentido: la nobleza de espíritu, la honestidad, y la capacidad del intelecto.

Gosálvez siempre sereno; reflexivo, a veces hermético. Cortés en el trato, expansivo sólo con los íntimos. Intachable en su hogar. Gran consejero. Diestro político. Tuvo la virtud primordial de saber decir "no" y de cumplir la palabra empeñada. Prudente, equilibrada como pocos, no arriesgaba lo razonable por lo emotivo. Su organización mental lo convirtió en el perfecto administrador: manejó los asuntos de Estado como un gerente de gran empresa, escrupuloso y dinámico, sin que nada escapara a su mirada vigilante. Tuvo amigos fidelísimos que aun lo recuerdan y enemigos enconados como los tiene todo espíritu superior. Yo lo compararía con ese gran estadista que fué Colbert, el reformador de la administración económica de Francia, que tanto hizo por el engrandecimiento de su patria, trabajador extraordinario, y también, como Gosálvez, muerto sin haber recibido el homenaje de gratitud que su pueblo le debía.

Paz Campero protipo del luchador caballeresco. Valiente hasta la temeridad. Impetuoso. Vehemente en el discurso. Internacionalista y maestro en ciencia jurídica. Idealista en exceso al punto que se le comparó muchas veces con el Caballero de la Mancha, por su generosidad y su nobleza buscaba el peligro y la justicia. Habitó más en la oposición que en el poder. Gran abogado, renombrado estadista. Defensor de oprimidos y buenas causas sin medir los riesgos. Brillante parlamentario. Socialista de convicciones, de un socialismo de tipo cristiano y humanista, fué el primero en alzarse contra la plutocracia dominante hasta 1952. Fino diplomático, hombre de mundo, sagaz estadista. Adorado por sus amigos, temido por sus enemigos, respetado por todos. Su sepelio fué la demostración del dolor colectivo. Evoca la figura admirable de Jaurés, defensor de la verdad, de la justicia, Campeón en la lucha por una humanidad mejor. Un gran político y un gran señor.

Baldivieso: un caso raro del intelectual que triunfa en la política. Pudo ser notable escritor —amante de la filosofía, de la historia y del teatro — pero absorbido por la política abandonó su carrera de hombre de letras. Era un varón de simpatías. Elocuente, ingenioso, amigo de ironías, tuvo la preparación jurídica y la versación política para influir decisivamente en la Constitución de tendencia socialista de Busch. Y por afecto y lealtad a Busch no llegó a Presidente — cargo que lealmente le correspondía — porque mientras otros se apoderaban del Palacio de Gobierno, él asistía, compungido a la agonía del Héroe del Chaco. También como en el caso de sus dos amigos, su vasta obra de estadista permanece en el anónimo bajo la firma de presidentes y en decretos salidos de su pluma. Talento literario. Poeta. Magnífico orador. Hombre de conciliación y alma culta, recuerda la figura del duque de Broglie, consumado político, amigo de las ciencias y las artes. Baldivieso: ciudadano ejemplar.

Cualesquier de estos insignes varones habría hecho un gran gobierno de haber asumido la Presidencia de la República. No quiso un destino adverso que llegaran al solio presidencial. ¡Pero cuántos ansiosos del poder quisieran tener las virtudes morales, la sapiencia administrativa, el vuelo intelectual y el don de simpatía carismática que distinguieron a Paz Campero, a Gosálvez y a Baldivieso!

Yo los tuve por maestros en política, por modelos en señorío, nobleza y amistad.

El silencio iniciado contra ellos por el odio político en 1952, debe romperse. La patria adeuda un homenaje póstumo de reparación a la memoria de estos tres hijos. Las Universidades también. Y sería obra de gratitud colectiva y lección magistral para las nuevas generaciones llevar al libro sus rasgos biográficos y una recopilación de sus mejores escritos.

Águilas de la política nacional se remontaron muy por encima de los cuervos y los grajos que pululan a ras de tierra.

Así los veo. Así cruzan el cielo gris del drama nacional.

CRITICAS, CRITICASTROS Y ENVIDIOSOS

¿Tuvo razón Faulkner al hablar de la "casta sacerdotal de los críticos eunucoides y perversos?"

No lo sé. Pero en Bolivia, si en cierto sentido puede afirmarse que carecemos de crítica seria, elevada, y sobre todo equilibrada, en otro es dable hacer notar que omisiones y enconos fisonomizan a los comentaristas de libros.

Claro esta que existen escritores cultos, bien informados, que al enjuiciar obras lo hacen con equidad y con penetración. Son pocos. En general tenemos criticastros más que críticos y una profusa floración de aficionados que se ocupan de temas que ni entienden y juzgan libros que no leyeron o mal comprendieron.

En mi generación, Roberto Prudencio, Guillermo Francovich, Augusto Guzmán, Gamaliel Churata, Antonio Alborta Reyes, Hago Bohórquez, Eduardo Ocampo Moscoso, Moisés Fuentes Ibáñez, Manuel Frontaura Argandoña, Eduardo Ocampo Moscoso y posteriormente Renán Estenssoro, Valentín Abecia, Pablo Cejudo, Ramiro Condarco, Porfirio Díaz Machicao, Mariano Baptista, Gonzalo Romero, Raul Bothelo Gosalvez, Jorge Claros Lafuente, Jorge Claros Lafuente, Jorge Siles Salinas han hecho crítica de buena ley sin ser críticos de profesión. Y algunos más.

Pero esas son las excepciones. La legión de malos críticos o criticastros y de emborronadores de papel es tan numerosa, que llenaría muchas páginas.

¿Por qué siempre los críticos han de ser los juzgadores y los autores los juzgados?

Invirtamos los términos: también los escritores tenemos el derecho de opinar sobre quienes se arrojan la función de jueces.

Y si hablo de crítica, aunque no lo fui de vocación, es porque la ejercí muchos años en diarios, revistas y libros, al extremo de que en varias publicaciones y universidades del continente se me consideró como "uno de los pocos críticos honestos y veraces de Hispanoamérica" (En "Excelsior de México). ("Diez de Medina es uno de los grandes críticos de América": En "Universidad Católica Bolivariana" de Medellín).

El crítico contemporáneo tiene algo de ensayista y algo de poeta: sin penetración para el análisis, sin vuelo lírico, no se puede juzgar la obra ajena. Conocimiento y sueño son ingredientes del que invade el territorio intelectual. De aquí por qué al rigor saint-beuliano, se añade hoy la finura psicológica de un André Rousseux. ¿Críticos? Leed a Muschg, a Blanchot, a Bachelard, a Picon, a Dorfles, a Curtius, a Beguin ¡esos críticos! Mentes nobles, generosas, que no descienden a lo pintoresco del hombre, a las miserias de la persona, porque prefieren sumergirse en las honduras submarinas de la obra que a su vez devolverán nítida, veraz, la imagen del creador.

Entre nosotros se sigue cultivando la seud-crítica, el enjuiciamiento pueril a lo Valbuena y Bonafoux, el rastreo mezquino tipo Omer-Emeth, esa visión estrecha del que sólo repara en errores semánticas, pequeñas faltas sintáxicas, sin alcanzar la mirada de conjunto, el mensaje de un libro, la complicada elaboración mental, la estructura sobre la cual reposa el relato, o la música muchas veces subyacente del narrador.

Frecuentemente, más que la obra se juzga al autor. Simpatías o antipatías, rencores ocultos o amores de "capilla" literaria determinan el veredicto crítico. No se puede esperar imparcialidad ni honestidad del lugareñismo enjuiciativo. Diarios, revista, cenáculos, radios, con excepciones, son dominados por logias y camarillas literarias afectas a lograr al principiante y al mediocre, desafectos al escritor consagrado o al valor descollante. Para aquellos el estímulo desproporcionado, para éstos el vacío o la diatriba.

Dice un escritor nórdico que el crítico debe saber más o al menos tanto como el autor al cual juzga. Entre nosotros acontece a la inversa: cuanto mayor la obra juzgada más ignorante y atrevido el juzgador.

El motor que anima al movimiento bibliográfico y a la crítica literaria en Bolivia, es la envidia. Se trata de encumbrar a los que no hacen sombra, de voltear a quienes la proyectan. ¿No estampó Unamuno que el español es el pueblo más envidioso del planeta, y no descendemos, culturalmente, de los españoles? Si en política, en los negocios, en cualquiera profesión la emulación traspasa los límites de una conducta recta, en literatura la envidia campea feroz, persistente, abierta o encubierta, convertida en odio inexorable. ¿Qué escritor de valía no padeció sus dentelladas?

El que compone versos tendrá todos o casi todos los poetas en su contra. Quien practica la narración verá alinearse adustos a cuentistas y novelistas. El crítico será rondado por los lobos de la crítica. Historiadores y sociólogos no hallan la vida fácil. En cualquier género que sea — ensayo, teatro, mitos, folklore, filosofía, prosa poemática — el autor hallará la primera barrera en sus iguales. Luego los círculos invisibles de los criticastros que operan con el vacío, la sátira, o las pullas malintencionadas. Finalmente soportarán — toda una vida — las flechas de los partos (hiriendo siempre y siempre huyendo) de los envidiosos que no le darán reposo hasta el día postrero.

Crítico calificados, de altura moral y con perspicacia en la indagación, hay muy pocos. Y no se manifiestan con frecuencia, por lo cual bien podríamos sostener que más son intelectuales que hacen crítica y no profesionales en ésta actividad. Los criticastros, en cambio, abundan, ufanos en las almenas que les brindan los medios publicitarios y desde las cuales disparan a mansalva sus dardos venenosos. Por último la marejada de los envidiosos que pretende arrasarlo todo, porque sobresalir en el medo criollo es un delito.

Si se analiza con cuidado la producción bibliográfica del país, se comprobará que los libros realmente valiosos pocas veces ocuparon a los comentaristas; los mediocres y los malos en abundancia. Se diría que existe una conjuración de las medianías para tratar de ignorar a los mejores.

Negar el mérito. O silenciarlo. Esta es moneda corriente en Bolivia.

En verdad, personalmente, yo no me quejo: dentro y fuera del país mis libros fueron abundantemente enjuiciados, muchas veces con benevolencia, pocas con agriedad. Algunos silencios intencionados no amenguaron el interés de mis lectores. Debo, pues, mas bien gratitud a los centenares de voces amigas que se ocuparon de mis obras.

Envidia y resentimiento jamás los tuve. Para nadie. Aun a los detractores los olvidé. Y si cuento hechos o evoco personas que conocí, no es a manera de desahogo personal, sino porque deseo enseñar a los escritores noveles el mundo oscuro, áspero y difícil dentro del cual tendrán que moverse si aspiran a ser hombres de letras.

No acostumbro echar basura al prójimo. Ignoro lo que significa vengarse porque nunca lo hice. Por ello no daré nombres ni personificaré actitudes. Dibujaré — o desdibujaré — los personajes, de manera que sólo ellos se reconozcan, o algunos muy perspicaces, de esos que leen entre líneas.

Las miserias de nuestra vida literaria deben ser difundidas. Aquí y en todas partes.

Sin pasión, con verdad y con justicia, recordaré algo de lo mucho que ví. Para enseñanza de incautos, para fortalecer el carácter, para aprendizaje en el arte de convivir, nada mejor que conocer hechos y seres del medio humano que nos circunda.

Comenzaré por el extraño caso de un señor crítico — éste si era un verdadero crítico — al que nada faltaba. Inteligente, culto, de muchos saberes, por lo general de juicio atinado, con ligero

tinte irónico en sus escritores. Ahondó en la psique y en las costumbres nativas. Actualizó a los clásicos, descubrió valores nuevos, trazó bellas descripciones del paisaje geográfico y del paisaje humano. Vibró con el mundo mestizo y padeció la tristeza bohemia del intelectual criollo. Escondía un resentimiento que sólo descubrí mucho más tarde. Suave, apacible, buen conversador, ganaba simpatía al primer contacto.

Vivía en provincia. Me escribió una carta pidiendo acogida en mi página “hombres, Ideas y Libros”. Se la dí y ampliamente reconociendo su talento. Apadrinó sus primeros trabajos publicados en La Paz. Poco después se trasladaba a esta ciudad. ¿Para qué recordar las cartas lisonjeras y las promesas de gratitud? Parecía ser el mejor amigo. Yo era muy joven, entonces, apenas rebasada la veintena. Durante dos, o tres años, nos acercó la literatura. Colabora en mi página literaria. Nos reuníamos en pláticas amenas. El me hablaba de Brandés y de Saint-Beuve, yo de Novalis y de Gerardo de Nerval. Al pasar al clima interno, advertí su inclinación hacia los valores muerto y su hostilidad para los vivos. Gustábale descubrir ingenios, sacarlos de la oscuridad. Y en la conversación no podía disimular la acidez de sus juicios: cuando no censuraba al escritor se estrellaba contra el hombre.

Un acentuado pesimismo teñía sus palabras. Recuerdo algunas de sus frases: “Usted no conoce la provincia: es infernal.” O bien: “¿Por qué quiere medirse con los de afuera? Conténtese con emular con los nuestros.” O esta otra: “Nada podemos hacer contra el destino contrario; Bolivia comenzó a correr muy tarde.” Finalmente: “El escritor no puede subsistir en nuestro medio: todo se conjura para destruirlo. Nuestros hombres son muy pequeños.”

Yo me encendía de entusiasmo y admiración en la mocedad. El, algo mayor, frío y racionalista juzgaba todo con desgano. Al referirse a nuestras grandes figuras políticas o intelectuales, lo hacía con punzante ironía, le brillaban los ojos de malicia, de una oculta alegría sin revelaba una falta o un defecto. En ese tiempo yo no discernía qué lo fastidiaba más: los éxitos del hombre o los triunfos del escritor. Para él no habían grandes; sólo medianías.

Al publicar mi primer libro en prosa (tenía 25 años) el crítico de marras me expresaba su gratitud y su amistad con un extenso trabajo —casi una página de periódico— en el cual trataba de demostrar que yo no era un escritor. Menos un ensayista. Que había resbalado por encima de los temas elegidos sin penetrarlos. Encontraba muchas fallas, ningún mérito. (“El Velero Matinal” despertó favorables resonancias en la crítica europea, americana y nacional). No negaré que toda obra primeriza es susceptible de crítico tenía razón; en otros no. Un libro, por endeble que sea, tiene también sus aristas positivas. La indulgencia con los que comienzan es signo de grandeza de alma. Pero el señor crítico acaso ofendido porque invadía su terreno — los ensayos de “El Velero Matinal” incursionan en lo nuestro y en lo universal — tal vez molesto porque su inveterado sentimiento de derrotismo se negaba a reconocer lo promisorio, se destapó como lo que era en el fondo: un envidioso, un resentido.

Cuando le dijeron mi sorpresa por la malignidad de su crítica, contestó con amargura:

— ¿Qué puede importarle a este consagrado por la crítica extranjera la opinión de un pobre crítico boliviano?

Durante treinta años guardó obstinado silencio: nunca más volvió a ocuparse de mis libros ni me mencionó jamás en sus estudios literarios.

“El Velero Matinal” me constó perder un amigo y el primer “vacío” literario. Ingratitud, injusticia, envidia me mordieron por primera vez. ¡Cuántas más debería soportar!

Como el caso de un escritorcillo al cual rehice de la cabeza a los pies su primer cuento. Literalmente le enseñé a escribir, acogí sus infundios... para merecer su odio gratuito que dura ya cuatro décadas.

O ese otro que levantado por mi pluma se deshacía en promesas lisonjeras — “yo escribiré su biografía” — y que con el curso de los años, pasó a engrosar la hueste de los silenciadores.

Un tercero sólo se complacía en fraguar chistes de mal gusto, apenas escuchaba elogiar el libro de un buen escritor.

Pero volvamos a los críticos.

Un excelente amigo en todo lo que no fuera literatura, del cual jamás me distancié, me colmaba de elogios verbales. Nunca escribió una línea sobre mis libros. Prometía, prometía... Era, eso sí, buen escritor y comentaba libros con agudeza y elegancia. Periodista, tuvo mil ocasiones para tejer una crítica bibliográfica, y aunque en otras circunstancias del vivir fue siempre leal y generoso conmigo, nunca se ocupó de mis obras. Ignoro qué le impidió trasladar al papel sus juicios estimulantes.

Ingratos y perversos conocí algunos. Ninguno como un rufiancillo, descalificado en su vida privada y en política, que debiendo muchos favores —fue, también, escritor de relieve— un buen día se convirtió en furibundo detractor negándome la condición de escritor y no perdiendo oportunidad de injuriarme. Pobrecillo: torcida lleva el alma y la pluma.

Mencionaré también a un típico ejemplar de la crítica altoperuano — criticastro diré mejor por su ignorancia en cultura general y lo desproporcionado de sus juicios —. Este buen señor vivía en el exterior. Me envió cartas zalameras y cuando vino al país lo introduje a un periódico, lo estimulé en sus versos ramplones y en sus relatos pueriles y lo alenté a ejercer la crítica que comenzó tímidamente. Algunos años de amistad, comentarios tibios. Después, conquistada una tribuna publicitaria, el falso amigo y colega gentil se trocaron en juez envarado y en crítico macarrónico. De una de mis obras expresó que sólo eran “palabras, palabras.” Poco después manifestaba que yo “no sabía componer cuentos”. (Tengo varios traducidos a distintos idiomas y algunos figuran en antologías extranjeras). De pronto, bruscamente, sin motivo aparente, el vacío. Mis quince últimos libros para este magíster envanecido, no existen.

Lo curioso es que el criticastro aludido mantiene las sonrisas, tiende la mano, su labia untuosa no cesa de elogiar. Y hasta pide libros. Se finge amigo siendo enemigo. Por detrás un sordo encono mueve su lengua: negar todo cuanto hice.

Bajo, rechoncho, camina hecho un sultán, mirando el cielo. Dáse ínfulas de dictador de las letras que tan poco conoce y tan mal discierne. Maestro del mal gusto exalta lo malo y lo mediocre, llegando difícilmente a la comprensión de lo superior. Y tiene, como es lógico su corte de adulones y sicofantes, formados a su cuño, que siguen sus consignas de odio y de mudez. Sus “críticas” por lo general se organizan con transcripciones, burlas de humor grueso, y palos, muchos palos, reservando zalemas y elogios para sus incondicionales, a los cuales eleva a las nubes.

Otro hubo — crítico avezado, poeta y buen prosista — que amaneció amigo, echó el incensario a mis ojos, después silencio. Adiviné al envidioso y quise conservar el amigo. Yo seguí comentando sus escasas obras, le dí sitio en mis estudios literarios. Finalmente lo hice nombrar embajador. Un buen día el colega zalamero se dio la vuelta: pasó a engrosar la manada de los lobos, lanzó pullas en prosa y en verso. Se quitó la careta del amigo para dar paso al resentido. Veólo cruzar las calles lento, silencioso, estampada en el rostro bilioso la impotencia del émulo ruin.

Tampoco me faltaron encuentros — fugaces por suerte — con los petimetres que frustraron en política aspiraron a surgir en las letras. Fueron tantos... Mencionaré sólo a uno, escritor de tercera categoría, grafómano por ambición, positivamente: autor mediocre. Infatuado como pocos creyóse dómine y juez a la vez. Cuando la suerte lo encaramó en cargos que le quedaban anchos pero de los cuales usufructuó con abuso, atropelló a intelectuales y a desafectos. Perdido el cetro del favor político, se aventuró en la literatura zozobrando a corto navegar. Si tiene usted la desdicha de encontrarlo, vaya prevenido; le dirá que las letras nacionales se reducen a cuatro nombres: Moreno, Tamayo, Arguedas y él.

Hay, también, el catedrático cultísimo, el periodista distinguido, el intelectual descollante, todos amigos, repartidores de sonrisas y de halagos que deliberada o indeliberadamente practican la política del “vacío”. Saben expresarse, escriben con facilidad, pero... pero... nunca pasan la barrera de los verbalismos. Claro está que comentaron muchas veces libros. Los nuestros, aunque figuren en sus bibliotecas, no merecen tan alto honor. A esto se llama en otras partes antipatía. O mezquindad. Tal vez calculada omisión. ¿Quién sabe? Consejo para principiantes: no esperes mucho del prójimo en el medio intelectual y confía sólo en las propias fuerzas.

Bien mirado yo no debería anotar ataques ni insultos ni tampoco silencios malintencionados. Ellos me ayudaron a subir. Toda vez que fui zaherido, negado, o injustamente juzgado, absorbí las críticas fundadas o infundadas. Nunca las contesté. Mi venganza consistió en seguir escribiendo. Pero insisto: cuento estas cosas para aleccionar a los que vienen detrás, a los jóvenes que ignoran la cruenta lucha del hombre de letras en la selva humana.

De política, ni hablemos. En ella la maldad del hombre raya en lo patológico. A veces literatura y política entrecruzan: entonces el escritor es devorado en el festín de los caníbales.

Regresemos al país del intelecto.

Se cuidará el escritor de sus iguales. Pocos amigos de verdad, pocos émulos nobles, y muchos envidiosos descarados o encubiertos. Recordemos la hermosa imagen del “Werther” cuando compara al escritor que surge con un río de ancho cauce que pone en sobresalto a los numerosos ribereños, los cuales, sintiéndose amenazados por el río, creen perder sus huertas y sembríos y sobreviene la conjuración de muchos contra uno: insidias, ataques, o simplemente el silencio para que el río pierda su fuerza.

Contaré un caso increíble. En cierto concurso anual de literatura, de los seis miembros del Jurado, cinco opinaron que un libro de ensayos merecía el primer premio por su contenido y por su continente. El sexto miembro alegó que en la portada posterior de la obra figuraba un retrato del autor, lo que daba un carácter “comercial” (!) al libro y que esto impedía premiarlo. Los otros cinco maravillosos miembros del Jurado se dejaron convencer premiando una obra evidentemente inferior.

Tocante a esto de premio y certámenes literarios, ande avisados el concurrente. Pocas veces los jurados idóneos, pocas veces probos. Más cuentan las influencias políticas, sociales, y las maniobras internas en el organismo que suscita el concurso. Más que el mérito se premia o se busca al autor “preelegido” para contentar a logias, capillas y grupículos.

Ni en los grandes deja de circular la envidia. Recuerdo el caso de un conferenciante. Antes de iniciar el acto, se presentó la primera autoridad del organismo patrocinante y con voz y ademanes agitados anunció el súbito deceso de un catedrático, pretendiendo si no suspender, al menos convertir la conferencia en honras fúnebres. El público, deseoso de escuchar al conferenciante, hizo caso omiso de las letras de esa autoridad. Después supe que existía una vieja emulación intelectual entre ambos.

¿Para qué hablar de los anónimos, los insultos por teléfono, las intrigas que se urden en salones y redacciones? Son el pan de cada día para el hombre de letras. Naturalmente que todo esto no se ve ni se siente al comenzar; es el declinar la juventud, en la dorada madurez, cuando el autor — y actor — tiene que resistir las presiones del contorno.

No, no es amarga la carrera del escritor. Es dura, está sembrada de obstáculos, transcurre flanqueada por miserias y desencantos. Y a pesar de todo sus flaquezas se superan con el amor a la vocación, la nobleza en la conducta, y el hermoso don de generosidad que Dios nos concedió para olvidar agravios.

Conocí un señor que me manifestaba — allí en mis años mozos —: “usted debe pagarnos porque le publicamos sus artículos, pues con ellos se está labrando usted un nombre.” Para el director de esa revista, sólo contaba los avisos; nada la producción intelectual.

En esta melancolía reseña del trasfondo de la vida literaria, recuerdo el caso de un amigo escritor. Fue, durante varios años, protegido y preferido entre los jóvenes redactores del periódico. Dióle por pasar del periodismo a las letras e instantáneamente descendió en el aprecio de su director. Como su nombre aparecía con frecuencia en la hoja literaria del diario, cierta vez el jefe de talleres, su amigo, le informó. “El director ha dicho que tu nombre suena mucho y que tus artículos firmados salgan sólo a una columna.” El muchacho quería renunciar. “Eres pobre y estás solo — le dije — no tienes derecho a tener orgullo ni a malograr tu vocación. Sigue escribiendo y aprende: hay que absorber golpes para surgir.” Me escuchó, mas no pude impedir que el rencor creciera en su alma.

Otro crítico de calidad — del tiempo moceril — bastante mayor que yo, rivalizaba en aquello de las páginas literarias, los comentarios bibliográficos, y la presentación de valores nuevos. Quería ser el pontífice de un movimiento literario que nunca despegó del suelo. Yo siempre dí acogida y sitio de honor a sus producciones. Con motivo de un viaje que realicé al exterior, quedó a su cargo el número extraordinario de fin de año del periódico. Cuarenta páginas saturadas de literatura y de avisos. Ese número contuvo 12 crónicas en todas las dimensiones firmadas por el crítico y una modesta referencia a mi página literaria — que aparecía en el mismo diario — en forma escuálida. Dos años de tareas similares y camaradería intelectual no pudieron atenuar la emulación.

Criticastro, en cambio, resultó un señor de muchas ínfulas y no pocas campañillas que se decía “crítico” y colaborador de revistas desconocidas en nuestras montañas. Hablaba de todo y enfáticamente. Sus juicios tajantes. Pero no se decidía a escribir. “Tengo muchas ocupaciones” — alegaba. Censor implacable, lo mismo revolcaba a consagrados que a novelas. Inteligente, aunque inculto, tenía la sagacidad suficiente para no herir a sus interlocutores: sólo despellejaba a los ausentes. Un día que alguien le preguntó si había leído a Landsberg, contestó: “es un buen autor de novelas policiales.” Ese día terminó la efímera reyecía del charlatán.

No podemos exigir el tipo de crítico-pensador, a la manera de Symmonds, Jaeger, Jaspers o Brandés. Nuestra insipiente cultural no ha dado aun esa planta en el país. Pero sí podemos pedir que al menos se siga la huella de la crítica contemporánea — Hauser, Boisdeffre, Kroeber o Claude Mauriac — que no son detallistas ni cazadores de pulgas, sino penetrantes analistas de la arquitectura literaria, al punto que pueden descomponer una obra en sus principales elementos constitutivos y recomponerla con visión humanista que participa del espíritu geométrico y del espíritu de sutileza preconizados por Pascal. Y mucho más, por encima de la ingeniería estructural, esos críticos inducen por la obra la psicología o la posición ideológica del autor, revelan su mensaje, destacan claros y sombras, pasan lo positivo y lo negativo del trabajo literario; finalmente le dan ubicación adecuada sea en la corriente clásica o en las sedicentes tendencias revolucionarias de nuestro tiempo. Tan sagaz es el verdadero crítico, que descubre, a veces, cosas que el mismo autor dijo sin extraer su sentido entrañable. En este caso el crítico pasa a ser un creador.

El crítico moderno — erudito y humanista a la vez — posee vastos conocimientos, particularmente de literaturas comparadas, y puede, por ello, clasificar adecuadamente a cada autor. Su agudeza mental y su vibración sensible le permiten captar lo especular y lo profundo de un libro, lo tendencioso y lo sincero de un autor. El mensaje literario se desvincula de la conducta personal. ¿Qué importa que Poe o Baudelaire fuesen dipsómanos si su obra los revela genios literarios?

Dáse, entre nosotros, un fenómeno todavía no estudiado: la aparición de talentos fulgurantes que se apagan en uno, dos o tres libros. Esto ha ocurrido con varios escritores de mi generación que prometían mucho y languidecieron pronto.

Aunque parezca extraño, ello se debe, en parte, a la falta de estímulos del contorno, y en parte a la ausencia de buena crítica. Si los comentaristas bibliográficos, en vez de dedicarse a la caza de gazapos semánticos, al ejercicio disimulado de cobrar agravios o exhibir antipatías, y a la costumbre tan provinciana de burlarse sin ingenio y con avilantez, se esforzaran por desentrañar el

mundo interior del libro que juzgan, señalando con justicia y con precisión, las fallas y las virtudes del escritor que se inicia, para que éste pueda beneficiarse de la experiencia, la sabiduría, y los sanos consejos del juzgador, la crítica adquiriría un valor pedagógico: enseñaría, censuraría, lo malo sin dejar de elogiar y estimular lo encomiable. Entonces el autor hallaría en los críticos un guía, un orientador, un amigo, que aun en lo negativo procedería sin malignidad, sin propósito de burla, sin desdenes agresivos, si no siempre con espíritu de tolerancia y ecuanimidad para los nuevos y con mayor rigor para los consagrados.

Pero esto, en las actuales condiciones, sería mucho pedir. La falta de verdadera crítica, es una de las causas para que se malogren ingenios que pudieron ascender de haber contado con profesores del buen pensar y del bien decir, que en otros medios se constituyen en jueces del movimiento intelectual y en maestro del buen gusto.

Repartir palos o distribuir elogios es el deporte favorito del “crítico” nacional. Repito: no me refiero a escritores cultos que hacen crítica con capacidad y probidad, sino a los críticos profesionales, y en especial a la hornada brotada en la década 1950-1970 que se caracteriza por la pedantería y el culto del silencio frente a obras que no pueden juzgar.

¡Pensar que existen profesores de literatura que no leyeron libros fundamentales de nuestra literatura! Conocí a varios. Y escritores que componen trabajos literarios sobre obras y autores que ignoran o mal asimilados, juzgando a escritores que tienen 15 o 20 obras sólo por las 4 o 5 primerizas.

Estas delicias suceden en nuestro medio cultural kindergarterino, donde muchos se nombran “escritores” por algunos articulejos o ciertos poemas ramplones, en tanto otros se titulan “críticos” debido a la asiduidad con que resbalan — como por toboganes invisibles — sobre obras y autores que no entienden.

Existe, todavía, otra especie de juzgadores oportunistas: son los vinculados a logias y capillas literarios. Obedecen sólo la voz del amo. Siguen sus amores y sus antipatías. Exaltan contra su propio criterio y silencian o atacan aunque su conciencia lo repruebe. Ven más lejos, están mejor informados y hasta piensan con mayor discernimiento, que los viejos críticos, pero sensiblemente se están formando en una escuela de sumisión y compadreríos que les resta autoridad.

Critiquillo hubo — ya desaparecido — que comentaba libros al soplo del trato personal que se le daba. “Ese me invitó a su casa; son malos sus versos, pero lo elogiaré. Aquel otro respondió despectivo a mi salud; su libro es bueno: lo haré pedazos.” Y no tenía reparo en manifestar que para él no había malos o buenos libros, sino únicamente autores amigos o desafectos a su persona.

¿Debo recordar al falso amigo que durante varios lustros me pizpó libros, usó y abusó de la amistad, solicitando favores en abundancia —inteligente el hombre y bien dotado para la crítica— para trocarse, ya ambos en plena madurez, en enemigo declarado y ruin porque me atribuyó un juicio adverso a uno de sus libros que jamás emití? Este hombrecillo ruin provista de talento y desprovisto de moral usó la pluma para abrirse campo en la sociedad, en política, en cultura. Aparentó afecto y respetos mientras aguardó beneficios que nunca le escatimé. El día que no pude complacerlo volvióse detractor tenaz. El veneno que malogró sus mejores obras se virtió sobre el amigo al cual muchas veces elogiara en el pasado. Recibió lecciones de nobleza que jamás correspondió. Escritor de fuste, fue critiquillo de ocasión, pues sólo se ocupaba de libros con finalidades políticas o sociales. Talento malogrado, sus obras siguieron una escala descendente: cada vez menores en jerarquía literaria, cada vez mayores en el arte del libelo y de la injuria.

Desprecio y olvido fueron mis armas contra émulos y envidiosos.

No estoy cobrando agravios ni olvido. La prueba es que señalo casos para advertencia de noveles escritores, pero no individualizo porque no deseo herir a nadie. Era necesario dibujar,

aunque sea a vuela pluma, el territorio crítico y bibliográfico dentro del cual se mueven hombres de letras, periodistas y escritores bolivianos. Otros lo hicieron, en otros países, porque creyeron justo denunciar y exhibir las mezquindades de la publicidad en relación a la literatura. Pienso lo mismo: el absolutismo de la crítica ha terminado. Para juzgar hay que ser digno de ser juzgado. Y a todos los entes pintorescos que emiten trabajos y aun libros desprovistos de ética, de contenido racional y endeble de forma, tenemos el derecho de voltearlos la espalda porque no escriben: garrapatean.

El criticaastro — chantajista es otro tipo común (no sólo pidiendo dinero o con amenazas se chantajea). Y el cínico. Y el voluble, que se acomoda al viento que sopla. Sobre todo abundan los ignorantes y los atrevidos: escribir sobre cualquiera materia aun careciendo de elemental conocimiento respecto a ella.

Haga la excepción de algunos excelentes críticos — he mencionado a varios — pero son tan pocos que forman la excepción. En general en Bolivia predomina la “criticaastrocracia”, la secta de los mediocres que empujan falsos valores, creen demoler a los buenos y enmudecen de envidia frente al auténtico hombre de letras, al creador.

No hay escala de valores para calibrar nuestra literatura. Ni sentido de proporción. Más bien impreparación, improvidad, reacciones emocionales que dependen de factores circunstanciales.

Quien aspire a escritor de vocación, en esta patria, deberá comenzar sabiendo que no tendrá maestros ni guías. A veces ni amigos. Todo ayuda a la vulgaridad; nada al talento.

Los dos grandes pretextos de los criticones para eludir pronunciamiento: “¡caramba, su libro es muy profundo! Tendría que leerlo dos veces para criticarlo.” O bien. “Estuve tan ocupado que aun no me dí tiempo para leer su hermosa obra. Sólo la hojeé rápidamente. Pronto lo haré.” Pasa el tiempo, y esos juicios no llegan a nacer.

Pero si críticos y criticaastros son muchos ¿qué se puede expresar de resentidos y envidiosos que pululan en la feria criolla?

Recuerdo dos pensamientos magistrales: uno de Goethe, que sostiene “¿Por qué te lamentas que te nieguen y te injurien, si tu sola presencia es un reproche para tus enemigos?” Y otro, de Claudel, el gran poeta galo, al cual no pudiendo atacar en la grandeza de su obra lírica, fustigaron sus compatriotas constantemente por su posición social, económica y sus actividades de diplomático. Decía Paul Claudel: “Que culpa tengo yo de haber nacido en buena cuna, de vivir con holgura, de ser diplomático? No es un delito haber nacido señor.”

Envidioso y envidiosillos, en Bolivia, abundan como las piedras en el áspero altiplano.

Conozco granujas fichados en policías extranjeras, que pontifican moral. “Huachafos” — la palabra es bien boliviana — que nunca llegaron a señores. Ambiciosos que cortaron por su inconducta la carrera política y literaria. Adulones que escupieron las botas que besaron cuando las vieron caídas. Ex diplomáticos y líderes de capa caída que terminaron en traficantes de drogas. Libelistas emponzoñados que odian toda eminencia. Resentidos que se enferman por los éxitos del prójimo. Otros, menos dañinos, se contentan difundir rumores aviesos por detrás, mientras tienden la mano mentirosa por delante. La maledicencia, en el medio literario, cobra dimensiones fabulosas; más aún que en política, en literatura se busca destruir al hombre para eclipsar al creador. “Cuídate de la envidia — aconseja un pensador — porque ella te acechará sin descanso en los días de tu vida.”

¿Es éste un desahogo personal, una manera de cobrar agravios? Insisto: no lo es, porque de serlo nada me costaría dar nombres. Es una descripción generalizada para uso de jóvenes y principiantes: que conozcan la selva intrincada, llena de peligros, que significa el andar literario.

Quien quiera surgir fácilmente — el camino desemboca en la mediocridad — busque compañía, apoyos recíprocos, vínculos sociales y personales. El que camina solo sabe que la nube de negadores y detractores se disipa al contacto con la belleza y la verdad.

No esperes gratitud, flor insólita en la extensión andina — diré al alma joven: haz el bien, sé generoso, ayuda a todos sin esperar recompensa. No permitas, nunca, que la envidia te domine: sustitúyela por la noble emulación, que consiste en superarse para poder alcanzar a los que van delante.

El escritor de vocación no persigue laureles: le basta el hermoso regocijo de crear. No teme los ataques ni desdeña los estímulos. Sigue serenamente su andadura. Nadie es absolutamente original, todos tomamos de todos; pero la visión personal del mundo y de sus seres, la manera cómo cada cual dibuja sus impresiones, el toque íntimo del pensador y del poeta, eso es originalidad.

A pesar de sus riesgos y penurias, escribir es uno de los más nobles dones del Señor. Que no lo manchen maldad ni mercantilismo.

Deja que críticos, criticastros y envidiosos esparzan su mal semilla. Tu siembra es diferente.

Y cuando el sol del ocaso bese tus ventanas, recuerda el bello dístico del soñador septentrional:

— “La recompensa del ruiseñor que canta es su propio canto.”

AUGUSTO GUZMÁN



Augusto Guzmán



Fernando Díez de Medina

No SUELEN DARSE hombre y escritor pariguales. Donde apunta muy alto el uno, flaquea el otro. Y a la inversa. Pero en Augusto Guzmán el escritor es tan admirable como el hombre digno de afecto y simpatía. Por amigo entrañable lo tuve — y lo tengo — desde la mocedad. El en su valle quechua, yo en mi quechua andina, nos vimos poco y nos entendimos mucho.

Genio singular el suyo. Altivo, independiente, siempre en busca de polémica y discusión. Recuerda por su rebeldía al Borne que sé mofaba de Goethe y punzaba a Heine, si bien el boliviano menos mordaz, envuelve su sátira en giros elegantes. Admiró y enalteció a grandes repúblicos — Baptista, Saavedra, Busch, Villarroel, Barrientos — mas no se ungió al carro de los triunfadores. Consagrado a la investigación histórica, a los estudios críticos y a la pura creación literaria, su trayectoria intelectual es limpia y singular. Alma no gregaria, se labró prestigio por su sola obra y su conducta honesta. Nada de clubs políticos, de logias letradas, de vasallaje a la seudocrítica. Guzmán es el combatiente solitario.

Periodista brioso y luchador, en su juventud se inició como político, abrazando la idea socialista que por la década del 30 al 40 absorbió las mentes bolivianas. Fue amigo de Paz Campero, de Gosalvez, de Baldivieso, tres grandes figuras malogradas. Acompañó a Busch. Diputado nacional se revela, fino ironista y crítico demoledor. Pero no puede ser un buen militante (¿que hombre de letras lo es si independencia y rebeldía son sus aristas primordiales?). El político ama la línea sinuosa. Maniobra, sabe callar, saber esperar, sabe intrigar, Augusto Guzmán amó siempre la línea recta. Dijo lo que su conciencia le mandaba. No transigía con enredos ni consignas. En su espíritu el moralista mató al político. Se distinguió en la diplomacia: llegó de Enviado Extraordinario a la VIII Conferencia Interamericana de Lima. Y aquí tampoco quiso o supo "hacer carrera". No pidió, no se doblegó, no salió a buscar situaciones. El, que por su talento y su coraje, pudo brillar alternando con los mejores, y que fue apreciado por personajes de la política nacional, prefirió ser un señor entre malandrines (¡son tan pocos los políticos dignos de respeto!). Y aunque la idea socialista, el nacionalismo y el ímpetu revolucionario de su juventud lo Indujeron a defender a las grandes mayorías irredentas, postulando la Revolución Boliviana que sirvió con su pluma y con su oratoria, antes de llegar a la madurez era un desengañado de la carrera pública. Entonces, con sabia decisión, abandonó la política para consagrarse a las letras.

Veinte libros constituyen la edificación armoniosa de este escritor valluno, cuya obra reviste, ya, significación nacional. El Gran Premio Nacional de Literatura que se le confiere en 1961, sólo es el reconocimiento colectivo a su plural actividad de historiador, crítico, narrador, biógrafo, e investigador concienzudo. Al querendón de su terruño y al creador de belleza. Al estudioso infatigable que por las dos venas de la inteligencia y de la imaginación, hizo de Bolivia el tema de sus obras.

Su producción literaria es un collar de veinte gemas. Desde "La Sima Fecunda", su encantadora primogénita, que por su frescura y novedad anunció al gran escritor futuro, la narración lo llevó a "Prisionero de Guerra", vivida estampa del cautiverio de soplo dostoiéwskiano; a los patéticos relatos de "Cuentos de pueblo chico"; a la novela realista "Bellacos y Paladines" que analizando agudamente nuestra reforma agraria, se emparenta con los cuadros magistrales de Mariano Azuela. El biógrafo no cede campo al narrador. "El Kolla Mitrado" (El Obispo Cárdenas), "Tupaj Katari", "Batista" y "Adela Zamudio" son cuatro ensayos penetrantes de ambientación histórica y análisis psicológico. Acaso el "Baptista" el más redondeado. En la crítica Guzmán sobresale por la excelente información, lo mesurado del juicio, y el redescubrimiento del autor a través de sus escritos. Algo de lo que hicieron Saint-Beuve en el pasado y Brandés en el norte. Su "Historia de la Novela Boliviana" y "La Novela en Bolivia" son dos hitos luminosos para el investigador. Su "Antología Colonial" es un notable compendio de época. Pero es en el "Diccionario de la Literatura Latinoamericana: Bolivia", publicado por la Unión Panamericana y en "Panorama de la Literatura Boliviana del siglo XX", donde este escritor de Cochabamba vuelca su erudición, su generosidad para calibrar obras y autores, su dominio del proceso cultural boliviano.

El Cristo Viviente", interpretación filosófica y lírica del hombre-Dios, revela el misticismo y el don poético de Guzmán. Luego en "Gesta Valluna" luce el apasionado amante del solar natal, el buscador de sus proezas, el lúcido transmisor de sus virtudes y excelencias. Por sus páginas el valle discurre rico de hermosuras naturales y de pasión humana. No tengo a mano "En la ruta del indiano" y "Pequeño Mundo", libros que me dejaron cuando los leí, fina impresión discursiva y emotividad expresiva.

Acaso la "opus magna" de Augusto Guzmán sea su fulgurante "Breve Historia de Bolivia", leída y releída con creciente admiración. Lejos del encasillamiento cronológico, del esquema habitual, cuadrulado de los pontífices novecentistas, el escritor valluno despliega una visión novísima y articulada: pueblos primitivos precollas, los collas, los incas, la colonia, la lucha por la patria, (o sea la independencia), los militares y la primera república, la minería y la segunda república, el sindicalismo y la tercera república. Centrado en una madurez crítica envidiable Guzmán en esta nueva ordenación histórica, da una imagen prieta, ceñida, hasta se diría inédita de Bolivia. Ajusta los vértices económico, político y social, hasta lograr la perfecta triangulación del fenómeno histórico. Da a la cultura el lugar que olvidaron muchos investigadores. Obra crítica y por tanto controvertida tiene páginas discutibles (muy pocas) pero en su gran mayoría acertadas y justas. El juicio sereno. El estilo elegante. El análisis sintético. La visión globalizadora aunando el rigor científico con la soltura del intuidor rápido y vivaz, que transforma en oro la escoria cotidiana.

Esta "Breve" historia como la califica su autor, superior a los relatos anecdóticos de los epígonos de Arguedas, mas audaz, amplia y profunda que la Historia de Finot, es, en verdad, una creación revolucionaria en nuestras letras, porque introduce una metodología nueva en la investigación de los sucesos y recuero el severo rigor de Mommsen, para quien historia es el conjunto de los hechos avizorados desde todos los ángulos de la actividad humana, o sea que la economía, lo social, la política, el arte las costumbres, las corrientes tradicionales y las nuevas ideas, en constante pugna y estado de fusión, hacen la historia de un pueblo. Esto es lo que Guzmán vió, penetró y reconstituyó en la magistral arquitectura de su (para mí no breve, sino grande y fuerte Historia de Bolivia. Valiente al calibrar gentes y sucesos. Dramática por la trama que la guía. Honda y fidedigna por que es imagen veraz de la Patria que le quema las sienas.

En "Gesta Valluna", Augusto nos dio un canto en prosa a Cochabamba. En este libro priman el lírico amante de su tierra, el profundo conocedor de las beldades del suelo y de la raza. Pienso que es el mejor homenaje al solar del Tunari. Pero en su último libro "Cochabamba", el gran escritor del valle demuestra que así como Bach tejía sobre un tema inicial infinitas variaciones sin perder su riqueza inventiva ni la pureza melódica de sus frases musicales, también el escritor, cuando es sincero y está amorosamente enraizado al terruño, sigue una andadura sin fin insistiendo en la motivadura eterna que es siempre la misma y siempre diferente. "Cochabamba", su vigésimo libro, no es sólo semblanza, como el autor modestamente dice. Es una biografía, una radiografía de la tierra de Esteban Arze, lo físico se anuda con lo sociológico. Lo geográfico con lo institucional. A lo histórico se agregan lo educativo y lo cultural. Dos sobrias antologías, histórica y geográfica, avaloran este ingente estudio, donde una inteligencia penetrante y una sensibilidad finísima, convierten la monografía en obra de arte.

Augusto Guzmán, siente y exalta a Cochabamba con voz enardecida por la ternura de un constante amor. La lleva dentro. Es el pregonero de su fama. Sus libros, sus ideas, sus prédicas, su verbo elocuente, aunque le hayan proyectado al sitial del humanista familiarizado con los clásicos y con el acontecer contemporáneo, lo devuelven siempre al nido entrañable. En la genealogía espiritual, es el primer cochabambino de nuestro tiempo.

Cualesquier de sus libros enseña y deleita. Porque no es el grafómano que escribe de todo sabiendo muy poco, sino al contrario el polígrafo sapiente, paciente, sagazmente redondeado por el poeta y el soñador que le habitan el alma. Es, a la vez, un pensador y un estilista. Su estilo noble y remansado, suele encrespase cuando el ironista y el fustigador del ambiente se enardecen; pero en general predomina en su pluma la maestría del clásico: dice mucho en pocas palabras, emplea metáforas cambiantes, es rico de hallazgos en la interpretación crítica. Sabe contar, sabe entusiasmar al lector.

En el medio sudamericano (más en el nuestro, el boliviano) consumado por el odio, la envidia, los rencores y las bajas intrigas, este escritor valluno se ha mantenido limpio de vileza, No supo odiar. No intrigó. No descendió a la feria criolla de los resentidos y los envidiosos. Antes bien; fue siempre generoso, reconoció el mérito ajeno. Vio a Bolivia y a la literatura con ojos de bondad. A veces, escuchando su palabra reposada, su fina ironía, el gesto superior con que se remontaba sobre la miseria circundante, he pensado en Vives, el valenciano, maestro de humanidades y de sabia conducta.

Y es que Augusto Guzmán, si es un escritor de alto linaje, que captura definitivamente a sus lectores, ofrece otra faceta rara de hallar entre escritores. Es un varón encantador. Amigo leal. Ingenio deslumbrante. Conversador impar. Lejos de la acidez volteriana y de las maldades de otros bellacos que sólo escupen veneno en sus escritos, Guzmán, aún al censurar, sigue siendo un señor. Como Heine se burla con donosura. Fue dotado del don del bien hablar y de la virtud del buen escribir. Hombre y escritor caminan lado a lado. Ninguno cede paso al otro porque ambos, excelentes, se integran armoniosamente. Y este es lo excepcional-en este hombre de letras del valle, que en él ascienden pariguales el varón de simpatías y el intelectual consumado.

Cuando pienso en Cochabamba las primeras palabras que acuden a mi mente son: Augusto Guzmán. Porque él es Cochabamba en el sentido del espíritu. Y ahora que por la trascendencia de su quehacer literario se ha remontado como preclaro Inductor de la cultura nacional, no vacilo en afirmar que el autor de "La Sima Fecunda" de "Baptista" y de la "Breve Historia de Bolivia", es un Gran Señor de Nuestras Letras.

Publicar veinte libros en este país. No es cosa admirable lograda por muy pocos?

Y haberse mantenido en el duro oficio de la literatura, sin claudicaciones, sin desmayo, sin ceder a los halagos de la altura ¿no es una austera lección de dignidad?

Quisiera decir tantas cosas más al amigo leal, al artista admirado que hizo de su vida escuela de nobleza y de su arte de escritor espejo de iluminaciones.

Pero el tiempo, inexorable, apremia. Sólo pude expresar en pálidas imágenes, algo de lo mucho que guardaba en el corazón para Augusto Guzmán, el hidalgo de la Villa de Oropesa. Cada vez que él viene a La paz o que yo viajo a Cochabamba, nos buscamos, nos encontramos. Tenemos tanto que confiarnos... Siempre. cordial, siempre jovial destilando una filosofía de la vida tolerante, comprensiva, generosa, sin que la ironía alada del buen observador amengüe la gran calidad humana del hombre de ideas, este varón excepcional me reconcilia con el mundo: todavía hay señores, todavía hay amigos, todavía hay escritores que honran la tarea del pensar.

¿Cómo el escritor de las tierras interiores ganó prestigio internacional? Porque en nuestro medio, donde escasean los buenos críticos y abundan los criticastrós ignorantes y cursilones, que silencian lo meritorio y encumbran lo mediocre, disfrazando su incapacidad bajo la insidia chismorrera, Guzmán representa la probidad intelectual. Su pluma no teme la injuria ni cede a la lisonja. Investiga, esclarece, calibra conforme a una templada escala de valores. Por eso en la Unión Panamericana, en organismos internacionales y en círculos extranjeros, ganó fama de estudioso concienzudo y de juzgador honesto.

Uno que expresa a su pueblo y a su país. Que defiende la verdad y ama la belleza. Buen ciudadano y mejor caballero. Paladín de las buenas causas. Amigo sin tacha. Creador en el sentido amplio y trascendente del vocablo. Luchador en la mocedad, humanista en la remansada madurez. Maestro en la conducta y en el magisterio de las ideas ¿no merece la simpatía y la admiración de sus conciudadanos?

Un saludo conmovido al varón íntegro y al gran escritor, honra de la estirpe boliviana.

MOISÉS ALCAZAR



Moisés Alcázar

NO SUELEN COINCIDIR la imagen del hombre con la figura del escritor. Muchos admiradores de insignes hombres de letras, se decepcionaron al conocerlos de cerca. O a la inversa: simpatizando fuertemente con el amigo, hallaban tibia su producción literaria. Y es que si existe algo difícil en la sociedad humana es justamente esa rara armonía de persona y artista. Cosa infrecuente.

En Moisés Alcázar hombre y escritor confluyen simbióticamente. Irreprochable el uno, excelente el otro. Es pues la excepción de la regla.

Quien conoce sus actos, ama sus libros. Quien se deleitó en sus obras busca a la persona. Para mí, amigo de la infancia, viejo admirador de sus virtudes, Moisés es todo un señor — donde no abundan los señores — y todo un escritor aquí donde sobrenadan impostores.

Para indagar por qué Alcázar abrazó la historia, por qué resultó ágil cronista del acontecer parlamentario, conviene recordar su trayectoria ciudadana.

Se inició como Auxiliar en la Cámara de Diputados. Debido a su capacidad y dinamismo, fue escalando, por propio mérito, mejores situaciones hasta alcanzar, a los 28 años de edad, el alto cargo de Oficial Mayor de dicha Cámara. Veinte años de carrera en el parlamento y diez como Oficial Mayor de la H. Cámara de Diputados. Es la trayectoria cívica del ciudadano.

Pero lo que no se ha escrito es que el joven político paceño fué el más dúctil y sagaz funcionario en el trato con los diputados. Respetó y se hizo respetar por todos, Fue amigo y consejero de muchos. Tendió mano generosa a quienes tropezaban. Y algo muy mayor fue colaborador directo, secretario y amigo de insignes presidentes de la Cámara Baja como Ugarte, Canelas, Tamayo, Ríos Bridoux, José Antonio Arze, Carrión, Riverin y otros, todos los cuales le brindaron confianza y amistad, distinguiéndolo en modo excepcional. Cuatro años Oficial Mayor de Franz Tamayo, hombre tan extraordinario como difícil ¿no es casi increíble?

Fué también amigo de eminentes hombres de Estado y políticos como Busch, Eduardo Diez de Medina, Luís Fernando Guachalla, Javier paz campero, Enrique Baldivieso, Carlos Salinas

Aramayo, Alberto Ostría Gutiérrez y particularmente Gabriel Gosálvez, a quien consagró un leal afecto toda una vida.

Menor por la edad a todos ellos, Alcázar mereció su amistad y su confianza. Vio subir y caer ministros. Formarse oradores. Recogió el estallido de las pasiones y el clamor de las grandes batallas parlamentarias. Austero, fiel a la palabra empeñada, laborioso, amigo de sus amigos y respetuoso del derecho del no simpatizante, el joven Oficial Mayor de Diputados llegó a ser, con el correr de los años, casi una institución, Pasaban gobiernos, presidentes de la Cámara Baja y el joven paceño se mantenía por una tradición de dignidad y de eficacia que todos respetaban.

En cierto modo, aunque parezca hiperbólico decirlo, si no la Cámara de Diputados, Moisés Alcázar era el blasón del parlamento, al que sirvió con decoro y señorío por todos reconocidos.

En esa escuela de civismo, dónde los antiguos legisladores hacían patria con el fuego del tribuna romano y la preparación del magister ateniense, Alcázar bebió ciencia y patriotismo de labios ilustres y les dió, a su vez, la pasión juvenil de quien venía en el parlamento la institución tutelar de la democracia boliviana.

Otros tiempos, Otros hombres

De esos años de lucha en los cuales le cupo la tarea moderadora de aproximar voluntades y resolver conflictos. Alcázar cobró fama de hombre incorruptible. Ni halagos ni amenazas pudieron quebrar su sentido del deber. Guiaba a los diputados bisonños, aprendía de los grandes legisladores. Servía a todos los ciudadanos que acudían a su oficina con probidad y desinterés. Era el funcionario ejemplar, el que dignifica el cargo y da jerarquía a la institución a la cual pertenece.

Avatares de nuestra política criolla hicieron que el joven Oficial Mayor de Diputados renunciara: se alejó voluntariamente del cargo.

Posteriormente ingresaba al servicio diplomático. Fue Secretario de nuestra Embajada en el Perú Encargado de Negocios en Argentina. Durante el gobierno del General Barrientos a quien unió sincera amistad le fue ofrecida una embajada, hecho que se repitió en el actual gobierno Banzer. Ambos ofrecimientos fueron declinados por los compromisos que Alcázar tenía y tiene con la prensa, a la cual ha dedicado los mejores años de su activa madurez.

Director de "El Diario" en dos ocasiones, director de "Ultima Hora" en tiempos donde hubo que demostrar gran valor civil y firmeza de conciencia, Moisés Alcázar es hoy editorialista, director del suplemento literario y sobre todo amigo y consejero experimentado en el decano de nuestro periodismo, al cual aporta silenciosa y anónimamente su tarea diaria a de orientador de opinión.

Periodista de vocación, nunca reclamó títulos ni honores. Fue — sigue siendo — el ciudadano modesto que sirve abnegadamente a su colectividad. Su palabra es escuchada, su pluma no descansa. Como en la juventud defendió las leyes y la majestad del parlamento, en su serena madurez defiende la libertad de expresión en la prensa diaria, labora sin descanso por el entendimiento entre bolivianos. Y sigue fiel a sus normas de rectitud: Alcázar no transa con los indignos.

Cuando se lo ve pasar por las calles, amigos o desafectos murmuran;

— Ese es un señor. ¿Qué mayor elogio para el hombre y el ciudadano?

Su dedicación absorbente a la vida parlamentaria y a la misión sacrificada del periodista, no impidieron que Moisés se afirmara como publicista primero y después como historiador, Compiló discursos y anuarios administrativos. Perfiló semblanzas de hombres públicos, Colaboró en diarios del Perú y de Bolivia, En las revistas "Kollasuyo" y "Signo" y "Bolivia", Su trabajo "paceños notables" enriquece las monografías del IV Centenario de la Fundación de La Paz.

Sus críticas y comentarios bibliográficos abrieron campo a valores jóvenes y reconocieron a firmas consagradas, Generoso y abierto, Alcázar nunca escatimó aplauso a viejos y jóvenes, dando particular atención a los valores tradicionales de nuestro pasado, El inauguró la anécdota histórica sobria, colorida, veraz.

Sus libros son pocos pero valiosos. Se inició con "Iturralde, el Centinela del petróleo". A través de las luchas del brioso parlamentario paceño, Alcázar se revela nacionalista de corazón, no de consigna, Esta obra es un hito para el estudio del proceso petrolífero en el país que, como lo vislumbran biógrafo y biografiado, debía terminar en el dominio y manejo de los hidrocarburos por los propios bolivianos.

Poco más tarde aparecían sus "Crónicas parlamentarias", anunciando ya al escritor de buen linaje. Con pluma sencilla pero elegante, siempre verídico en cuanto narra, preciso en el toque psicológico y en el trazo de agua-fortista para enmarcar el episodio, en esta obra el autor presenta un friso vigoroso y ameno de la vida parlamentaria, Hombres y hechos brotan vistos por pupila sagaz en visión multicolor. Dicha edición, impresa en Buenos Aires, se agotó rápidamente.

Le siguió "Sangre en la Historia, libro en el cual se describe con pincelada fuerte, pero no truculenta, sucesos dramáticos de nuestro pasado, pródigo en violencia y hechos trágicos, Nombres como los de Belzu, Melgarejo, Córdova, Pando, Busch, Villarroel y tantos otros ¿no son expresiones veraces de la convulsionada historia nacional? Alcázar mira y juzga con juicio equilibrado, No puede alterar lo sucedido ni desconocer lo que ocurrió: sangre, luto, tragedia discurren por nuestro ayer republicano, Pero el historiador se perfila ya ponderado por su sentido de proporción, por la finura del análisis, por la severidad de su ética de juzgador. Eso que Catón el Censor llamaba: nada más que la verdad.

El cuarto libro de nuestro autor se denomina "Drama y Comedia en el Congreso". Aguafuertes parlamentarios de extraordinaria concisión y vibrante movilidad. Como ese duelo semi-legendario entre Tamayo impetuoso y Jaymes Freyre olímpico, que Alcázar cuenta con pluma encendida. Y tantos otros episodios, dramáticos unos, pintorescos otros, que el cronista recoge con oído atento y ojo perspicaz. Drama y comedia: el nombre es exacto. Y el lapidario talla sus gemas que serán recogidas después por memorialistas y estudiosos, porque son historia viva, palpitante de la democracia y la oratoria nacionales.

Pero el libro que consagra a Moisés Alcázar como escritor y como historiador es "páginas de Sangre", episodios trágicos de la historia de Bolivia", libro que por su recia estructura y el vigor de sus escenas, alcanza tres ediciones, cosa ciertamente rara en nuestro medio. El autor siente, vibra y transmite el "pathos" del drama humano que nos circunda; que nos persigue, podría afirmar- se, desde la fundación de la república. Todos llevamos dentro ese drama, pero pocos pudieron como Alcázar, transcribirlo al libro y darle el sello patético de una realidad viva y sangrante. El drama boliviano; odio, ambiciones, traición, violencia, luchas fratricidas, siempre duelo, sangre y destrucción. ¿No es lamentable? Aquí reside, justamente, el valor aleccionador de esta obra que al narrar enseña, y al juzgar moraliza. Narrador e historiador se confunden en excelente prosista que ni exagera ni aminora; simplemente: dice verdad. Da a cada episodio su valor histórico, retrata a los personajes tales como fueron en vida, describe con soltura los cuadros de época, y relieves el fondo humano, doloroso, significativo que cruza toda nuestra historia.

Yo diría que estas "páginas de Sangre" enseñan más sobre el alma y el pasado nacionales, que un texto de historia. Fue pues muy justo que su autor fuese llamado a las .Academias de la Lengua y de la Historia.

¿Qué falta en este quehacer de estudioso y formador de opinión? Le falta su "opus magnum". Moisés Alcázar debería componer una Historia de Bolivia que, estoy cierto, por la amplitud de sus conocimientos, por la sagacidad del análisis y por la probidad del juicio, podría medirse con las excelentes historias compuestas por Enrique Finot y por Augusto Guzmán. Verdad que sus obligaciones de periodista y de conductor de una página literaria no le dan mucho tiempo libre, pero el gran investigador y el historiador zahori deben coronar sus esfuerzos con esta obra cimera. La esperamos.

Aún cabría preguntar: ¿por qué este rápido y cálido esbozo del escritor amigo?

Ni la amistad ni la solidaridad intelectual justifican mi actitud. Sólo un espíritu de justicia. Es necesario hablar, también, de estos constructores silenciosos de patria. De quienes como Moisés Alcázar dan, se dan, se entregan por entero al bien público, señores en la conducta, ejemplares en el trabajo. Estos conductores de opinión, forjadores de cultura, que producen sin pregón y sin relumbro porque les basta la serena luz de su conciencia.

Cristianos de verdad. Almas nobles. Espíritus generosos que educan con el propio ejemplo. Esto es lo que Bolivia necesita.

Y Moisés Alcázar es, ciertamente, un boliviano de superior linaje moral que honra a su patria y a sus amigos.

PORFIRIO DIAZ MACHICAO

Mirar las cimas de la propia generación y señalarlas a los demás, es cosa que siempre me atrajo. Admirar lo bueno, reconocer lo excelente — como enseña Gracián — equivale a un magisterio de convivencia. Y el varón de pensamiento, si lo es en el profundo sentir humanístico, preferirá siempre la generosidad a la envidia. El pronunciamiento franco al silencio sinuoso. La exaltación del amigo y aun del adversario, si encuentra en ellos materia de admiración y simpatía.

A través de una amistad de cuatro décadas. Muchas veces me ocupé de la persona y de la obra de Porfirio Díaz Machicao. Confieso que nunca con la amplitud y extensión que ellas merecían. Deseo reparar esa omisión.

Después de haber trazado sendos bocetos de las figuras preclaras de Roberto Prudencio, Guillermo Francovich, Augusto Guzmán, Moisés Alcázar, y otros de mis contemporáneos, intenté perfilar figura y obra de Díaz Machicao, sin discusión uno de los valores señeros de nuestras letras.

Lo conocí en el “Ayacucho”, donde su hermano Antonio Díaz Villamil, también gran escritor, enseñaba con ciencia y con amor historia y geografía. Porfirio era, entonces, un mozo inquieto, con pasta de líder. De carácter franco y abierto, tenía el don de simpatía. Locuaz, expansivo, fue buen estudiante y mejor compañero. En los silencios y en los recreos, bajo las arquerías del patio del viejo colegio capitular, brotaron las tres vertientes del futuro hombre de letras: el escritor, el periodista, el luchador. Fue siempre así, desde el tiempo moceril: Porfirio era el alma joven bien informada, que sabía captar y transmitir una noticia. El narrador innato que transmuta en cuartillas escritas el movimiento de la vida. El combatiente por las buenas causas, siempre al lado de la libertad, de la democracia, de la justicia.

El muchacho de verbo ágil y encendido que sobresalía en las festividades y en los tumultos escolares, pasó a ejercer el periodismo con valentía y dignidad. Fue reportero, redactor, jefe de redacción y por último director de un diario. Colaboró en “El Diario”, en “La Razón”, en “Ultima Hora”, en “La República”, en “La Tarde”. Más tarde lo haría en “Presencia”. Respaldaba la insurgencia boliviana, revolucionario más de sentimiento que por la ortodoxia clasista. Apoyó generosamente el advenimiento de nuevas ideas y nuevos partidos, pero cuando vio que algunos se frustraban en el abandono de los ideales preconizados y en el abuso del poder, como periodista combatió denodadamente esos excesos debiendo la persecución de los denunciados. Pero eso vendría más tarde.

Díaz Machicao irrumpe en nuestra literatura con un hermoso libro — y el adjetivo “hermoso” no es hiperbólico en su caso — llamado “Cuentos de dos climas”, que aplaudimos todos los que por ese tiempo nos formábamos periodistas y escritores en “EL DIARIO”: Carlos Dorado Chopitea, Pancho Villarejos, Armando Arce, y otros. Recuerdo que con petulancia juvenil, cierta noche en torno a un café, después de la jornada periodística, yo sentenciaba. —“Quilco en la raya del horizonte” (uno de los cuentos de éste libro) es la mejor narración de nuestra literatura.” No sé

si el tiempo confirmará el aserto, pero sí sé que ese relato de Díaz Machicao es uno de los más bellos y sugestivos de la cuentística patria.

Así como Augusto Guzmán con “La Sima Fecunda”, su primogénita, anuncia al gran escritor ulterior, Porfirio con sus “Cuentos de dos climas” encantó a su generación con la maestría de una prosa matinal hondamente yugulada al tema nativo.

Llega la infausta guerra del Chaco. Cumpliendo su deber el periodista cambia la pluma por un fusil. En 1936 edita en Buenos Aires “Los Invencibles en la Guerra del Chaco”, que subtitula: “Palabras de un combatiente contra el crimen de la guerra.” Es la escuela de Péguy. Se defiende a la patria invadida pero se rebela contra la hecatombe. Esta novela tuvo gran éxito de librería y de crítica por su fuerte realismo y lo vívido de sus descripciones.

Si del colegio conventual salió un narrador, de las trincheras del sudeste brotó el hombre de lucha, amante de la paz, tenaz defensor de lo bueno y de lo justo.

Más tarde aparece “Salamanca”, biografía fraguada, dice su autor, trabajo positivo y noble. Díaz Machicao que no sabe odiar sino sólo amar y admirar, exalta la figura del prócer en conmovida evocación, contrastando con los difamadores de nuestro medio que se estrellan vanamente contra famas excelsas que inútilmente pretenden derribar.

“El Estudiante Enfermo”, novela corta trata el escabroso tema del sexo en el ambiente universitario, y tan grande debió ser su impacto que 30 años después reimprimió con plena acogida de crítica y lectores.

Paralelamente Porfirio proseguía su carrera de periodista. Colaboró en “Revista de Bolivia” y en “La Ilustración”. Se fue a vivir a Cochabamba y allí fundó y dirigió “El País”, periódico en el cual sostuvo briosas polémicas. Por eso años tuvo que soportar el calvario que aguarda a todo periodista independiente y amigo de la verdad en Bolivia. Cristiano y demócrata de filiación, leal en la amistad y en el infortunio a sus amigos caídos, valiente en la denuncia de usos y abusos del medio criollo, el escritor se labró poderosos adversarios que lo persiguieron y hostilizaron sin tregua obligándolo a vender el diario en el cual había sentado cátedra de honestidad y de civismo.

No tengo, en la memoria, todos los libros y trabajos de Díaz Machicao. Me referiré a los que más huella dejaron en mi espíritu. Las bellas y sutiles “20 Lecciones sobre Bolívar”. “La Bestia Emocional”, relato autobiográfico de fuertes tintas y vibrante lirismo. “El Ateneo de los Muertos” donde evoca con inspirado acento a los amigos desaparecidos.

Al volver a La Paz, el joven escritor es ya una mente madurada en la lucha y en el sufrimiento. ¿Sabe alguien los pequeños combates cotidianos en una relación, las rivalidades de políticos y escritores, todas las vallas que debe sortear, constantemente, el hombre de ideas y sobre todo el que se atreve a sostener sus ideales en pelea pugnaz con la miseria ambiente?

Lo extraño es que poseyendo talento, valor y una pluma punzante, siendo orador innato y elocuente, con todas las condiciones para figurar con decoro en la vida pública, Díaz Machicao desempeñó cargos administrativos, pudiendo haber sido parlamentario, ministro o embajador. Es que este hombre de bien, hombre de letras, hombre independiente en suma, nunca pidió situación alguna, mas bien rechazó cargos oficiales porque quiso conservar su libertad de escritor y la firmeza en sus convicciones.

Cercado por el rencor político y la emulación literaria, el escritor abre una nueva etapa en su vida: será historiador. Se encierra, por espacio de varios años y después de infatigable investigación y meditados estudios, lanza cinco volúmenes que abarcan el proceso histórico de Bolivia desde Salamanca hasta Peñaranda, anunciando un sexto: Villarroel-Monje Gutiérrez.

La labor analítica y ordenadora de Díaz Machicao, su valía de historiador probo y agudo, no han sido bien calibradas todavía. Yo mismo que leí rápidamente estos libros la primera vez, reconozco, después de una re-lectura más detenida, que Porfirio es un historiador de fuste, con

visión perspicaz y particularmente dotado de ese buen juicio que suele escapar a nuestros memorialistas e intérpretes del pasado. Este esfuerzo monumental — en seis volúmenes 26 años de la historia nacional — lo consagró como estudioso y como escritor.

Así se comprende que Díaz Machicao sea, desde hace muchos años Secretario Perpetuo de la Academia Boliviana de la Lengua, institución que dirige con acierto y dignidad, habiendo sobresalido al representarla en cónclaves internacionales.

Ha sido, asimismo, con toda justicia, Presidente de la Academia Boliviana de la Historia.

La bibliotecología tiene en este escritor a uno de sus insignes escritores. Fundó el Museo de Escritores en la Universidad Mayor de San Andrés, la Biblioteca-Museo Franz Tamayo y el Archivo Epistolar Histórico de la Nación. Recuerdo que en los largos años al frente de la Biblioteca Universitaria, donde acogía a todos con señorial cordialidad, Díaz Machicao realizó una labor profícua de intercambio libresco y vinculaciones con el exterior prestigiando al organismo universitario.

Cierta vez, definiendo su posición de humanista cristiano, Porfirio escribió estas palabras que lo retratan de cuerpo entero: "... Todo lo malo que se dice y se escribe encuentra en mi persona a un sordo y a un ciego. Nada sé de la diatriba. No la detendré cuando la encuentre por temor a la mancha inmerecida. Unos viven denigrando —¡pobrecillos! — yo vivo construyendo y ascendiendo."

Palabras que parecen brotar del diario de Hesse o de Rolland. En ellas, esculpido por sí mismo, despunta el hombre noble y generoso. El Porfirio que aman sus amigos y detestan sus enemigos porque nunca transó con la bajeza ni con la intriga.

En "Tupac-Katari, la sierpre", novela histórica de vigoroso aliento, y en "El Rey Chiquito", narración, ingeniosa, obras en las cuales se entrecruzan el historiador y el soñador, volvemos a encontrar al porfiado amator de lo nuestro.

La esforzada tarea creadora de Díaz Machicao se corona con su maciza antología "Prosa y Verso de Bolivia", en cuatro volúmenes, de la cual ningún estudioso actual ni futuro podrá prescindir porque es el mayor intento de síntesis bibliográfica para una visión circular de nuestra producción literaria. Muchos años de estudio, largas vigilias, y el juicio aguzado para calibrar la obra ajena distinguen a esta obra catedralicia que todos los hombres de letras le agradecen.

Su "Antología de la Oratoria" es tan valiosa como la anterior. Y aun se anuncia una "Antología del Teatro Boliviano". ¿Qué más se puede pedir?

Aun hay otra faceta en Díaz Machicao: la del artista. Es un poeta en prosa. Versificadores y abstrusos — esas dos plagas de la lírica contemporánea — alegarán que sólo el que compone versos merece el nombre de vate; pero lo ciertos es que la prosa poética revela el don de poesía mejor que muchas famas herméticas labradas a fuerza de trabajosa pesquisa de imágenes.

La prosa vibrante de Díaz Machicao, está saturada de metáforas. Tiene giros alados. Toques emotivos. Trasunta un temperamento fuerte y delicado a la vez, que capta y transmite toda la gama del sentimiento humano. No tiene versos, pero poetiza. Es un lírico cantor de la patria que con verbo arrebatado interpreta magistralmente los grandes hechos pasados y pronostica las bienaventuranzas futuras.

Proclive a la leal amistad y a la cordial convivencia, este hombre de pluma ha trabajado incesantemente por el acercamiento de las mentes. Buena parte de su tiempo y de sus energías se volcaron hacia la difusión de la obra ajena. Crítico, ensayista, bibliógrafo — y más aun en el ajetreo periodístico — siempre tendió mano generosa. Honró a muchos, presentó a más. Y esta virtud de generosidad, infrecuente en nuestro medio, es uno de los rasgos más atrayentes de su carácter.

A la hora en que los hombres prudentes se llaman a retiro, después de una vida infatigable y fecunda, el periodista siempre atento al hecho ejemplarizador, el escritor persistente en su tarea de verdad y de belleza se mantienen intactos, empeñosos, como en la ardida juventud. El idealista sueña, el hombre de acción produce. Esto es noble, esto es digno de admiración. A despecho de émulos y negadores, Porfirio sigue produciendo, en la noticia y en el libro, informador, guía de opinión y simultáneamente literato de vuelo.

Es, verdaderamente, el hombre de letras de vocación.

Pluma de múltiples registros, emotivos narrador, biógrafo ecuánime, gran historiador, cronista ágil y brillante, antologista, crítico, ensayista de vasta cultura, Díaz Machicao ha ejercido con eficiencia el magisterio de los géneros literarios. Algunas de sus obras tiene la penetración persuasiva de la predica pedagógica. Sabe enseñar, sabe pulsar las cuerdas íntimas del estudiante y del maestro.

En la madurez, sigue siendo el mismo espíritu cordial y vehemente de la juventud. Una conciencia libre — ¡y cuán pocos pueden decir lo mismo! —. Un hombre de letras consagrado al menester espiritual, pero ligado a su tierra, a su pueblo, a la comunidad que lo contiene, participando en el drama patrio desde su sitio de pensador y de idealista.

Si alguien merece el Gran Premio Nacional de Literatura por la ejemplaridad de la conducta y la jerarquía de su obra intelectual, ese es, sin duda, Porfirio Díaz Machicao. Esperemos que le llegue en breve la justa recompensa.

Amigo de Menéndez Pidal, de Alfonso Reyes, de Capdevila y de otros insignes escritores, Porfirio dejó bien puesto el nombre de Bolivia en asambleas internacionales y en cónclaves de escritores. Sin respaldo oficial, ha sido embajador eficiente de las letras nacionales.

He aquí uno que se levantó solo, por el propio esfuerzo, imponiendo la bondad de su alma y la tenacidad de su voluntad.

Más de veinte libros respaldan su obra literaria que conjuga la maestría del investigador con los primores del artista.

Porfirio Díaz Machicao es uno de nuestros mayores valores intelectuales. Un prosista con alma de poeta. El buen ciudadano que sirve con amor y probidad a su patria. El amigo de la sonrisa acogedora. Yo veo en él humanista que se remonta sobre las miserias del ambiente, y al varón cristiano que jamás abdicó de sus principios éticos.

Honor a quien supo honrar su vocación de escritor.

REVELACIÓN DE LA PATRIA QUE ASCIENDE POR EL ESTE

I

O'Orbigny dio la primera imagen finamente dibujada del solar oriental. Luego viajeros y escritores. Su prestigio crecía con las lejanías. Tierras de maravilla. Gentes hidalgas y cordiales. Bellas mujeres. La llanura rica de todas las riquezas. La selva opulenta. Varones nobles y esforzados. Pero entonces — mirando décadas atrás faltaban vértebras de comunicación. Santa Cruz era para el altiplano quietud, leyenda, reserva del futuro. Vergüenza da confesarlo: no la conocíamos. La guerra del Chaco sacudió al país. Comenzamos a conocernos. La montaña bajó al oriente, el trópico subió a las tierras altas. La carretera construida con ayuda norteamericana, camiones y aviones pusieron en marcha las energías dormidas. Kollas, quechuas y orientales emularon. Hacer patria. Crear riqueza. Organizar empresas. En suma movilizar a los hombres para dominar la naturaleza. La dinámica de aventura preconizada en el "Thunupa" prendió en los cruceños rompiendo el secular marasmo. Santa Cruz exigió lo que se le debía. Gobernantes

visionarios — el general Barrientos a la cabeza — emprendieron la cruzada del progreso. Y además de toda la ayuda exterior o del gobierno central, los propios orientales supieron organizarse para administrar severamente su desarrollo. El "milagro cruceño" es fulminante. Enseña. Llama a imitación. Traspasa fronteras. Bolivia entera concurre al despertar oriental. Brasil y Argentina buscan vinculación humana y económica. La Cuenca del Plata le concede residencia estratégica. La integración continental mira en Santa Cruz al meridiano magnético que imantará los centros de expansión del hemisferio. Sobreviene el "boom" oriental. Pozos petrolíferos y yacimientos de gas. Ingenios de azúcar y de arroz. La explotación algodonera. Y maderas. Y campos ganaderos. Los sembradíos de caña. Un comercio activo, Organizaciones industriales. Aparece también el contrabando, como en todo el mundo, pero eso es obra de unos cuantos. El cruceño vive de su trabajo y gana su dinero honradamente. En pocos años la capital oriental se transforma. Pasó el tiempo del barro, de la arena, de la carreta. Santa Cruz es hoy una ciudad moderna. Lo tiene todo.

Un plan regulador magnífico para aprovechamiento científico del suelo que con sus cuatro anillos concéntricos asegura la urbanización perfecta. La loseta de cemento — allí inventada — es un hallazgo técnico. Servicios nuevos y eficientes. Hoteles confortables. Un día un amigo observador sugiere: — "Vaya al oriente. Es un mundo nuevo: paisaje, gentes, costumbres". Y decido conocer Santa Cruz porque sin la apertura al trópico no se tiene la visión integrada de Bolivia. Como soñador presiento sorpresas placenteras. Como hombre práctico imagino que el calor y otras punzantes agresiones de las tierras nuevas se harán sentir. Aunque tengo buenos amigos allí, no anunciaré mi visita. El visitante ignorado es el que mejor absorbe. Moreno, Finot, Alfredo Flores, Otero Reiche, Hernández Sanabria, Kempff Mercado, Molina, Gómez y tantos otros me introdujeron al oriente. Antes de llegar a sus llanos, lo presentía como el futuro. Ahora se que es el presente enérgico y radiante. El kolla quiere hacerse camba, el camba trasmuda en kollavino. Y el quechua con ambos, ayuda a edificar la nueva sociedad americana. Acercarse.

Comprenderse. Integrarse Ese es el llamado que nos viene de Santa Cruz. Y respondiendo a ese llamado tomo el "jet" del Lloyd para conocer el oriente ¿Sueño? ¿Realidad? ¿Presencia ejemplar? ¿Promesa venturosa? "No se imagine mucho — me dice un camba amigo — no se vaya a desencantar, "pero yo llevo a Santa Cruz hace muchos años en el corazón. Y el corazón no engaña nunca. Cuando el avión se remonta sobre el Monte Insigne yo, soñador impenitente, pienso que el Hada Oriental me aguarda con su varita de oro en la ribera del Piraí. Mi yerno, Claudio Guinetti, joven romano, menos rico, quiere hacer inversiones, trabajar en la nueva Tierra Prometida. Y una secreta ilusión me cruza el alma: acaso, acaso en Santa Cruz vuelve a encontrar la Bolivia ideal tantas veces desvanecida en el derrumbe de los días. Pensado en Proust este viaje podría llamarse, también, a la Búsqueda de la Patria Perdida. Porque a veces los hombres, los sucesos, el infortunio hieren tan hondo, que uno se siente solitario en el propio terruño. Entonces parte al encuentro de nuevos hermanos, ansioso de bondad, de lealtad, de calor humano que suelen disolverse entre las nieves. Entonces el vuelo a Santa Cruz es un itinerario de esperanza. Y se adivina que el estilo camba es uno de libertad con señorío.

REVELACIÓN DE LA PATRIA QUE ASCIENDE POR EL ESTE

II

En El Trompillo dos sorpresas: el calor no es tan fuerte como Imaginamos y una brisa juguetona alborota los cabellos. Compañera fiel, nos acompañará cuatro días. Se respira otro aire. Cielo y llanura van a encontrarse allí lejos. Sensación de inmensidad. Los hombres de camisa abierta y manga corta. Las mujeres con telas livianas que resaltan la figura donosa. Abierto, acogedor el paisaje. El habitante sencillo y cordial. Ni empaques ni etiquetas. Franqueza y libertad y la ciudad se abre como un abanico encantado. Santa Cruz no es ya la comarca colonial; una plaza central y algunas calles convergentes. Ha crecido a la rosa de los vientos por todas partes. Extensas avenidas asfaltadas, calles bien pavimentadas, plazas y jardines se expanden dilatadamente. Todo limpio, nuevo, con un toque de buen gusto. La edificación arcaica va desapareciendo devorada por las construcciones modernas. Barrios de casas atrayentes con

grandes espacios verdes. Iluminación novísima. La gran familia de antaño se ha transformado en una colectividad febril que trabaja sin descanso. Porque este es el signo vital en la llanura oriental; aunque se hizo mucho, nadie se detiene en lo obtenido. Más y siempre mas. Cada día, cada hora, se gana campo al monte, se abren nuevas calles y avenidas, se instalan fábricas e ingenios. El cruceño no presume hace. No es promesa, es realidad. Se ha puesto a la cabeza del progreso nacional. Y nadie habla de política: no interesa. Todos se ocupan de negocios, del desarrollo, del acontecer mundial, de la integración interna. En un ángulo de la Plaza "La Pascana" es un centro vivo de comunicación. De sus mesas surgieron planes y acuerdos. Hay casas y oficinas con aire acondicionado. Hoteles excelentes, como la Poza del Bato, donde el turista mas exigente es bien servido. El Jardín Botánico un oasis de ciencia y de reposo. No se advierten tensiones sociales: trabajadores, empleados, ejecutivos alternan en familiar coherencia. Pero el cruceño dinámico de hoy, no ha perdido las antiguas formas del señorío castellano o andaluz. Aquí se cultivan la hidalguía, la hospitalidad, el gesto fraterno. El oriental es amigo de verdad. Cordial, abierto, de ancha calidad humana. Su vena ingeniosa discurre aun en medio a los trances problemáticos. Santa Cruz atrae. Santa Cruz absorbe. El kolla, el quechua, el alemán, el inglés. el italiano, el español trajeron su energía, su espíritu de iniciativa, pero a poco fueron ganados por el estilo oriental. Se vuelven hijos de la llanura y de los trópicos. Se despojan de la corbata del amaneramiento cosmopolita, para asumir las formas desenvueltas de un vivir libre y dichoso. El cruceño contagia su sencillez y su alegría. Es bravo y tranquilo alternativamente. Le pelea a la naturaleza tenazmente, pero sabe extraer los zumos mejores de la vida. Unos levantan fortuna con esfuerzo, otros la dispersan generosamente. Hay campo para todo, para todos. Saber divertirse, saber trabajar. ¿no es el modo combinado de la mejor forma de existencia? y la capital crece sin pausa, vertiginosamente, porque la gente oriental tiene una filosofía de futuro en los ojos. Mira muy lejos. La siesta ha sido aventada por el planeamiento ¡Hacer, hacer cosas! Se limpia el monte con máquinas y a mano. Se urbaniza sin descanso. El petróleo dio el impulso de arranque. Luego los ingenios de azúcar y de arroz. El "boom" del algodón, que costó muchos años de esfuerzo y sacrificio. Se exportan maderas y aceites. Fábricas, fábricas. Y campos ganaderos. Se industrializan la pesca. Visitamos la planta de una fábrica de aceites por instalarse. Otra que sólo produce sacos de envase de azúcar y harina. Las instalaciones de La Algodonera. Equipos de técnica avanzada, manejados por obreros bolivianos. Cruceños y kollas, en eficaz simbiosis, han creado un nuevo tipo de civilización industrial moderna y eficiente. Santa Cruz no es sólo una hermosa ciudad, es un emporio de riquezas naturales y de esfuerzo humano. Una economía en expansión. Un país extensísimo, feraz, apenas en trance de alborada, que está dando el ritmo y el estilo de la nueva Bolivia. El ejemplo cruceño es para todos. Un día junto al Piral enseña más que diez libros. Dios nos guardó el edén cruceño para un futuro libre de adversidades. El hierro del Mutún es un símbolo de prosperidad. Pero yo pienso que la voluntad y la simpatía de los cruceños, son más grandes que las riquezas del Mutún.

REVELACIÓN DE LA PATRIA QUE ASCIENDE POR EL ESTE

III

Guiados por José Romero Loza, pionero en la industria del algodón, conocemos el cinturón fulgurante de las provincias del norte hasta el Yapacaní. Brotan, en sucesión cinematográfica, Montero, Warnes, Portachuelo. San Carlos, Bellavista. Las cruza el camino asfaltado. Tienen luz eléctrica y teléfonos automáticos, agua potable y otros servicios. Tiendas y almacenes flanquean las calles. Los pobladores visten bien, son acogedores. La risa a flor de labios, el gesto coro dial. El movimiento agropecuario y la Industria dieron vida a estos pueblos ayer languidecientes. A lo largo de la vía asfaltada se divisan los ejércitos de copos de algodón, los finos tallos de los sembradíos de caña, bosques a medio talar. Conforme se avanza aparecen los campos ganaderos. De trecho en trecho fábricas, Instalaciones, galpones, madereras. La selva se va espesando, los arbolares crecen de estatura, pero el cruceño sigue avanzando impávido desvastando la naturaleza virgen. El analfabetismo es mínimo. Las escuelas son amplias y limpias. La capital ha llevado a sus provincias el ritmo de progreso que la sacude.

Los camiones cargados de azúcar, algodón, caña, maderas, arroz y otros productos recorren sin cesar los caminos.

Nuevos materiales se descargan en los emplazamientos de las plantas en erección. Las provincias del norte cruceño son un rico laboratorio de trabajo y organización humana.

Una pequeña boa — la "boyé"— interrumpe el viaje. Su piel negra, verde y marrón claro contrasta con la cinta monótona del camino. Apenas se mueve. "Es inofensiva" — dice un camba. No es venenosa. Y otro, sonriente: "Pero se traga zorros". Proseguimos. El Yapacaní, umbral de la selva, corre ancho y majestuoso. Los pilones del puente que se llevó hace varios años, demuestran la reciedumbre de la obra de ingeniería. El río, mas bravo, la mutiló. ¿Por qué no se reanuda el puente, fundamental para la economía cruceña? Probamos el sabroso "surubí" y una discreta ronda de mosquitos. Luego enrumbamos a la laguna de Madrejón, un paraje semiescondido. Paisaje virgen que habría amado Gauguin y que el futuro convertirá en centros de turismo. Al retornar prosigue la observación de la campiña de los pueblos del edificar humano. El agro Industrializado transforma la heredad cruceña quieta y poética, en un torbellino de actitud. "Aquí" — nos dicen — se levantará una nueva fabrica de tuberías. Mas allá un nuevo Ingenio arrocero. Y una tercera, de mosaicos y azulejos para la cual de cuenta con un capital inicial de diez millones de pesos bolivianos". En la capital, y en las provincias todos hablan de grandes sumas, de fuertes Inversiones. El cruceño piensa en cifras de seis y siete ceros. Y los llanos son cada vez mas extensos, ilimitados. La selva más espesa. Los ríos serpean como animales fabulosos. La conquista del monte es la meta del oriental. Derribar el mundo vegetal para levantar ciudades. Ñuflo de Chávez renace en los conquistadores de la selva. Suárez Arana tiene hoy cien émulos. Y recorriendo la llanura tropical que los orientales transformaron de naturaleza yerta en explosión industrial y humana, en sólo diez años, es licito hablar del "milagro cruceño". Aquella imagen de la hamaca, el carretón y el sopor colonial caducó. Hay que hablar con esa juventud oriental: ingenieros, técnicos, expertos industriales, economistas, ejecutivos bien informados y aptos para la acción, para comprender el ascenso cruceño. La iniciativa brota de las mentes. Los esfuerzos se conjuncionan en solidaria ayuda. El camba no es envidioso: Quiere surgir y que todos surjan junto con él. Querendón de su tierra, y sus costumbres, piensa ya en términos de patria. Utiliza la tecnología moderna. Por el corazón es uno con su terruño; por la inteligencia se proyecta a la cultura universal. Es el hombre nuevo que pedía el sociólogo. Y la nueva sociedad que fluye de sus manos, es ejemplo y lección para los pueblos que dormitan en rutina y flojedad. Regresamos a la capital con una sensación de júbilo: hemos visto cómo crece la patria por dentro. Este feliz concierto de hombres y naturaleza. Estos parajes ubérrimos. Estas gentes libres y felices no contaminadas por los vicios de las civilizaciones envejecidas. Santa Cruz es la juventud de Bolivia. El saludable renacer de América. Conocerla es bañarse en fuente optimismo. Y el Grigotá susurra: "Aprende a amar a la Reina de los Llanos que se levanta de su lecho de esmeraldas".

REVELACIÓN DE LA PATRIA QUE ASCIENDE POR EL ESTE

IV

¿Cómo viven los cruceños? Activos y contentos. Si el espíritu de empresa puebla sus horas de trabajo, su genio alegre y comunicativo los impele a la sociabilidad. Pocos cenan en casa; la mayoría busca esparcimiento y buena comida en los restoranes que como "Floresca", "85", "La Empalizada", "Il Sorpasso" y las "boites" y hoteles están siempre concurridos. El buen "gourmet", en Santa Cruz, estará siempre satisfecho. Hay numerosas entidades sociales, culturales y laborales. Los cruceños gustan de la conversación. De ingenio vivaz y respuesta rápida, cultivan la broma con donosura. Como dijo alguno: "sin maldad pero con intención". Trabajan mucho y se divierten mucho. En una fiesta el oriental echa la casa por la ventana. Su temperamento hospitalario acoge al amigo y al visitante sin reservas. Ignora la envidia no habla mal de nadie. Dentro de la gran familia cruceña todos se conocen, se ayudan, se respetan. Gentes que conocieron la capital hace treinta años, afirman que hoy ha subido el nivel de vida de peones, obreros y empleados. Mejoraron las viviendas, la alimentación, los servicios públicos. La asistencia social se extiende. Esta bien pero no es suficiente. Si se quiere que no vuelva el comunismo, que

aseguremos un porvenir tranquilo. Santa Cruz debe encabezar la Revolución del Bienestar, marchando resueltamente a una nueva sociedad donde predominen la dignidad humana, la justicia económica la participación popular en la conducción civil. Una nueva mentalidad empresarial debe reemplazar al simple espíritu de lucro. Verdad que algunos ya acometen esos cambios socio-económicos, pero lo que se requiere es una mudanza general. Si la empresa privada quiere subsistir en el mundo tecnológico mecanizado, de una democracia compartida, tiene que evolucionar a un tipo de asociación mercantil, donde prime la vinculación humana, o sea que peones, obreros, empleados, técnicos y ejecutivos deben participar en las ganancias, en el conocimiento, en la dirección y en la responsabilidad del negocio. Justamente por su juventud y su perspicacia organizativa, el oriente puede encabezar esa "revolución del bienestar", rompiendo los viejos esquemas de la riqueza para pocos. Inolvidable la velada con los escritores cruceños, tan señores, tan finos en la amistad, que agasajaron a Tristán Marof, el Indomable, sólo conquistado por Santa Cruz y al kolla que bajó de la montaña para conocerlos. Oradores principales: el presidente de la Asociación de Escritores, poeta Inspirado, Nataniel García Chávez; y el historiador y viejo amigo Hernando Sanabria Fernández. Un cuento leído por Plácido Molina, evocando a su tío Miguel y a la Santa Cruz antañona dejó un perfume de ternura. Miguel Antelo recordó la gesta del Chaco. Los comediógrafos Germán Coimbra y Raúl Vaca Pereira alternaron en el simposio amigable. Marof rindió homenaje al oriente echando y recibiendo pullas amablemente absorbidas. García Chávez evocó a la madre con sentidas palabras. Sentí no escuchar nada de Roger de Barneville, ingeniero hombre de empresa, sugerente cuentista quien, generosamente, prefería que se lucieran sus amigos. Deploro no haber retenido otros nombres. No haber podido alternar con mi viejo amigo el gran poeta Otero Reiche. Estuve, en cambio, con el animoso y culto Enrique Kempff Mercado, y recordé a su hermano Manfredo, filósofo y hombre de Estado, uno de los mas leales y valiosos colaboradores del General Barrientos. Evocaciones de viajes, figuras, anécdotas, cruzaban la noche cruceña alegremente. Cuentos para hombres. También las reflexiones serias. Se oyeron unas cuartetos de Franz Tamayo, y un poema brotado del embrujo cruceño. Era la medianoche y la reunión proseguía porque los orientales jamás se cansan en la amistad ni en la expansión espiritual. Al siguiente día visitamos barrios residenciales, sectores de empleados, viviendas obreras Me duele no haber llegado al Santuario de la Virgen de Cotoca. Rezo en la Catedral.

Tres cosas que los cruceños pueden realizar: poner ornamentaciones florales en sus plazas (la flora oriental es variadísima); reservar y reconstruir un sector urbano que mantenga la antigua arquitectura de tipo arcaico, para que no todo sea funcional y moderno; y ahora que circula tanto dinero y que su entusiasmo creador todo lo puede, organizar una empresa que con equipos amplios y avanzados, dote a Santa Cruz de un gran diario y de una radiodifusora potente, capaces de proyectarse a toda la Nación. Esto es fundamental. Porque no todo es expansión económica ni técnica industrial. Junto a ellas se requiere la influencia saludable de las fuerzas espirituales, que en la sociedad contemporánea se expresan por el periodismo y la radiodifusión. Además Santa Cruz necesita la televisión. Debe luchar por ella hasta alcanzarla. Entonces pesará en todos los ámbitos del país. y se habrá elevado a una conciencia geográfica de amplitud nacional.

REVELACIÓN DE LA PATRIA QUE ASCIENDE POR EL ESTE

V

En cinco artículos de Impresiones rápidas, no se puede condensar la grandeza y variedad de Santa Cruz. Ni su significación en el presente y futuro de Bolivia. Es poco lo entrevisto, mucho lo que falta por conocer. La belleza y donosura de sus mujeres, damas en el hogar, patricias llenas de coraje en las horas difíciles. El espíritu dinámico abierto de sus jóvenes. El espíritu culto y expansivo de sus gentes maduras. La naturaleza sencilla del cambia. Y en las ciudades o en los campos, ese aire de libertad y de señorío que distingue al morador connaturalizado con su suelo. Riqueza, abundancia, oportunidades sin fin. Si usted quiere prosperar, vaya a Santa Cruz. Allí el esfuerzo humano decuplica rendimientos. Y como se trata de una economía en crecimiento, toda iniciativa, encuentra aplicación práctica. Las gentes cooperan al recién llegado. También la colonización en el norte ha dado sus frutos. El departamento cruceño que territorialmente podría, él

solo, contener a varias naciones europeas; puede, asimismo acoger a todos los bolivianos ansiosos de paz y de trabajo. Este nuevo estilo de vida, fácil y esforzado al mismo tiempo, puede cambiar nuestra fisonomía nacional. Estamos en la franja de transición de una economía minera a una economía agroindustrial. Santa Cruz nos enseña que el suelo, cuando es amado y bien tratado, rinde mis y mejor que el subsuelo. La ganadería tiene anchuroso porvenir. Caminos, riegos y plantas hidroeléctricas, expandirán la fuerza productiva del departamento. Pero aun admirando la grandeza y variedad de sus riquezas naturales, aunque la belleza del paisaje y los encantamientos de la ciudad fascinen al visitante, por mucho que se insista que los carnavales, la voz de Gladys Moreno, las palmeras, la flora majestuosa el "locro" la artesanía en mara y guayacán y tantas otras lindas cosas expresan lo típico — oriental, yo diré que lo mas significativo que he recogido de este viaje ha sido el encuentro con el alma cruceña, ese nuevo espíritu atrevido, lleno de fuerza y de osadía, que sin perder su ancestralía poética y romántica, confiere ahora un nuevo sentido de patria a su inmediato quehacer. Porque el cruceño, si bien querendón de su solar, que se fatiga por el progreso oriental piensa ya en términos de Nación. Lucha por Santa Cruz y piensa en Bolivia. Son pues la calidad humana y el ímpetu de solidaridad social lo que distingue a los varones del Piraí.

He conversado con ellos. Sé de sus inquietudes y sus planes. Son pioneros y arquitectos a la vez: los constructores de la Patria Mejor, la que soñaron Busch, Villarroel, Barrientos, la que por voluntad nacional conduce el cruceño Banzer, en quien encarnan las virtudes de su pueblo. Los orientales saben que encabezar una empresa nacional exige riesgo y sacrificio. Que mandar es ante todo responsabilidad. Y ellos buscan hacer patria y hacer historia sin rehuir fatigas. Nada los amedrenta. Baste recordar que sus mujeres y sus jóvenes salvaron al país en horas aciagas. Así como la loseta de cemento ha embellecido sus calles, plazas y avenidas, ellos saben que el ariete de su voluntad creadora vencerá de todos los obstáculos.

Y es este mensaje de idealismo — práctico, si cabe la antítesis — el que debemos recoger. Convierte tus sueños en realidad, haz de tu diario quehacer un sueño grandioso: esto es lo que dicen los hermanos orientales. Y sé noble, feliz y vive y deja vivir Como en las cuerdas de la guitarra que tu alma vibre de pasión y fantasía. Pero en las horas hábiles trabaja, trabaja, trabaja! Inventa, planifica, empuja siempre el horizonte de tus esfuerzos. No basta ser un señor, un varón simpático un buen ciudadano; lo que cuenta es el genio creador. Transforma tu morada, engrandece tu ciudad; ama tus provincias y tu ámbito geográfico. Incorpórate a la civilización de la técnica y de las maquinas, sin olvidar que el espíritu del hombre es el motor esencial de toda sociedad. Todo esto fluye del espectáculo cruceño asombrosamente movido y cambiante, feliz asociación de una tierra fértil y de una raza jovial que exprime sabiamente los zumos de la vida para transformalos en fuente de actividad y de alegría. Al abandonar la capital oriental después del Abrazo final a Romero Loza, a Marof y a Barneville, cambas por el corazón y la hidalguía, un nudo nos cierra la garganta: cuesta dejar Santa Cruz. Esta comarca de maravilla que sintetiza un presente laborioso y trasunta y anuncia ya la Bolivia potente y victoriosa del futuro. No la veremos ya nosotros los que vivimos los años crepusculares. Pero yo diré a mis hijos y a mis nietos que vayan a Santa Cruz, donde tuve la revelación de la Patria que asciende por el Este.

MANUEL FRONTAURA ARGANDOÑA

Siempre tuve un respeto lindante en lo religioso por los pueblos másculos de Potosí y de Oruro. Tierras hoscas y bravías que engendran hombres recios, verticales. Pueblos mineros, vidas esforzadas. Y las voluntades como hechas de fibras metálicas: duras, consistentes, inquebrantables. El habitante de las altas mesetas es el forjador de su proeza: lo toma todo de sí mismo. Lealtad, franqueza, valor y decisión: he aquí lo que brindan potosinos y orureños, expresiones entrañables de la patria, toda ella forjada en la adversidad, en combate con la naturaleza y con el destino, cátedra de energías, imán de acciones memorables.

Hoy quiero abocetar la figura de un escritor que conjuga todas las virtudes de su suelo y de su raza: Manuel Frontaura Argandoña, hombre público y hombre de letras.

Recuerdo el tiempo ya lejano de mi página literaria "Hombres, Ideas y Libros", en "El Diario", en la cual se iniciaron muchos que prestigian la cultura nacional, y algunos pérfidos que después morderían la mano que les abrió acceso a la publicidad.

Cierto día recibí la visita de un muchacho veinteañero. Alto, cenceño, de apariencia reservada, se presentó sobriamente:

— Soy Manuel Frontaura Argandoña. Vengo de Potosí. Le traigo mi primer libro: "Las Nueve Voces de Caronte."

El visitante me gustó. No muy expansivo en el primer encuentro, veíasele cordial, sincero. El recato interior asomaba en su charla. Hablamos de libros, de política, de sueños juveniles. Y pronto comprendí que detrás de la mirada seria y de la fina sonrisa latía una firme voluntad.

Ese drama — Las Nueve Voces de Caronte — me reveló al amante de la estética y de la filosofía. El joven potosino, con algo de oscarwildeano y otro poco de asiduo lector de Nietzsche, había compuesto una obra de original concepción, revestida de símbolos y alegorías que denotaban a un precoz meditador.

Esa primera obra, impresa en Potosí, fué seguida dos años después por "Ciudad de Piedra", prosa filosófica donde ya despuntaban el futuro ensayista, el buen gustador de las aventuras del espíritu.

Por ese tiempo — salíamos apenas de la adolescencia — yo pensaba que Frontaura Argandoña terminaría en sólo un artista, enfebrecido por las tormentas del puro hombre de letras. Pero el acontecer sudamericano y particularmente el difícil transcurrir del intelectual boliviano, no lo permitieron. Ningún hombre de letras, en Bolivia, es solamente un escritor. Y poco más tarde Manuel se iniciaba en el periodismo, en la cátedra, en la diplomacia actividades a las cuales llevó su personal señorío y una voluntad decidida de superación.

De esos tiempos ya lejanos conservo impresiones indelebles. Los diálogos con Frontaura oscilaban, siempre, entre la atracción hacia la cultura universal y el impulso natural al estudio de lo propio. El potosino me hablaba con ardor de Arsan y Vela, de Alonso de Ibáñez, del dictador Linares. Discreto, no muy locuaz, cuando tocaba el tema del terruño o de la influencia del espíritu potosino en la Colonia y en la República, al referirse a usos y costumbres del solar nativo, soñando en un renacimiento del intelecto en la Villa Imperial, Manuel expandía su alma generosa donde patria y terruño polarizaban sus inquietudes juveniles.

Corrió el tiempo. Después de cumplir honrosamente su deber en la Campaña del Chaco, Frontaura Argandoña publicó "Imprecación" motivos patrióticos sugeridos por la contienda, trabajo que pertenece todavía a su primera época predominantemente lírica y estética.

La rectitud del pensar y la pluma bien templada, le abrieron rápido campo en el periodismo. Manuel hizo carrera en diversos diarios y revistas del país. Recuerdo su eficaz desempeño como director de "La Vanguardia" de Oruro, como Jefe de Redacción de "El Imparcial" de Cochabamba" y sobre todo su larga actuación como redactor y subdirector de "El Diario" de La Paz.

No fueron muchos nuestros contactos, porque la vida nos llevó por rumbos no distintos pero sí casi nunca parejos en el tiempo. Cuando yo hacía política, Manuel andaba sirviendo al país en cargos diplomáticos; cuando él actuaba en la lucha interna, yo vivía en el retiro de mis libros. Yo siempre en mi hoyo de La Paz, él viajando mucho y con largos años de residencia en el valle. Pero si sé decir que todo encuentro con Frontaura Argandoña fué para mí doblemente placentero: por la calidad intelectual del potosino y por la simpatía del amigo, tan por encima de las mezquindades del ambiente.

Me honré, también, con la amistad de su hermana María, asimismo maestra y escritora, cuyos libros me cupo comentar.

En 1941, estando de Secretario de Embajada en Santiago, Manuel publicaba su tercer libro: "El Precursor" o el romance de don Joseph Alonso de Ibáñez, el gran caudillo de los "vicuñas" que inmortalizaron las crónicas potosinas. En él ya se evidencia la garra del historiador y del ensayista. Gran pesquisidor de archivos y bibliotecas, Frontaura Argandoña documentó concienzudamente el estudio de época: los personajes brotan vivos, palpitantes del agitado mundo colonial e Ibáñez, aunque lleva la ascendencia hispana en la sangre encarna al criollo rebelde que en 1809 proclamará el fin de la dominación peninsular. El título es, pues, cabal: El Precursor. Esta obra, escrita "con amor, con dolor, con esmero de artífice" al decir de un crítico, es una de las mejores novelas históricas del país. Potosí revive en sus páginas, en su pasado turbulento y esplendoroso. Ha nacido un escritor de fuste en la literatura patria.

Alternando con sus labores diplomáticas, Manuel se desempeñaba como catedrático en Tarija, en Oruro y en La Paz. Alguno de sus discípulos me confió cierta vez:

— Es un buen catedrático. Muy serio mientras dicta su clase, sabe escuchar y atender a los alumnos. No "latea" (es decir no divaga), conoce su materia. Sabe enseñar.

Posteriormente Frontaura Argandoña intervino en política. Ingresó al MNR. Ocupó importantes cargos diplomáticos. Menciono algunos: Ministro-Consejero en Chile; Vicepresidente de OEA en 1953; Embajador en Quito y en Lima; Embajador en OEA. Las funciones más importantes que desempeñó como hombre público fueron las de Senador por Potosí y las de Embajador ante la Santa Sede, donde es recordado como uno de los más activos y capacitados representantes que tuvo Bolivia en el Vaticano.

En 1947, Manuel publica su "Linares", el Presidente Civil, obra ya de madurez.

Este libro acredita al historiador veraz, al crítico sagaz. La pintura del medio social, excelente. Los personajes reales y animados. El protagonista calibrado en toda su hondura psicológica. Conocedor de las modernas corrientes biográficas, Frontaura Argandoña realiza un estudio metódico y exhaustivo del Mandatario, una de las grandes figuras trágicas de nuestra historia. Discrimina agudamente las causas y consecuencias de la dictadura. Reconstruye el pasado en síntesis ceñidas. Y el análisis político y social refleja la verdad del drama de Linares, el patriota que después de 50 revoluciones llega al poder y quiere transformarlo todo con implacable decisión. Dice otro crítico: "El Dictador está captado con ojo penetrante y su dramática figura pasa ante el lector en un juego de luces y de sombras que descubre los recursos de su biógrafo." Es una obra mayúscula en nuestra literatura que consagra al investigador y al creador literario.

Este potosino ha publicado mucho — ensayos, crónicas, artículos — sin que esa abundante producción hubiera sido recogida en libros. Evoco, entre otros valiosos trabajos, su documentada "Historia del Desierto de Atacama".

Ha sido Presidente de la Comisión Nacional de Historia, Presidente de la Sociedad de Escritores y Artistas de Bolivia, miembro de Sociedades científicas del país y del exterior, y — con toda justicia — ahora miembro de la Academia de la Historia (Bolivia).

De sus pacientes investigaciones en los archivos vaticanos, Manuel sacó documentación inédita para valiosos trabajos de los cuales sólo recuerdo dos: "El Collao en la Cartografía Vaticana" y "Cartografía Colonial del Pacífico", en los cuales se afirma como acucioso publicista. Estos y otros trabajos dispersos en la prensa diaria, evidencian la tarea patriótica del historiador potosino, que se ha constituido en uno de los más inteligentes y tenaces defensores de los derechos de nuestro país, conmoviendo el ámbito internacional por la solidez de sus afirmaciones.

Como sucede con la grande mayoría de nuestros escritores, Frontaura Argandoña ha debido participar en diversas actividades. Internacionalista y diplomático, escritor y periodista, Político y parlamentario. Ha cultivado los siguientes géneros literarios: historia, biografía, novela, ensayo, cuestiones internacionales, crítica.

Dios, el destino o su propia vocación de estudioso, han permitido a este potosino coronar una fructífera vida intelectual, con dos obras cimeras que lo consagran como uno de los más altos valores literarios del país.

Me refiero a "El Litoral de Bolivia" y a "Descubridores y Exploradores de Bolivia."

La copiosa literatura de límites y defensa de los derechos de Bolivia, en lo jurídico, geográfico, histórico y político, ofrece una pléyade de nombres que no debemos olvidar. Hay una herencia de sabiduría y dignidad que nos legaron Calvo, Bustillo, Aguirre, Méndez, Reyes Cardona, Campero, Sánchez Bustamante, Salamanca, Villazón, Federico y Eduardo Diez de Medina, Carrasco, Saavedra, Tamayo, Flores, Zambrana, Mendoza, Canelas y otros ilustres patricios. Será justo incorporar a Manuel Frontaura Argandoña en esa cauda de luminosos defensores de la patria, no sólo por su vida consagrada al estudio de nuestros problemas — el mediterráneo y el de vecindad — sino también por este libro monumental y magistral: "El Litoral de Bolivia".

Insisto — libro magistral — porque no sólo analiza exhaustivamente el problema marítimo de Bolivia que lleva casi un siglo de estudio y discusiones, sino, principalmente porque es un ensayo histórico-científico cuyas coordenadas lógicas fueron cuidadosamente trazadas. El autor rememora y sintetiza todo lo ya conocido sobre el tema, pero agrega nuevos planteamientos y aporta documentación inédita que avaloran considerablemente su enfoque del asunto. Divide su obra en cuatro grandes partes: historia, geografía, cartografía y la cuestión de nuestra mediterraneidad como problema continental visto a la luz del derecho internacional. (Eduardo Diez de Medina en su obra "El Problema Continental" fué el primero en elevar el caso a magnitud hemisférica). Contiene la obra nutrido material documental — cartas geográficas, documentos facsimilares y mapas que exponen con amplitud y vigor hasta la aparición de este libro desconocidos, los legítimos derechos de Bolivia sobre su Litoral en el Pacífico. Los capítulos iniciales acerca de la conquista de Chile por el Kollasuyo y por los Incas, son contundentes. Nuestro Litoral Indio o Atacama dentro de la Audiencia de Charcas y de la Intendencia de Potosí está irrefutablemente situado. Las causas políticas y económicas de la Guerra del 79 nunca fueron mejor analizadas. El sector final donde se plantea nuestro problema marítimo como espina continental frente al derecho internacional, corona ágilmente el ensayo. Libro de ciencia y de literatura a la vez, escrito con sobriedad y elegancia, de exposición metódica y clara, constituye el mejor y más profundo alegato del país en defensa de su regreso al Pacífico. Por sólo esta obra que refleja largos y sagaces años de investigación, merece Manuel Frontaura Argandoña gratitud imperecedera de los bolivianos.

Si la obra anterior debe conceptuarse un modelo de literatura científica, su libro último "Descubridores y Exploradores de Bolivia" " caracteriza al amador de su suelo. El espíritu territorial, la conciencia geográfica de la patria y un conocimiento profundo de su realidad geopolítica, inducen al escritor a trazar un panorama deslumbrante de obras y autores, extranjeros y nacionales, que recorrieron los caminos del país, surcaron sus grandes ríos y se internaron por selvas, bosques y montañas, relatando después sus experiencias. Entre los primeros figuran, entre otros, D'Orbigny, Haenke, Church, Heath, Nördenskiöld, Bayo, Minchin, Conway, Grether, Alhfeld, Posnansky. Entre los segundos Ballivián, Palacios, Panda, Suárez, Fray Armentia, Campos, Vaca Diez, Román Paz, Zambrana, Manuel V. Ballivián, Suárez Arana, Ustarez, Busch, Román y otros muchos.

Este libro honesto, veraz, metódicamente desarrollado, nos hace conocer y amar mejor al país que nos fué donado. Es como un catálogo minucioso de los descubrimientos y exploraciones realizados por propios y extraños en la heredad nacional, pero también un ensayo creador de quien domina la problemática patria y sabe expresar en páginas primorosamente escritas su ciencia de lo nacional y su arte del estilo.

Manuel Frontaura Argandoña, el potosino.

Uno que se levantó solitario, digno, imperturbable como las vetas minerales del Cerro Insigne que fué asombro del mundo. Sin apoyo de capillas ni cenáculos, sin respaldo político, sin padrinzgos accidentales, este escritor ha hecho su camino difícil, laborioso.

Supo mantenerse señor en la adversidad, sereno en las horas de bonanza. Amigo leal y constante, nunca falló a las leyes del honor ni a los deberes del buen ciudadano. Es el hombre recto de que hablara Séneca el estoico, el trabajador silencioso que buscaba Camus.

El Gran Premio Nacional de Cultura (tan justamente adjudicado últimamente a Porfirio Díaz Machicao) debe tocar también las puertas de Manuel Frontaura Argandoña, de Adolfo Costa du Rels y de Guillermo Francovich, todos tres adalides esforzados del pensamiento nacional.

Y al amigo potosino digo con acento fraternal:

— Usted enaltece a nuestra Generación Vernacular.

“SUMAJ-ORCKO”

DESTINO INSIGNE

Meditaciones sobre el Potosí
Legendario y el Viviente Potosí



Yo debería pedir disculpas a las gentes de la Villa Imperial, porque es pecado contra Bolivia y contra América, venir por primera vez a ella en el tiempo crepuscular, pero espero vuestra indulgencia sí aclaro que Potosí no lo veo ni lo siento como cosa nueva porque lo llevé, siempre, dentro del corazón.

Y es que la Patria es más un sentimiento que un paisaje.

Y al evocar la pirámide hermosísima del "Sumaj-Orcko", yo pensaba: destino insigne. Esta pesadumbre de montaña, esta grandeza solitaria, esta lenta majestad de siglos que abarcan todo el pasado americano, toda la historia de Bolivia, y el mensaje auroral del Tiempo Nuevo que ha de brotar de sus entrañas argentíferas.

He venido a rendir doble homenaje: al Potosí Legendario y al Viviente Potosí de las altas hazañas memorables.

I

¿Por dónde comenzar? Este es el problema que asedia al visitante. Potosí es un padre opulento: jamás terminan sus riquezas, su maestría para enseñar, sus encantos en el deleitar, ese

poder mágico de sugestión que sigue: maravillando al peregrino. Por mucho que los libros y las imágenes anticipen excelencias visuales, nada como el contacto vivo, la comunicación humana dentro del recinto señorial para absorber los rayos cálidos de esta ciudad encantada.

Dicen tanto la literatura y la fotografía, pero quien no pisó tierra potosina, quien no ha visto por sus propios ojos la belleza reveladora de sus calles y sus casas, quien no respiró el aire austero de la Villa Perilustre ni auscultó la nobleza de sus gentes recatadas y dignísimas, ese ignora lo que es Potosí, madre de sabiduría y de hermosura que se tiende a la vera del Monte fabuloso.

¡Cómo puede ser, padre y madre a la vez?

Padre en la historia, madre de fantasías, y si se apura el juego de los símbolos, el soñador lo verá, unas veces amauta en la revelación del pasado, otras "yatiri" para adivinar el futuro. Doncella intacta, una "tawako" que pasa a nuestro lado y nos perfuma de alegría. O el "wayna" valeroso de ayer y de hoy, de esos que integraban el Batallón Bustillo y el Regimiento Chichas, que en el Pacífico y en el Chaco hicieron sentir a chilenos y paraguayos el temple del coraje potosino: o de aquellos otros que surgirán mañana de este suelo bendito para erigir la Nueva Patria con sillares de plata y rosicler.

II

Censuran algunos el esplendor retórico. la vena imaginativa del cronista Arzáns y de todos cuantos después de él, antiguos y modernos; se ocuparon de este solar, "único" al decir del argentino Jaime Molina. Ya en la Colonia se hablaba de la "fiebre potosina" por el exceso de inventiva y el lenguaje hiperbólico al referirse a las seducciones de esta insólita comarca. La urbe virreinal siempre deslumbró a sus cantores, más con fiebre que da vida, que hace galopar a los corceles del suero y los conduce a las colinas sagradas de la felicidad. ¿Y qué sería del mundo sin amor apasionado, sin imaginación, sin fantasía creadora? ¡Dichosos los pueblos que como el vuestro todavía pueden soñar y hacer soñar, porque de ellos serán el arduo presente y el remontado porvenir!

Nunca me canso de admirar el genio y el ingenio de Arzáns de Orsúa y Vela, aquel que organizaba el lenguaje como las polifonías corales de Haendel: opulentas, precisas, jubilosas. Arzáns es vuestro Poeta Mayor, que también en prosa se alcanza a ser poeta.

Elogia el grande escritor a su terruño y dice: "La muy, celebrada, siempre ínclita, augusta, magnánima, noble y rica Villa de Potosí; orbe abreviado; honor y gloria de la América; centro del Perú; emperatriz de las villas y lugares de este Nuevo Mundo; reina de su poderosa provincia; princesa de las indianas poblaciones: señora de los tesoros y caudales; benigna y piadosa madre de ajenos hijos; columna de la caridad; espejo de liberalidad... "Y prosigue en ese deslumbrante estilo barroco, para hablarnos después de "El famoso, siempre máximo, riquísimo e inacabable Cerro de Potosí; singular obra del poder de Dios; único milagro de la naturaleza; perfecta y permanente maravilla del mundo; alegría de los mortales; emperador de los montes; rey de los cerros; príncipe de los minerales; clarín que resuena en todo el orbe; monstruo de riqueza; imán de las voluntades..."

¿No nos parece haber escuchado a uno de los grandes vates antiguos enalteciendo las excelencias de su suelo y las proezas de sus héroes?

¡Salve la "fiebre potosina" de la exaltación y el entusiasmo, fiebre de vida que nos enseña a peraltar lo nuestro, porque las patrias se vigorizan en el amor nativo, celoso de lo suyo y fabricante de la propia grandeza!

III

Es frecuente que los viajeros deslumbrados por la riqueza y variedad de Potosí, se pongan a labrar el inventario de sus calles y sus plazas, de sus edificios públicos, de sus templos, y a

describir el Cerro Rico, la Casa de la Moneda, la Basílica sin par, las Lagunas famosas de Tarapaya y Kari-Kari. O vestimentas y costumbres típicas. O él dramático discurrir humano en los socavones de las minas. O se pierden por las tres venas portentosas por las cuales el genio potosino se encumbra en el trance colonial: arquitectura, pintura y escultura. O evocan tradiciones y leyendas mil veces repetidas.

No he venido a describir lo que vosotros conocéis mejor que yo. Ni a exaltar glorias consagradas por el Tiempo. La belleza de Potosí vive por sí misma, desborda la literatura y los entusiasmos pasajeros. Es más para vista y sentida que para descrita, porque siempre el poder de sugestión de la urbe prodigiosa supera las artes expositivas del mejor narrador.

A Potosí hay que verlo y sentirlo largamente, hondamente: en profundidad. Solo así, después de morosa frecuentación, de un análisis maduro, de sagaces meditaciones, me atrevería a dibujar un esquema interpretativo de esta fábrica de grandeza y hermosura.

Pero como aun no he absorbido en plenitud los rayos E solares de esta tempestad plástica que petrificaron los siglos, permitid que me aproxime a esa Cordillera Ideal de las preclaras inteligencias potosinas, que tiene cimas pariguales del Sumaj-Orcko, del Chorolque o de San Antonio de los Lípez del Nuevo Mundo.

Quién no ha leído los tres volúmenes de la monumental "Historia de la Villa Imperial de Potosí" por Bartolomé Arsánz de Orsúa y Vela, editada gracias a Lewis Hanke y Gunnar Mendoza, ignora lo que fue Potosí y lo que significa su Cronista Mayor en la literatura nacional. Todos saquearon al gran memorialista: propios y extraños. Lo mismo argentinos que peruanos y bolivianos. Y el más desvergonzado el limeño Ricardo Palma que en sus célebres Tradiciones Peruanas se apodera y remodela leyendas y hechos narrados por Arsánz sin denunciar el origen. Es que E nuestro insigne cronista, como el Cerro Rico, aún lleno de agujeros y despojado sin medida por manos ajenas, sigue proveyendo materia temática y sucesos dramáticos a todos cuantos se le acercan.

Bien mirado, bien estudiado, Orsúa y Vela es un faro que ilumina la historia y la anécdota del período virreinal. Y es, a un tiempo mismo, el precursor de la literatura boliviana. ¿Quién no bebió en sus fuentes verídicas o fantásticas?

Oímos hablar de nobles ingenios potosinos: los cronistas Acosta, Pasquier, Méndez, Medina, Dueñas; de los poetas Velásquez, Guilléstegui, Juan Sobrino, más no conocemos sus obras.

Vislumbramos, entre otras dos cumbres soberbias del intelecto potosino: "El Arte de los Metales" del P. Barba cuyo caudal científico todavía se consulta; y la "Guía de la Provincia de Potosí" de Cañete, gran lienzo histórico — descriptivo. Cimeras son, asimismo, las Tradiciones de Brocha Gorda — Julio Lucas Jaimes, padre de dos poetas ilustres — y las Crónicas de Vicente G. Quesada.

Se alegrará que este último, argentino, no nació en Potosí. Pero patria no es el sitio de origen sino el lugar de arraigo, lo que anuda y da sentido a la acción humana. Todo el que amó, vivió, produjo y realizó obra creadora en Potosí, ¡es potosino!

¿Cómo aludir a don Ricardo Jaimes Freyre, gran señor y al altísimo poeta? Lo reclaman América y Argentina, más él es boliviano, alma de estas tierras frías y altivas. Su "Castalia Bárbara" un cofre aurífero de asombros. Sus "Leyes de la Versificación lo Castellana" para siempre. Su hermano Raúl, místico y sensitivo, fue poeta y prosista de selección. No olvidemos a Berríos, en teatro, en verso y en prosa.

IV

Potosí no da solamente intelectos deslumbrantes — ya hablaré más adelante de Omiste y de Alba, luminares en la cultura boliviana —; se proyecta también en el empuje, en la audacia, en la capacidad constructiva de sus timbres de acción.

Cornelio Saavedra, prócer y primer Presidente de los argentinos, fue potosino de origen y de fibra. La conciencia criolla encarna en Alonso de Ibáñez, el jefe de los Vicuñas intrépido, indomable, que anticipa el espíritu revolucionario de 1810. Luego los adalides de la gesta emancipatoria: Máximo Subieta, Azcárate, Quintana, Fernández, Arrieta, Bravo. Una figura valerosa, ejemplar, olvidada en la penumbra, de la historia, es la del médico Marcelino Nogales, que asiste a toda la Campaña del Pacífico, incorporado a la Quinta División del General Campero y que ha dejado un "Diario" aún inédito de la trágica experiencia.

Podría mencionar un centenar de arquetipos del carácter potosino. Prefiero detenerme en cuatro que son como los puntos cardinales hacia los que se proyecta la energía de este país de altura; son Linares, Frías, Omiste y Armando Alba.

Ni descubridores ni conquistadores, ni condes ni marqueses, ni adalides del Coloniaje ni caudillos de la República alcanzan la talla moral de Linares, el Dictador, o de Frías el Incorruptible. Dos figuras a las que la historia no ha hecho; aún, justicia merecida. Verdad que una excelente biografía de Frontaura Argandoña retrata al primero, y que en las escuelas se menciona como ejemplo de probidad al segundo. Pero aún nos falta esculpir esas figuras bronceadas. Linares, el eterno revolucionario, el gran descontento, el que quiso cambiarlo todo con el fuego de su alma tempestuosa. Frías, ciudadano integérrimo, valeroso y estoico hasta en la proveya edad, absorbiendo con señorial dignidad las miserias de la política nativa. Son dos maestros de energía, dos profesores de carácter, dos moralistas en pugna con el medio y con los hombres.

Hay que evocarlos, siempre, a Linares imitando al Cristo, arrojando con un látigo a los traidores y a los mercaderes de los templos del civismo; a Frías enseñando probidad y desprendimiento a todos los que se aprovechan de Bolivia en lugar de consagrarse a ella.

Potosí ha dado a la Patria estos dos Presidentes de memoria nutricia, cuyos nombres siguen alumbrando la conciencia nacional. Linares idealista. Frías el irreprochable. Cumbres en la política y en la ética de nuestro pueblo.

V

Recordar a Modesto Omiste no es rendir homenaje a la mentalidad potosina solamente; es exaltar la raza boliviana que tuvo, en él una de sus más ricas y altas expresiones.

En Omiste encarnaron las virtudes plurales del hombre de letras y del hombre de acción. Todo lo que hizo lo hizo bien. Grande hombre por sus ideas y por sus hechos. Periodista, político, maestro, diplomático, escritor, abogado, prefecto, munícipe, historiador, miembro de numerosas entidades científicas y culturales se consagró a la vida pública y al bien común. Baste evocar que fundó "El Tiempo", cátedra de civismo, que después dirigiría Avelino Córdova, corresponsal de "Times" de Londres; y que a su genio organizador de pedagogo se deben las famosas Escuelas Municipales, modelo en su época.

Omiste fue llamado el Apóstol del Pueblo y el Sarmiento Boliviano porque siempre estuvo al servicio de la buena causa, fungiendo siempre de educador. Su vida estuvo dedicada a Potosí, a Bolivia, al pueblo, a la cultura.

Fue un creador de Patria en toda la extensión del vocablo.

VI

El Hombre de la Casa de la Moneda... Así recuerdo la figura diamantina de Armando Alba, ese gran señor quinta esencia de las virtudes potosinas.

Armando Alba era Potosí; Potosí era Armando Alba.

Que fue un boliviano de alta jerarquía nadie lo duda: poeta, escritor y periodista, Ministro de Educación, embajador, notable orador y parlamentario, dejó huella de su talento en plural actividad.

Sólo un libro "Voces Aulicas" y muchos ensayos, poemas y escritos dispersos. Es que Armando Alba tuvo de misionero y apóstol: consagró su vida a descubrir y relieves la obra ajena. Restaura e impulsa la irradiación intelectual desde los macizos muros de la Casa de la Moneda; confiere a esta un sentido resurrector; la proyecta, por las letras, al ámbito continental y el tañido de sus campanas de resurrección se escuchará en España y en México. Preside el Instituto de Geografía e Historia. Funda la Editorial "Potosí". Realiza una labor titánica en la Imprenta y ha legado al país ediciones primorosas de libros ilustres que son joyas del intelecto patrio, como la ya citada "Guía" de Cañete, "El Arte de los Metales" del P. Barba, "Las Matanzas de Yáñez" y los "Estudios de Literatura Boliviana" de Gabriel René Moreno, el "Derecho Penal" del profesor José Medrano Ossio", las famosas "Crónicas Potosinas" de Vicente G. Quesada, la "Celicha" de Daniel Campos" el "Anecdotario" de Ricardo Jaimes Freyre por su hermano Raúl; las "Páginas de Vida" de Carlos Medinaceli, el hermoso "Tríptico de Potosí" con trabajos de dos Grandes de la literatura hispánica, Eugenio Noel y Ernesto Jiménez Caballero y que completa ese bellissimo "Romance de Potosí" de Alberto Saavedra Nogales, intelectual y hombre público de superior linaje.

Aparte de estos y otros libros se debe a la tenacidad bibliográfica de Alba, la edición de numerosos documentos coloniales de obras de autores contemporáneos, de diversos Cuadernos y Revistas de Cultura y de educación tarea, múltiple y esforzada que coloca a este generoso e infatigable propulsor, como adalid del renacimiento cultural potosino y boliviano.

Todo esto, con ser mucho, es todavía poco si evocamos la alta calidad humana, el señorío del trato, la devota consagración de Armando Alba a las glorias del terruño y a su grandiosa Casa de la Moneda que él amó, cuidó y supo transmitir en sus vibraciones más íntimas a todo visitante que tuvo el privilegio de tenerlo como guía.

Me he extendido al evocar a este hombre representativo y creador a la vez, porque Armando Alba es gloria de Potosí y paradigma en Bolivia. Celebremos que ahora sus herederos espirituales en la Casa de Moneda sean dos notables intelectuales. Luís Alfonso Fernández y Mario Chacón.

Esta es vuestra mayor riqueza, potosinos: la riqueza humana de vuestros grandes ciudadanos.

VII

Alejado de la vida pública y de los partidos, no he venido a buscar simpatías ni para halagar multitudes. He venido a aprender, no a enseñar. Pero como verdad y justicia me guían desde la mocedad, al hablar de la genealogía moral de esta tierra de maravillas, me siento impelido a tributar homenaje sincero de admiración al pueblo potosino. A todos los hombres y mujeres de este solar ancestral. Y en particular a los obreros de las minas, expresión bravía de la raza, héroes del trabajo, "hijos de la noche" como los llamó el poeta, que durante cuatro siglos sostuvieron la riqueza de España y la grandeza de Bolivia.

Que los potosinos pueden alzarse a la altura de la fama, lo hemos visto en el Pacífico, en el Acre, en el Chaco. Baste recordar a los hermanos Bilbao Rioja — unos entre muchos — símbolo del coraje y de la tenacidad en la defensa de la Patria.

Y aunque parezca ingenuo mezclar el intelecto, la política y la milicia con los deportes, ¿por qué no evocar al valeroso "Highlands Players" que en 1927 ganara el campeonato nacional de fútbol?

Es el pueblo es el sistema circulatorio de la Patria. De él brotamos, en él nos movemos, por él perecemos y renaceremos todos. Por eso admiré siempre a la comunidad potosina, cristiana democrática de convicción, nacionalista por su conducta, popular y revolucionaria en sus ideales

cívicos, que jamás se doblegó a la tiranía ni a la desgracia, porque su historia se alimentó con leche de leonas y sube en raptó de cóndores audaces.

VIII

Vuestros portentos históricos están a la vista: no requieren presentación ni elogio. Sólo una reverente admiración.

Vuestros grandes nombres laten en la memoria colectiva. Sería largo seguir hablando de Rafael Bustillo, de Daniel Campos, de Antonio Quijarro, de Carlos Medinaceli, de Guzmán de Rojas, de Simeón Roncal, de mineros como los Aramayo, los Soux, los Duchén, los Kyriguin, los Gutiérrez Melgar, los Canaviri, los Choque, escritores como José Enrique Viaña, notable poeta y escritor, y de tantos otros que pertenecen ya al Potosí histórico.

"En Potosí nace el mundo americano" — expresó Roberto Prudencio. Y ha sido así. Léanse los dramas y comedias de Lope de Vega, de Calderón o del maestro Tirso de Molina, lo mismo que las novelas de Cervantes y los escritos de Quevedo o de Gracián, lumbres del siglo de oro hispánico, y en todos ellos resuenan los ecos del grito legendario: "¡Vale un Potosí!"

La Escuela Potosina se encumbra con Melchor Pérez de Holguín, loado por la crítica mundial, pero no sólo en pintura y escultura. Lo que enseña alarifes y canteros, tallistas y orfebres, ebanistas y herreros. Ciencia jurídica. Presencia intelectual. Hervores de la sangre, explosiones de la voluntad. Señoríos de vivir. Pompas del lujo y la riqueza. También las miserias y crueldades del opulento transcurrir. Porque Potosí lo conjuga todo: épica y lírica, drama y comedia, prodigios de la historia y alquimia de los sueños.

Con ser mucho lo debido a España — nadie lo niega — no lo es todo. Diremos que indo-hispana-mestiza es la línea creacional y emocional de esta Villa Imperial. Del indio el sentimiento telúrico. Del hispano la técnica expresiva. Y al cabo el genio mestizo, con garra hercúlea y presentista, hará del choque de dos mundos la esencia y la presencia de un tercero.

Que no se exalte el barroco de España sin mentar al barroco americano. Ni de escuelas artísticas de Occidente cuando existe una Escuela Potosina. Menos, todavía, de una gesta de conquistadores y señores, si no se la integra con la epopeya de indios, criollos y mestizos que amasaron con su sangre la levadura. Y es que Potosí es jugo de razas, filtro mágico de influencias contrapuestas.

India es la tierra, que estuvo siempre. Indio el aire que respiramos. El "humus" secular que alimenta los gérmenes andinos. Indio el descubridor del Cerro Rico: Diego Huallpa. Indio Chaqui Katari el caudillo inmemorial que no acepta la dominación hispánica y profetiza la ruina de Huallpa. Indio el Agustino Quespi, capitán legendario de los "Kajchas" coloniales. Indios los mitos y las tradiciones del ancestro. Y el sol nativo y la plata reluciente. La piedra que eterniza voluntad de forma y persistencia, y las aguas que sustentan o destruyen. Indio es, por último, el "Sumaj-Orcko", el Cerro Excelso que no fue traído porque nunca se movió de aquí. Ese que yo miro con doble designio telúrico: "Achachila", tatarabuelo secular, y joven "Apu", Señor Renaciente del Tiempo Nuevo a la vez.

¿Y qué es lo mestizo en Bolivia, en Potosí? Es la hechura mayor, la más significativa. Las multitudes trabajadoras y la poderosa clase media. Aquí Europa se hizo criolla y el nativo subió a dominador. Es lo que Bolívar presintió con genio intuitivo cuando puso la planta victoriosa en vuestro Cerro Magnífico. La lección del gran ascenso no se ha comprendido bien todavía. Sube por un flanco España, por el otro la pasión autóctona. Y en su vértice agresivo como se confunden y desaparecen para engendrar el torrente tumultuoso del joven mestizaje redentor: El Libertador creyó en la raza que se fortalece en el cruce de las razas. En las almas que cuajan entre almas. Y desde la cumbre inmarcesible vislumbró el futuro grandioso de nuestra América magnánima que se bautiza tres veces, en la fuente india, en el baptisterio católico, y en el tazón mestizo que nos , iguala a todos ante Dios y ante las Leyes.

Cuando Condori, genial indio-mestizo, esculpe las "indiátides" e incorpora otros signos y emblemas del pasar potosino a la portada incomparable de San Lorenzo, ha dejado una impronta de americanidad que nunca pasará.

Y es que los muertos siguen aleccionando a los vivos:

— ¡Inventad, imaginad! Persistid, perseverad. ¡Atreveos a ser vosotros mismos! Por grande que hubiera sido vuestro Pasado, por majestuoso que se perfila el Futuro, destinados fuisteis para afrontar el rudo Presente. Es el "hoy" el señor verdadero del destino.

IX

Quisiera apartarme de las evocaciones pretéritas y no puedo hacerlo: estoy como imantado por las seducciones del tema y del hechizo potosinos.

Pienso en aquel cronista colonial que de simple relator se transforma en poeta y al referirse a la muerte de una autoridad dice en breves palabras: "cortó la Parca el estambre de su vida."

O en esa cosa maravillosa que refiere Arsánz cuando consigna: "El cerro me ha mirado con sus ojos de plata y me ha escogido para su autor." Es el poder de sugestión de la tierra sobre el hombre, que a su vez engendra la fuerza de plasmación del hombre sobre la tierra.

Y me acuden entre muchas historias o encantamientos de esos conque el Potosí engarza el collar de su pedrería fabulosa, aquella que no sé si es leyenda escrita o tradición oral, la cual alude a que una de vuestras célebres lagunas – ¿Tarapaya o Kari-Kari? — sería sólo el rebalse de un río escondido que corre por cauce subterráneo y pasa por debajo del zócalo cordillerano hasta desembocar en el Pacífico lejano.

¡Bella y simbólica leyenda que nos enlaza al Mar soñado, ese zafiro azul oscuro que nos causó la Herida que Nunca Cerrará hasta que el clamor de las olas acaricie nuevamente los oídos bolivianos!

Pero es hora ya de contener el flujo hipnótico de vuestro pasado legendario. Hablemos, ahora, del Potosí viviente y vibrante, del que algún día próximo se dirá:

— Capitanea las más altas esperanzas de la Patria.

X

No sé por qué extraña intuición pensaba, desde mis mocedades, que Potosí es entrañablemente boliviano.

Como las vetas de sus minerales se esconden en la tierra, así las virtudes del alma nacional se recatan en el misterio de la soledad potosina. Aquí los hombres no gritan ni las mujeres desesperan. Hay una quietud y un silencio de montaña. Un callar altivo después de haber despertado un huracán de grandeza y poderío. Un estoicismo secular. Una dignidad hierática de cumbre. Ese coraje que no se pregona porque sólo se ejerce en el peligro. Ese genio indómito, ese ingenio fecundo. Un espíritu de generosidad y de lealtad que hace de los pobres, ricos; y de los pudientes, austeros de conducta. Los que nunca pidieron mucho siempre lo dieron todo. Corazones magnánimos que jamás desmayaron. Voluntades de plata que nunca se rindieron. Grandes por el sentimiento, dignos en su estilo de vida. Y una genealogía de diamante y sílices que transvierte la proeza humana en fábrica de majestad y belleza.

¡Esto es verdaderamente Potosí, cumbre y lumbre de Bolivia resurgente!

Por eso digo – y repito — que a pesar de su pasado grandioso mas importante que el Potosí legendario es el Potosí viviente al todos amamos, en el que todos creemos y confiamos.

XI

Fabricantes de historia y de riqueza, ya hicisteis mucho por Bolivia y su cultura. Ahora tenéis que acelerar vuestro propio progreso.

Hay que movilizar a toda la comunidad potosina habite aquí, dentro del perímetro departamental o en otras regiones del país, en una gigantesca cruzada de renacimiento. El desarrollo llama a vuestras puertas: ¡luchad por él, expandid vuestra economía, revitalizad la explotación minera implantad industrias básicas — cemento, hornos de fundición manufactura — exigid el camino Bermejo-Tarija: Potosí que ha de vertebrar tres departamentos, mejorad la producción agrícola, vertebrad con caminos vuestra extensión territorial, avanzad a una economía agropecuaria de gran factura, y tantas otras empresas de beneficio colectivo que os aguardan!

Pero el progreso no cae del cielo, ni llega porque unos pocos griten o reclamen. El progreso es cosa interior, brota de adentro: capitales, máquinas, financiamientos y técnicos aparecen cuando la voluntad unánime de un pueblo — ¡fijaos bien, unánime — se pone en movimiento irresistible de avance y pide, grita, plantea, empuja, insiste, explica, el argumenta, impulsa, ruega, el amenaza, propone, porfía, persiste y no cesa hasta obtener las metas soñadas.

¡A qué se debe, en los últimos años, la escalada desarrollista de Santa Cruz y de Tarija? Se debe, principalmente, al esfuerzo organizador, a la tenacidad para la prédica y la acción de los cruceños y de los tarijeños. Después, lógicamente, a la el ayuda material del Estado, tanto del sector público como del sector privado.

Y en este punto quiero ser claro: el resurgimiento de Potosí depende, en primer término, de vosotros, potosinos. Tenéis que pensar y obrar en función de vosotros mismos. Menguadas resultan las ideologías y los partidos, las sectas y los grupos, cuando se trata del interés colectivo. Pensad solamente en Potosí, y haced que converjan todas vuestras energías hacia la prosperidad económica y el resurgimiento espiritual de este poderoso gigante dormido que debe despertar.

Tenéis que organizaros, aquí, en vuestra capital, en toda la extensión departamental, y en todas las regiones del país donde existan colonias potosinas. Y todos, conjuntamente, aglutinarán ideas y esfuerzos para servir esta gran causa. Organizarse, sí, no para sostener gobiernos ni para alimentar oposiciones, sino únicamente para buscar vuestro propio bienestar y vuestra natural mejoría.

El espíritu de solidaridad social, el regionalismo constructivo, la energía comunitaria orientada a grandes finalidades. Estos son los instrumentos que el destino coloca en vuestras manos. ¡Empuñadlos, y adelante!

La causa humana es más que la bandera partidista. Llamad a todos, sin distingo de izquierdas ni derechas, de ricos ni de pobres, de profesionales o de empíricos, de jóvenes o adultos: todos son necesarios, sabrán responder todos.

Potosí será nuevamente grande y poderoso, si los potosinos se adaptan al ritmo dinámico de nuestro tiempo: si se convierten en seres ágiles y rápidos, enérgicos y audaces, tenaces y esforzados. En los constructores de su propia grandeza.

XII

Suele decirse que los intelectuales sólo traemos palabras que después se las lleva el viento. No es éste el caso.

Voy a dar un sólo ejemplo de lo mucho que podría hacerse.

Y comienzo preguntando: ¿no es una vergüenza para vosotros y para todos los bolivianos que el gran Potosí no tenga un periódico moderno, que difunda cotidianamente su voz y sus problemas y que contribuya a elevar el nivel cultural de su pueblo?

Es realmente deplorable. Pero nada sacaremos con lamentarnos. Lo que hay que hacer señores, es ponerse a la acción. Nadie les va a regalar, un gran rotativo; él llegará únicamente merced a la inventiva, al esfuerzo, a la perseverancia y a la capacidad realizadora de vosotros, potosinos del tiempo nuevo, para los cuales ningún obstáculo debe ser infranqueable.

La solución, aunque larga y difícil, no es imposible.

Partimos de la nada. Aquí hay solamente aire: este aire tenemos que transformarlo en billetes esos billetes convertirlos en un gran diario moderno. ¿Y cómo?

Vislumbro tres etapas:

Primera. La inicial, la del fuego creador, la etapa interna que dará el ímpetu de su combustión aceleradora a las otras dos. Por poco que se pueda reunir al principio, ese poco hará los muchos posteriores. Aquí hay una Banca, una Industria, un Comercio. Minas, fábricas, escuelas y colegios, esta famosa Universidad, autoridades civiles y militares, una Iglesia por todos respetada, hay millares de hombres y mujeres que trabajan y aman a su Potosí nativo. Os propongo que ahora mismo, terminada esta disertación, iniciemos la Gran Financiación para dotar a Potosí de un gran rotativo con todas las instalaciones e implementos de la técnica en el ramo.

Pero que no sean las habituales colectas nacionales, míseras y estrechas, porque ahora se trata de una causa justa y grande. Todos los potosinos grandes o chicos deben contribuir con generosidad, sin regateos.

Yo no soy hombre de fortuna; vivo de mí trabajo, pero como me siento potosino de corazón, quiero tener el honor y abrir esta financiación para el Diario de Potosí, con \$b. 5.000.- que entregaré a la Universidad "Tomas Frías".

Pasemos a la segunda etapa. Es probable que no se obtenga mucho en la etapa inicial: Potosí ha vaciado sus riquezas durante cuatro siglos y creo que no hay mucho dinero disponible. La segunda fuerza impelente tiene que ser de naturaleza nacional. Organizaos en La Paz, en Santa Cruz y en otras capitales y en ellas podréis obtener mayores recaudaciones, sí sabéis plantear con sagacidad vuestras gestiones y se las respaldáis con estudios de factibilidad que demuestren la posibilidad de implantar y de mantener un gran diario en esta ciudad. Estoy seguro que y la generosidad nacional sabrá responder a la demanda potosina.

Pero si aún no fuera suficiente, quedaría la tercera etapa: el financiamiento exterior. Se pueden obtener créditos blandos de organismos internacionales o de países amigos. Potosí ha enmudecido, perdió la voz. La garganta que un día pasmó al mundo con sus trinos de cristal, debe resonar nuevamente en el orbe americano. Y así como la Brown University de los EE.UU. hizo posible la publicación de la monumental "Historia de la Villa Imperial" de Arsánz Orsúa y Vela, no dudo que no faltarán instituciones o magnates que se adhieran al noble propósito de devolver su voz a Potosí.

Necesitáis, de toda urgencia, un gran diario moderno y lo tendréis. Para ello se requiere que todos los potosinos se pongan en febril actividad. Habrá muchos obstáculos en el camino, muchos instantes de duda y desfallecimiento: todos pueden ser vencidos. Sólo se requiere imaginación, atrevimiento, capacidad de organización, tenacidad.

Escucho ya el zumbido de una moderna rotativa y el aleteo de los primeros ejemplares del gran diario potosino que surcarán los cielos de la Patria como palomas augurales...

XIII

Pero un diario, con ser importante, es sólo una de las grandes y múltiples tareas que os aguardan.

En los Chichas hay que crear la grande y moderna producción agropecuaria, en escala mayor. Con la persistencia de años y esfuerzos agricultura y ganadería pueden hacer de vuestro departamento un emporio de riquezas. En los Lípez existen grandes yacimientos azufreros y de otros minerales. En general toda la minería potosina puede y debe ser revitalizada Si se aúnan la acción estatal y la iniciativa privada. El salar de Uyuni es un tesoro intocado; ya la petroquímica ha puesto sus ojos en él. Las pampas de Lequezama en la provincia Cornelio Saavedra podrían producir, entre otros productos, trigo para abastecer a toda la Nación. Hay que construir caminos para vertebrar vuestros mercados internos. Y necesitáis escuelas, hospitales, mejorar y ampliar los servicios públicos en esta capital y en las provincias. Hay que volver a dar impulso a los deportes y vuelo a las actividades culturales. Hay que buscar un nuevo cauce humano a los trabajadores de las minas, para que no agoten sus vidas en la oscuridad de los socavones y puedan recuperarse mediante técnicas modernas de organización social. Hay que crear empresas y actividades nuevas para diversificar vuestra economía y potenciar vuestras energías creadoras. Hay que organizar el turismo internacional hacia la Ciudad Única en gran escalada. Hay que luchar por un aeropuerto amplio que intensifique el tráfico aéreo a este bastión de torres, cúpulas y montes. En fin: hay tanto por hacer, organizar y desarrollar en Potosí, capital y provincias: comprendidas, que si os movéis con fe, entusiasmo, dinamismo y constancia, podréis ver en el año 2000 al nuevo Potosí, capital y que soñamos todos los bolivianos: otra vez clave de América.

XIV

En este saludo cordial a vosotros, no puede faltar el homenaje a "Gesta Bárbara", movimiento juvenil renovador en la cultura nacional que impulsaran los talentos de el Armando Alba, Gamaliel Churata, Walter Dalence, la Carlos Medinaceli, Félix Mendoza, Alberto Saavedra la Nogales, Valentín Meriles, Daniel Zambrana y otros.

Otro grupo iconoclasta, de menor importancia, pero también de tendencia avanzada y revolucionaria en lo: intelectual, lo constituyeron Hugo Bohórquez, Luís Wayar, Roberto Leitón — excelente — cuentista y escritor — Marcelino Ugarte, Rubinic de Vela.

Víctor Valdivia en Buenos Aires, Rubinic de Vela en Paris, dibujantes y artistas, dieron renombre a la plástica a potosina. Ricardo Bohórquez, le gran corazón espíritu creador maestro, pintor y escritor debe ser recordado. Lo mismo que Manuel Frontaura a Argandoña y Saturnino Rodrigo, fecundos escritores a cuyos libros y actuaciones en la diplomacia honran al pensamiento potosino. ¿Será necesario decir que Carlos e Medinaceli es otro de vuestros grandes valores? Tampoco olvidaré a Vicente Terán, adentrado en lo vernáculo. Entre los valores jóvenes he leído con agrado a Wilson Mendieta Pacheco, notable e animador de la Universidad y la cultura potosinas, a Edmundo Heredia, a René a Leitón, a Jean Russe, a Mario Araujo. Y cierro esta evocación afectuosa con el nombre de Hugo Bohórquez, amigo entrañable catedrático, hombre público, escritor, amigo leal y varón de conducta irreprochable, que me acompañó como Secretario General en la Comisión de Reforma Educacional en 1954 y que me honró prologando la 2a. edición de mi "Literatura Boliviana" impresa en Madrid.

¡Cómo quisiera nombrar a tantos ilustres ciudadanos, prestigio de vuestra tierra y decoro del país! Mas la endeble memoria sólo permite recordar estrellas solitarias del firmamento potosino. Por ejemplo ese abnegado educador que fué Corsino Rodríguez. Un jurisconsulto de talla: Luís Serrudo Vargas. Un penalista cuya fama ha trascendido las fronteras patrias: José Medrano Ossio. Valores intelectuales y hombres públicos consagrados como Santiago Schulze, Abelardo Villarando, Luís Ossio Sanjinés, Oscar Bonifaz. Un penalista cuya fama ha trascendido las fronteras patrias: José Medrano Ossio: Un político que todos respetaron aunque no compartieran

sus ideas: Vicente Leitón. Los pintores Teófilo Loaiza, Fortunato Oropeza Yapur, Aoiz, Alandia Pantoja. El compositor Alberto Villarpando Buitrago. Y hay tantos más.

XV

Cierto que el mundo de hoy exige técnicos, profesionales, expertos, ingenieros y arquitectos, planificadores y organizadores de empresas, economistas y financistas. Mas no dejéis de producir poetas, escritores, artistas porque difundir ideas y crear belleza es tan importante como levantar ciudades y regimentar muchedumbres.

Antaño predominaban arte y pensamiento. Hoy es la hora de economía y desarrollo. Pero el hombre integral debe mirar a la técnica y al humanismo simultáneamente.

Buscad la fusión de los ideales con la vida práctica.

Modelad varones y varonas para el siglo XXI.

XVI

Palingenesia — decía el griego genial. Nosotros recordamos: volver a las grandes tareas seculares. Sacar el fénix de las ascuas. Templar el carácter en el esfuerzo creador. Resistir, persistir. Proyectarse al futuro con las alas del duro presente combativo. Esa mística de resurgimiento pide un Caudillo, pero ese Caudillo no debe ser foráneo. Tiene que ser un potosino. Necesitáis otro Linares, otro Frías, otro Omiste, otro Alba. Buscadlo entre vosotros mismo un alma joven o espíritu maduro; y si no lo halláis, inventadlo, modeladlo, hacedlo crecer con vuestra fe, con vuestro amor. Que tenga algo de héroe, de santo, de idealista y constructor. Infundidle una fortaleza a diamantina que no puedan romper ni el oro de los ricos ni el odio de los malos. Y cuando encontréis ese Varón — Guía, el nuevo Moisés que deberá conducirnos a la tierra prometida del Nuevo Despertar, dadle toda vuestra confianza, todo vuestro entusiasmo, todas vuestras energías, porque no hay caudillo posible sin pueblo que lo respalde, ni pueblo grande sin caudillo que lo encarne y lo conduzca.

Y no hablo de caudillaje para asaltar el poder — cosa vil — sino de caudillaje moral, de aventura cívica, de tarea civil, de empresa superior de recuperación ética, de sana organización social. Pensad en los años que vendrán. Nueva Patria, nuevas leyes, nuevas ideas, nuevos líderes. Yo, personalmente, quisiera que ese Conductor Ideal para un mañana portentoso de Bolivia, sea también un potosino.

XVII

Dicen que Catalina de Erauso, la Monja — Alférez, manejaba una espada relampagueante que sacaba chispas de la noche potosina.

Dicen que Alonso de Ibáñez, suave como la vicuña en su hogar, se trocaba en puma agresivo y andaba a zarpazos para defender su libertad y sus derechos.

Que esa fibra guerrera y ese designio de justicia vuelvan a brillar al servicio de una causa noble: la causa sagrada del resurgimiento de esta ínclita ciudad y de vuestro departamento imponderable.

Aconsejaba el poeta Menandro: "No desespere quien pretende; todo lo consigue la perseverancia. "Esto es lo que necesitáis vosotros: imaginación y voluntad. Amar a la deidad de los varones fuertes y ambiciosos: la Perseverancia. La que no se rinde jamás. La que hace de cada corazón — varonil o femenino — un Potosí de coraje y de grandeza.

"Sumaj -Orcko": Destino Insigne. El más bello, el más mayor expresaría un apóstrofe redundante. Morada del Misterio. Clave de energías. Cresta del oleaje que petrificó la tempestad geológica. Osario de proezas y leyendas. Cuna de todo atrevimiento. Madre del mundo potosino.

Tatarabuelo de los periodos ilustres. Gloria de la historia. Deslumbramiento de las artes. Tesoro inagotable. Vena fecunda. Árbol de ramas múltiples. Ave renaciente. Cofre de sabiduría. Manantial de esperanzas. Y en lengua esotérica o simbólica "Sumaj -Orcko" quiere decir también El que más Da, El que levanta los Corazones, El que concede fulgores de plata al Sueño y al Entusiasmo de los hombres.

Así sea, Padrino de la Villa Imperial de Potosí, orgullo y maravilla de Bolivia. Para siempre!

Mayo de 1975

POTOSÍ; GRANDEZA EN ABANDONO, CORAZÓN DE BOLIVIA

I

Suele pensarse que Potosí es un museo fabuloso que la historia y el tiempo petrificaron en monumentales estructuras. Glorias del pasado. Grandeza augusta.

Pero apenas pisé su suelo insigne, sentí el andar pausado y silencioso del puma tranquilo que moviliza sus acciones, Porque una fuerza oculta — hermética a los desaprensivos — subyace en el recinto imperial y como lo empina y enaltece todo bajo el embrujo de un pasado que transvive al hoy y trasciende al ignoto futuro.

Estupor: es la primera impresión. ¿Como este corazón de Bolivia pudo pasar a grandeza en abandono? ¿Que hicieron los potosinos, que hicimos los bolivianos por esta fábrica de magnificencia y de belleza, un día asombro del universo?

Morada de los antepasados. Casa de los tatarabuelos. Solar heráldico de la raza y sus hazañas memorables. Ahora sin voz.

Bajo un cielo de porcelana azul, Potosí nos habla con lengua de verdad y poesía: carece de periódicos, no puede expresar lo que siente ni lo que necesita. Solamente por las radiodifusoras circulan las noticias. Y aunque el movimiento de trabajo y comercial es intenso, un aire de soledad ciñe como cinturón de melancolía la urbe de Plata.

El gigante argentífero que la amamantó la Colonia, la República lo contempla en letargo. Solo hablamos de sus glorias pasadas, admiramos sus templos y monumentos. De su decaer actual, de sus premiosas necesidades, poco o nos preocupamos.

Vergüenza para Bolivia que la tierra más entrañablemente boliviana sea la menos escuchada, la menos atendida en su progreso y desarrollo.

Impresiones del primer día. Hermosísima la ciudad: no se parece a ninguna. Las gentes cordiales de hospitalarias. Iglesias, monumentos históricos, portadas señoriales, plazas, calles estrechas, de línea sinuosa, cúpulas y tejados antiguos, un balcón colonial, una reja primorosa, cualquier detalle trasciende a novedad y encantamiento.

Lo viejo y lo nuevo se contrastan. La Casa de Moneda con sus muros ciclópeos, Universidad con su torreón avizor. San Francisco es un portento, la Basílica deslumbra. Lástima que a su flanco izquierdo se levante un cubo moderno que es un sacrilegio arquitectónico. El ojo no cansa de admirar tan maravillas. El espíritu analítico protesta. Se debió preservar, aislar el casco viejo de la ciudad, conservar construcciones y monumentos dentro de su natural fisonomía, evitando herejías las modernistas, como el feísimo el cemento que recubre y columnas de San Bernardo cuando la piedra saliente y dominante es la más bella presencia de la arquitectura colonial.

De pronto templos en derrumbe. Del templo de Compañía de Jesús, sólo torre enhiesta y armoniosa San Bernardo únicamente techos cupulares y el gran lienzo frontal, el interior ruinas. El gran Hotel 4° Centenario inconcluso. Pocas calles enlosetadas, mucha al natural. Edificios que piden gritos refacción. Intenso tráfico de camiones, de buses, de taxis. Mercados llenos de gentes, bien provistos, como si aquí se concentrara el flujo comercial del país.

Todo limpio, ordenado, acogedor. El potosino ama su solar natal, aún así, olvidado por muchos.

Y como sucede con la imagen augusta de nuestro "Illimani" en La Paz, la silueta grandiosa del Cerro Rico preside los días y las noches del legendario Potosí.

El asombro y la tristeza señorean el alma: ¿cómo la Villa Imperial pudo descender a ciudad pacífica, en simiolvido, donde una sola vez a la semana llega un avión?

Pero aunque la capital y las provincias del gran departamento no estén incorporadas al fuerte ritmo de aceleración y desarrollo de la patria, la tierra de Alonso de Ibañez captura desde el primer contacto al visitante.

Tiene magia. Unos ocres, unos pardos, unos celajes de oro y azul. Unos lienzos de piedra que hablan por si solos. Silencio y soledad en ciertas callejas apartadas. Por otras vías el río rumoroso de las voces y del tráfico febril. Los templos nos llaman: quieren ser conocidos. Museos y monumentos nos detienen: tienen tanto que mostrar. Patios que hubiesen hecho la delicia de Azorín, balcones y techumbres que habría cincelado la prosa de Gabriel Miró.

Aquí nació Bolivia, aquí se encumbraron Charcas y el Alto Perú.

Junto a los prodigios del pasado, persisten las últimas formas del señorío y de la cortesía. Porque el potosino, señor u hombre del pueblo, dama en trabajadora, es alma de afectos y sutiles delicadezas la conducta. Posee vida interior, se sobrepone al afán materialista. Amigo al primer encuentro, se torna hermano en pocos días.

La ciudad, en pendiente, tiende hacia el Cerro. El Cerro acuna amorosamente a la ciudad.

¡Que drama de sangre y opulencia, de dolor y pasión en cuatro siglos de tormenta humana!

Pero también silencio y soledad dicen de una espiritualidad recóndita. El suelo austero modela varonil al habitante.

Antes mitayos, esclavos, la nativos explotados. Ahora obreros, artesanos, técnicos, comerciantes, laboriosas mujeres de los mercados, "palliris", vendedoras. Savia fecunda. Y una sociedad que hace honor a su tradición y a su cultura.

Potosí deslumbra los ojos, golpea el corazón. Sigue entregando sus riquezas, pero también tiene mucho que reprocharnos. Es el primer encuentro. La ciudad-museo pide vigencia humana, modernísima.

POTOSÍ; GRANDEZA EN ABANDONO, CORAZÓN DE BOLIVIA

II

Tres son los polos de actividad en torno a los cuales gira el acontecer urbano: el Cerro Rico, la Universidad, la Casa de Moneda.

Sólo encomios para la ilustre Universidad "Tomás Frías": no deja resquicio a la crítica. Modelo en su planta estructural, lo es igualmente en punto a organización y funcionamiento. Lleva varias horas visitarla con detención. Posee laboratorios tecnológicos, equipos de investigación, modernísimos, que sirven a los estudiantes y a la industria. Internados para varones y para señoritas. Biblioteca y archivos. Un museo en agraz. Catedráticos maduros, de gran experiencia y profesionales jóvenes, de ímpetu remozador. Docencia y estudiantado se comprenden, se respetan. Aquí se estudia, se trabaja, se irradia saber y se anima la cultura potosina.

Imposible recordar todas las distinguidas personalidades que nos fueron presentadas. Evocamos al Rector Jaime Delgadillo Schulze, un gran señor, jovial, sagaz, que maneja con guante blanco esa casa de sabiduría y es el perfecto anfitrión. Al Vice- Rector Ing. Filiberto Zuleta, parco de palabras como buen científico. Al simpatiquísimo doctor Dulfredo Zambrana, pozo de anécdotas y amigo Insuperable. Al eminente penalista José Medrano Ossio. Me cruzan como saetas otros nombres: los catedráticos Rojas, Chumacero, Moscoso, Villalba, Barragán, Howard, Loayza, Ávila, Yapur, Ramírez, el locuaz y gentilísimo jefe del departamento de matemáticas profesor Eduardo Ríos. Y para cerrar la evocación, la personalidad desconcertada de Wilson Mendieta Pacheco, joya entre joyas de amistad, infatigable animador de la Universidad y de la cultura potosina, a cuya a guía inteligente debemos las mejores horas de nuestra visita.

¿Y qué decir de Ricardo a Bohórquez, alma de muchos registros, hombre público, pintor, catedrático, dramaturgo, escultor, deportista, notable propulsor de obras útiles, gran potosino por los cuatro costados?

Las Facultades de Tecnología, de Ciencias Sociales, de Ciencias Puras y Naturales, de Artes y Arquitectura y de Ciencias de la Salud abarcan 27 profesiones y acogen más de 2500 estudiantes.

La investigación científica corre pareja con la actividad cultural. Los departamentos de Registros e Inscripciones, de Estadística, de Administración, de Auditoría son modelo en su género.

El edificio dominante requiere expandirse en el futuro, pues la universidad "Tomas Frías" crece sin cesar.

En ella fraternizan obreros y estudiantes, catedráticos e intelectuales. Es un hogar de bolivianidad.

Desde su alto torreón es de donde mejor se avizora el "Sumaj-Orcko". Al primer impacto visual, en la tarde soledosa, quedamos hechizados, en silenciosa contemplación. Un gigante de manto piramidal, envuelto en su clámide de púrpura y violeta, matizada de ocres y de pardos indecibles, nos miraba imponente. Se diría un guerrero gigantesco, fatigado de lidiar con el tiempo. Un amauta entristecido por las decepciones del vivir. La hazaña geológica que petrificaron las edades. Y de pronto el pasmo de la revelación sacudió los corazones: el monte insigne se transformó en un dios hermético y esfíngido, el que hizo temblar al Inca Huayna-Capac, el que detuvo al caballo piafante de Bolívar, el que se revela únicamente a los que aman el mito y su mensaje.

Sube solo, en tarde despejada al terreón de la Universidad: el "Sumaj-Orcko" hablará contigo.

Por el "Bulevar" — tres cuerdas muy bien pavimentadas, flanqueadas de tiendas — discurren de 7 a 10 los potosinos. Es un paraje animadísimo, lugar de citas, de encuentros, de negocios, de comentarios chispeantes porque estos montañeses desbordan de ingenio y fina sátira.

El frío semejante al paceño. Se combate con el "majuelo" a base de singani y el calor de la amistad.

El Hotel 4° Centenario, obra del argentino Noel, es un bello edificio, a medio construir. Faltan 200.000 dólares para concluirlo y podrá rivalizar con cualquier establecimiento del género. Buena comida, buen servicio. Existen otros establecimientos recomendables.

Los teatros "Omiste" y "4° Centenario" amplios pero requieren ser equipados.

No alcanzamos a visitar escuelas ni colegios, más de charlas con maestros se desprendió que faltan aulas y material escolar. En provincias y en proximidades a la capital, no hay bancos. El déficit educativo rebasa la capacidad fiscal. El "Pichincha" fundado en 1826, es legítimo orgullo de Potosí.

Abundan las instituciones de cultura. Conocimos la Unión de Escritores y Artistas, el Centro Cultural "José Enrique Viaña", la Alianza de Mesas Redondas Panamericanas, la Sociedad de Historia y Geografía, la Casa de Moneda que como la Universidad es todo un núcleo fecundo de ciencia y de arte.

En la ciudad del frío, —que no es tanto como se afirma— de la altura, de la bruñida plata y del coruscante rosicler, florecen poetas y prosistas de ambos sexos.

La ciudad satélite con sus casas modernas no altera la fisonomía arcaica de la capital. Solución inteligente.

Las radios sustituyen a los periódicos y se desenvuelven y muy activas, promoviendo y frecuentes entrevistas.

Quince flotas de "buses" hacen lo que no pueden hacer el avión y el ferrobús semanales: movilizan intenso tráfico de pasajeros. Y legiones de camiones alimentan el flujo comercial.

Si bien se mira la ciudad — museo es un febril hormiguero de energías. Un centro de convergencia de productos y de razas.

Cuando los potosinos dejan de soñar, claman por caminos, por industrias básicas, porque se restauren y salven los monumentos coloniales, por una mayor y más activa planificación para el desarrollo. Entonces la patria de la minería se convierte en crisol de iniciativa. Y todos quieren ser pioneros en la construcción del nuevo Potosí.

POTOSÍ: GRANDEZA EN ABANDONO, CORAZÓN DE BOLIVIA

III

La riqueza arquitectónica y el arte religioso de la Villa Imperial darían materia para varios volúmenes.

El recuento periodístico apenas permite mencionar algunas de sus mayores expresiones.

Por ejemplo la soberbia Basílica barroca con sus altísimas columnas en blanco, oro y verde, un coro suntuoso, la portada imponente y las tumbas de los Grandes: Linares, Frías, Bustillo, Quijarro, Loayza, Lucas y Ricardo Jaimes, Omiste, Armando Alba.

Las dos salas de la Pinacoteca Colonial en la Casa de Moneda consagradas al genial Pérez de Holguín. Los cuadros de otros excelsos pintores potosinos.

San Francisco ofusca con su magnífico lienzo frontal, la majestad de sus espacios aéreos, lo remontado de sus cúpulas, la belleza de sus altares. Acaso la más atrevida expresión de la arquitectura religiosa peninsular. Se vaga, con asombro, por sus inmensas naves. El coro y las tallas. Luego el convento y el claustro. Todo llama a recogimiento y admiración.

La Casa de Moneda, de la que se hablará después, es una nave sombría anclada en el corazón de Potosí. Sorprende por la magnitud de sus proporciones y la estructura ciclópea de su planta.

Es obvio referirse a la famosa Portada de San Lorenzo —encaje de piedra, dijo el poeta— donde entre cruzan el barroco hispano y el barroco potosino. Es un portento. Estuvo cerrado su interior.

Las calles retorcidas y empinadas. Los portales nobiliarios. Las iglesias cupulares. Los edificios públicos combinando lo antiguo con lo nuevo. ¿Por qué se eliminó la hermosa arquería de la Plaza 10 de Noviembre? ¿Por qué no se reserva intacto el cingulo ceterior de la fábrica colonial, que atesora geniales manifestaciones de la ingeniería, la arquitectura y el arte virreinales?

Asediados por compromisos entrevistas, sólo entrevimos, fugazmente, las maravillas de la ciudad. Algunas se fijaron en la retina ara siempre, como esa estupenda visión de San Bernardo, antes cementerio del que se cuentan leyendas y portentos, que con hibridismo barroco y bizantino, sus techos cupulados y su portada que rematan dos esbeltas torres sobresale netamente murado de piedra y calicanto.

Un libro para describir la prodigiosa Casa de Moneda, ese museo de museos — museo del hombre — afirma su actual director, el culto, afable y elocuente Luís Alfonso Fernández — que muestra tanto y atesora cuanto.

Ingenieros y arquitectos, alarifes y canteros, debieron devanarse los sesos para erigir este monte de grandeza, esta basílica civil, que tiene de fortaleza y ciudadela feudal.

Este monumento, singular en Bolivia y en la América del Sur, ha sido descrito muchas veces. Baste recordar que además de las inmensas maquinarias de madera que ocupan dos pisos, instaladas en 1750, Y de las secciones de cuños y troqueles, posee museos diversos de etnología, de folklore, mineralógico, histórico, arqueológico, de muebles, de instrumentos musicales, pinacotecas colonial y moderna, archivos que lleva científicamente el historiador Mario Chacón, biblioteca y muchas otras reparticiones que escapan a la retentiva volandera del visitante.

Don Armando Alba, durante 20 años, reorganizó, infundió nueva vida, y reavivó el prestigio de la Casa de Moneda con trabajo tesonero y esfuerzo creador Inigualable. Por eso los potosinos veneran su memoria.

Recorriendo el monumental recinto, pensamos que sólo puede compararse con el Castillo del Ángel, en Roma, grandeza de muchos y padecimientos de cuantos. La riqueza argentífera del Cerro Rico, que dentro de la tremenda construcción se amonedaba y acuñaba para regocijo de los tesoros imperiales, costó sudores, lágrimas, salud agotada a los esclavos y a los mulos que movían las pesadas maquinarias. Todavía se ven huellas de manos y de pies moldeadas por el uso.

Eterno drama: toda grandeza se erige a costa de dolor.

También la Casa de Moneda esparce cultura editando libros, promoviendo el intelecto, inyectando el pasado en lo presente. Y es un peñón de luz y de saber que encandila al, visitante.

El folklore provincial es riquísimo y muy variado. Hace falta un Museo Folklórico que recoja y clasifique sus notables expresiones regionales. El de la Casa de Moneda apenas es un esbozo de lo mucho que podría hacerse en la materia.

Diseminadas por toda la ciudad las obras de platería, de artesanía, los tejidos, la orfebrería y tantas cosas típicas que hablan del industrioso genio potosino.

El Prefecto, coronel Walter Caussin, hombre joven, dinámico, de franqueza contagiosa, ofrece un cocktail a los periodistas, en su "Día" y alterna jovialmente con ellos. Invitados a participar en el agasajo, absorbemos las críticas, las necesidades, los planteamientos positivos de los colegas del "Sumaj-Orcko", que se manifiestan cordiales, amistosos, sin dejar de ser inquietos e incisivos.

Otra noche reunión en la cena que nos ofrece la Universidad, en la cual se bascula entre lo serio y lo risueño: Prefecto y Rector, llevan la batuta. Se debaten agudos problemas que son matizados con finos rasgos de ingenio. Cordial camaradería. Pensamos que aquí todos se entienden. Será verdad tanta belleza?

Giras de roa y de noche, disparados a los cuatro puntos del horizonte. Cualquiera que sea el ángulo desde el cual se mire, Potosí bifronte ofrece dos imágenes: una mira al pretérito, otra al futuro. Y es andrógino de alma, porque anuda reciedumbres de varón con ternezas de mujer. Y se quiere no salir nunca de esta pequeña gran ciudad primorosa en su acogida, altiva en su recato, emperadora del misterio.

POTOSI: GRANDEZA EN ABANDONO CORAZON DE BOLIVIA

IV

¿Por qué la noble Villa emperadora del misterio?

¡Mirad bien, pensad largamente! Podría ser que en el declive mineralizado 2 y 2 no sea 4 sino 5. Todo está en trance de mutación y descubrimiento, aún habiendo sido mil veces interpretado.

Fluyen historias, leyendas, tradiciones, consejas. Fantasmas y prodigios. Sucesos mágicos. "Tapados" que acarrear locura. Vetas que provocan desdichas. La mano invisible del Diablo surca el relato colonial y ensombrece los temores presentes.

La fortuna juega con las gentes: engrandece o triza voluntades. Una voluntad de vencer, de crecer anima al potosino.

¿Existe la ciudad subterránea, cruzada de túneles y pasadizos misteriosos que conectan templos y conventos? ¿Y los tesoros de obispos y de frailes, de nobles y guerreros que custodian los gruesos muros de los edificios antañones? Voces de maldición se transmiten junto a milagros de la fe. Archivos y paredes se anillan en torno a secretos fabulosos. Minas y papeles tienen tanto que decir...

Cada monte un enigma, cada bocamina un sortilegio. Hay un Potosí arcano, que rebosa de ocultas excelencias. Otro actual, dinámico, vivaz. Y otro indescifrable, brujo y poético a la vez. Y otro, y otros mas... Porque aquí alma y materia se escalonan plano sobre plano, historia y hombre contrapuntean, arquitectura e imaginación vuelan osadas.

Se nos había dicho: "las gentes de Potosí son las mejores". Conocerlas es verificarlo. Lo mismo en las clases cultas que en las humildes, la bondad, la hospitalidad, la nobleza de sentimientos son característica de este pueblo.

Altiva, orgullosa — tan señor es el catedrático como el minero — la gente potosina se abre alegre y confiada a la amistad. Extraña mezcla de sensibilidad quechua y estoicismo aimara. Grave de apariencia, el poblador se torna afable y decidor si se despierta sus fibras íntimas. Versos y músicas en sus labios. Despertar ternuroso en su alegría. Recordamos un bello poema escuchado a la poetisa Ada Castellanos de Ríos sobre el Inca Huayna-Capac y el Cerro Rico. Otros dos, en quechua, luego traducidos, por esa gran dama que es la viuda de don Armando Alba, la señora María Luisa, autora de los lindos versos quechuas de "Floreció en mi corazón". Y un hermoso

poema que Felipe Morales declamó en quechua, tan sentido y conmovedor, ("Ima Pajñata Kausani") que yo quise traducir como "Para qué nomás ya vivo", bautizando al declamador como "Huallparrimachí" al cual todos evocamos con honda emoción.

Así es la gente potosina, corajuda y tierna a un tiempo.

Alternamos con obreros, mineros, choferes, mujeres del pueblo, vendedoras y artesanos. Todos, como los profesionales y los técnicos, hidalgos de conducta. Sencillez, sinceridad, cálida simpatía. El gran hogar altiplánico se abre confiado a bolivianos y extranjeros.

En las mesas redondas con escritores y periodistas, se trató de todo: política, cuestiones sociales, urgencias departamentales, cultura. Volaban las preguntas penetrantes unas, aviesas y otras. Recordamos una en la piscina de Tarapaya, a la sombra de los álamos esbeltos mecidos por el viento, cuando pulsamos la sana rebeldía y el inquieto avizorar de esa juventud. Con los maestros, dilucidar problemas escolares, Con los artistas discutir escuelas. Con hombres de conducción atisbar la complejidad de los problemas potosinos, que son muchos.

Y de todos recogimos el reproche unánime: salvando excepciones los potosinos ricos, que levantaron fortuna, levantaron también sus carpas en busca de otro cielo. Muy poco o nada hicieron por el terruño. Atribuyendo a la poliglobulia la necesidad de emigrar, se van, se van como palomas ingratas y se llevan todo lo extraído a la tierra materna y generosa. ¿Poliglobulia biológica o poliglobulia crematística? Señalaron muchos nombres que callo para no herir a nadie: que su conciencia los deje dormir... si pueden.

Pecado contra Potosí, contra la nobleza del ser humano, que los engrandecidos a su amparo prosperen y se trasplanten.

Visitamos la casa y la familia de Ricardo Bohórquez. Ambiente hogareño y señorial a la vez. Nido de artista. El fervor del amor de su tierra brillaba en los ojos. La esposa una dama distinguida. En el hogar de Wilson Mendieta Pacheco, sencillo y acogedor, dos encantadores niños. La señora Hortensia, bella y gentil, vela por los suyos cumplidamente y aún se da tiempo para gerentar una empresa comercial. Comentamos el Año Internacional de la Mujer y al deslizar la pregunta: "¿Usted se atrevería a ser líder en esta ciudad?", la mujer joven y osada responde con naturalidad: "¿Por qué no? Que crezcan mis hijos". Conocer a la familia de don Armando Alba es un regalo del espíritu: su viuda, sus hijos y sus nietos, almas de fina cepa, rinden culto a la memoria del gran desaparecido. En la quinta del expansivo amigo Miguel Ferrada, todo invitaba al animoso recogijo. Parrillada, discursos, chispas de ingenio, cuecas y bailecitos, anécdotas y brindis, mirando al patio del que fuera antaño Cuartel de los Oficiales del Rey. Gente madura y gente joven, alternando sin trabas.

Solemne Misa Cantada en la Basílica. Coros tiernísimos.

Luego viaje a Tarapaya, laguna que exige su tributo de ahogados. Y el agua que bulle hirviendo en el Ojo. Y la piscina acogedora. Y el paisaje de sueño. Y "El Molino", finca que fue del presidente Arce, hoy de la familia Mendieta Ramírez que conserva un salón colonial soberbio, una hermosa capillita, jardines que sólo se visten de gala en primavera. Y la encrucijada de cerros colorados donde la tradición ubica la Casa del Diablo. Y tantas cosas bellas, novedosas que desfilan en visión cinematográfica.

Así es Potosí, cuajado de encantos y sorpresas. Y lo mejor sus gentes, de alta calidad humana, maestras de simpatía.

Cartas al Director

PARA DON FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Señor Director:

Rogamos a Ud. quiera dar paso a la siguiente carta:

Las componentes de la Fraternidad de Damas; Potosinas en esta ciudad, hemos dado lectura, muy complacidas, a sus meditaciones sobre Sumaj-Orcko de Potosí. Agradecemos muy de veras a tan distinguido escritor todas las expresiones vertidas en la misma

Efectivamente Don Fernando, los potosinos vivimos añorando tan sólo el pasado con un frío glacial impresionante, pero tuvo que ser usted el que ilumine, empuje y exhorta para que en la Villa Imperial blasonada, vuelva a circular un periódico como hubo otrora, en el cual se pueda reclamar, pedir, censurar, agradecer, recordar, etc. Gracias una vez más, Don Fernando, por su valioso aporte de arranque para el futuro rotativo que será una realidad.

Usted incentivó a mucha gente, nosotras estamos en el deber de Emplazar a todos los potosinos y bolivianos en general para que brinden su aporte intelectual y material para el resurgimiento de Potosí; Ud. indica reclamar por los derechos de Potosí, nosotras decimos: No hay que balar como la oveja triste sino rugir como el león fiero, y tan sólo así se conseguirá el resurgimiento del Departamento.

Con este motivo, saludamos a usted atentamente,

Gladys de Kiriguin,
Presidenta

Betty de C. de Flores,
secretaria de Prensa y Propaganda

POTOSÍ: GRANDEZA EN ABANDONO CORAZÓN DE BOLIVIA

V

Para un pensar hegeliano Potosí es la ciudad concreta, inmanente, que se realiza en la historia y obedece a la lógica de lo real — humano. Para un sentir kierkegaardiano, Potosí es la patria del espíritu, lo que despierta y acicatea la indagación subjetiva, rica de contrastes y conflictos, que en su desgarrado devenir trasciende a futura redención.

Unos lo ven concluido, otros renaciendo apenas, los más abismo de historias, los menos taller de fantasías. Núcleo de posibilidades en espera. Sagrario de palingenias estupendas. Límite y apertura a la vez. El que mucho enseña, el que todo lo da, el que sugiere y acrecienta la imaginación. Y es que Potosí, como el diamante azul cuaja en facetas que azulan todo cuanto su nombre enciende.

Aquí se tocan lo eterno y lo fugaz, lo concreto y lo transitorio. Un tiempo muy viejo, un espíritu muy joven. Confinan religión y superstición. El "Tío" y la Virgen guían al minero, Dios y el Azar al potosino. Y junto a los esforzados seres de carne, hueso y alma, flotan presencias fantasmales, voces, sombras sutiles que habitan las penumbras. Y todo puede ser porque todo ha sido ya. Ni temor a la muerte ni miedo al espanto. Mas bien amor a lo, desconocido, a la aventura. El potosino es varón de intrepidez de riesgo y sacrificio. Y habita en dos dimensiones del espíritu: la del recuerdo, intensa, inesquivable; la de la buena esperanza, orgullosa, sostenida.

Pero quien no visitó el Cerro Rico no conoce ciertamente a Potosí. Había que escoger: penetrar a los socavones o trepar el monte. Entramos a la mina en Siglo XX y en n Huanuni; por eso elegimos la ascensión.

Visto de la ciudad el "Sumaj-Orcko" finge un cerro de fácil acceso. Parece no muy grande. Pero se pone la planta en y aparece en su tremenda magnitud. Es un monstruo geológico. La ascensión en vagoneta, tarda casi una hora por caminos peligrosos, transitados por camiones y "jeeps" sin descanso, en un trazo circular que recuerda la Torre de Babel pintada por Brueghel. Subida que aparenta no tener fin y en el curso de la cual se observan las bocaminas, parajes desolados, terremotos telúricos provocados por el hombre.

El Ingeniero Medrano, de Pailaviri, hace de guía y es un mundo de información. Hay dos teorías: una que el cerro desaparecerá en 150 años porque es todo agujeros; otra que la estructura rocosa es tan sólida — como la caparazón de la tortuga, afirmaba un minero — que jamás se derrumbará.

Se debilitaron las vetas de plata. Ahora se extrae estaño. ¿Qué aparecerá mañana?

La espantable pirámide eleva encima de los 4.800 metros. Y es un emporio de riqueza mineral y un caudal de riqueza histórica e imaginativa. Mole dé los milagros. Triángulo de las maravillas.

Llegamos a Caracoles donde se detiene la vagoneta. Los últimos 80 metros hay que subirlos en el caballito de San Fernando: unas veces a pie y otras andando. No existe una senda fija. A trechos se resbala en la roca. Se trepa lentamente con descansos inevitables. Una vez en la cúspide, ahora reducida y mellada por los buscadores del mineral, se empina todavía un pequeño promontorio al que se llega casi izado por manos amigas.

Es el vértice final del monte insigne. Un panorama grandioso, aterrador, Hay que vencer el vértigo del tremendo vacío circundante, antes de poder observar el paisaje.

De pie sobre la cúspide que pisó Bolívar y a la cual subió también como un gamo el General Barrientos, contemplamos una visión deslumbradora. Un espacio aéreo, cóncavo, grandioso, que cruzan los vientos. Al fondo el Chorolque, el Malmisa, la Cordillera de los Frailes, las serranías de Kari-Kari (el muy hombre) y el pico atrevido del "Huakajchi" (el que llora o el que hace llorar) plétórico de minerales, difícil de explotar.

Se divisan varias lagunas en planos diferentes. En lo hondo, muy hondo, Potosí y Cantumarca, la ciudad primitiva, como cajitas de fósforos, Casi mil metros abajo. El paisaje abunda en quebradas, montes y colinas. Todo tan encrespado que no se comprende cómo podría levantarse aquí un aeropuerto de grandes proporciones. Y sin embargo el hombre de la técnica lo puede todo.

Reportaje de Radio "Kollasuyo", mientras silba el viento y el vacío ronda con sus fauces desmedidas. Preguntas audaces, acosantes que hacen perder el equilibrio mental. Estos jóvenes potosinos practican un periodismo radial de corte atrevido. Respondemos al desafío inquisitivo. Vuelan versos y anécdotas. Digo cuartetos de Tamayo como homenaje al "Sumaj-Orcko".

Un vistazo final desde la sublime eminencia e iniciamos el descenso.

Nos obsequian seductoros muestras de rosicler. Nos explican cómo son los diversos sistemas de trabajo en la Unificada, en las Cooperativas y en empresas menores. El Cerro legendario, agujereado y explotado por todos, sigue nutriendo a las generaciones.

Y su mole portentosa sigue y siendo el desafío de la a naturaleza al esfuerzo humano.

Riqueza y belleza a un tiempo mismo. Sin el "Sumaj-Orcko" y sus minerales — cerro y contornos — tambalearía la economía potosina. Sin su presencia lo dominante la ciudad quedaría como descabezada.

Si le visitáis las entraras os aguarda un infierno de socavones, de tajos, de lo heridas telúricas, de galerías y huecos sin fin.

Si llegáis a su cúspide conoceréis el cielo de las grandes alturas.

Rendimos conmovido homenaje a los mineros de la Colonia y la República que des—vivieron en estos laberintos de plata y rosicler.

POTOSÍ: GRANDEZA EN ABANDONO CORAZÓN DE BOLIVIA

VI

"Sumaj-Orcko", destino insigne, triste destino. Ayer orgullo de todos, hoy por todos olvidado. A veces hasta por los propios potosinos emigrantes o indolentes.

Pero esta grandeza en abandono puede y debe transformarse en colmena de actividades creadoras, si potosinos y bolivianos emprendemos una cruzada de resurgimiento por la ciudad y el departamento postergados.

Claro está que el Gobierno Nacionalista daría el impulso mayor.

Y si se pregunta por qué Potosí es el corazón de la Patria, diremos: porque es su espejo, el que devuelve imágenes de grandeza y desventura. Lo más entrañablemente boliviano, lo típicamente nuestro. El crisol en que se funden topologías y características étnicas y psicológicas. Hasta me aventuraría a expresar que las coordenadas del acontecer nacional se amarran y confunden en los rasgos típicos de la vida potosina, tan original, tan fidedigna, que peralta lo nativo, lo mestizo y lo occidental y los conjuga en la genial conformación del ser irrevocablemente sudamericano.

A ese corazón de Bolivia tenemos que darle mucho por lo muy mucho que nos dió. Sus latidos generosos piden la gratitud y ayuda.

Y no sólo a la ínclita ciudad. También sus provincias, sin caminos, sin medios rápidos de comunicación, yacen aisladas. Los potosinos piden poco y piden mal. Tenemos que incitarlos a una planificación integral, al esfuerzo organizado para el progreso. Allá, al pie del "Sumaj-Orcko", aquí en la de Hoyada Ilimánica, en todo paraje donde palpita un corazón potosino y donde aliente un pecho boliviano. Porque ésta si que será empresa colectiva, tarea nacional: devolver la fe, la confianza en el espíritu de cooperación, la voluntad creadora a los hermanos injustamente postergados en los últimos decenios.

Algo se viene haciendo, pero es poco y lento. Ellos se sienten olvidados. Comprueban su retraso. Ven como siguen fugando impávidas sus riquezas dejando sólo boquetes en las minas y desaliento en las almas.

La Universidad debería capitanear esa cruzada por el renacimiento potosino, que saliendo de la prédica idealista e tipo práctico, hasta hacer del gran departamento en letargo una usina de energías creadoras.

Deber que a todos los bolivianos obliga, porque los bolivianos, todos, somos semilla y sangre del ínclito solar.

En vez de soñar en Roma o en París, en Tokio o en Madrid, visitad Potosí. Cuesta diez veces menos y se absorbe diez veces más. Es como levantar el velo de la Patria y contemplar la cara hermosísima alterada por las desventuras y el padecimiento. Veréis la auténtica Bolivia, la señorial, la popular, timón de historia y de belleza forjado con los hierros del dolor potosino y de sus ávidos metales. En cada esquina una sorpresa. En cada portal una enseñanza. En cada columna una lección vertical de autenticidad.

Gentes bondadosas, como ya casi no se encuentran en el planeta. Ricas de humanidad, de espiritualidad.

Al pie del cerro inmemorial, uno se siente a como en la intimidad del el propio hogar.

Y si leváis de recuerdo un objeto de plata, os diré que es más que un objeto de oro porque la artesanía potosina se bruñe con la fatiga y la esperanza de sus artífices nativos.

El departamento de las ingentes riquezas mineras, será mañana un emporio agropecuario capaz de sustentar a toda la Nación. ¡Y aquello que guarda todavía el Salar de Uyuni! Es más lo que se esconde que lo visto.

Arrojo y desprendimiento nobleza y estoicismo, he aquí los blasones del alma potosina. Su escudo simbólico lo cruzan cuarteles de valor y lealtad. Y por penacho en la visera calada la cortesía que es decoro de buenos y de grandes.

Potosí conquista. El "Sumaj-Orcko" deslumbra. Su Casa de Moneda navega en el asombro de las generaciones. La Universidad "Tomás Frías" orienta hacia un futuro mejor.

Pero una tarea inmensa de recuperación social golpea a la conciencia nacional. En Potosí las provincias claman por caminos, los niños por aulas, la ciudad por salvación de sus monumentos históricos, el pueblo por cambios de estructura jurídica y económica que hagan menos duras sus condiciones de vida, los obreros de las minas por la libertad sindical. Y todos los habitantes de la capital porque termine la actual fuga de riquezas que sólo deja escombros y mendrugos a la Villa Imperial.

Tenemos que oír el clamor de los potosinos. Tenemos que poner el hombro en su cruzada de resurrección.

"Usted es de los nuestros" — me fué dicho. Y porque siempre llevé a Potosí en el corazón, ahora quiero servirlo en la voluntad. Que desde la cima del "Sumaj-Orc.ko" se aprende que monte y hombre solo se levantan por interior decisión.

Así sea. Pueblo nocturno que se dispone al nuevo amanecer. Potosina grandeza en olas movibles de energía. Juventud que se yergue frente al duro presente y al oscuro porvenir.

Y el "Wayna-Potosí" paceño dice al "Sumaj-Orcko" legendario:

— Siempre en tensión de altura, en trance de pelea. Destino insigne sólo al pueblo que vence de sí mismo, magnánimo y tranquilo.

Porque está escrito: serás hechura de tus actos, imagen de tus sueños.

TRISTAN MAROF



HACE muchos años dejé la crítica: ya no comento libros, salvo cuando se trata de obras extraordinarias y de autores de excepción que lo merecen. Este es el caso de Tristán Marof que hace historia y literatura y a través de casi una veintena de libros expande una vigorosa personalidad humana.

Conocí a Marof muchos años atrás. Fue en la Cámara de Diputados. Tristán, diputado nacional, recibía los furiosos embates de la derecha, de la izquierda, del centro y aún de los independientes. Este discípulo de Max Stirner y de Nietzsche, más anarquista que socialista, más luchador que hombre de fila, había fustigado con su pluma los vicios y miserias de la sociedad política criolla. Su punzante ironía despedazaba partidos y personajes. Se burlaba lo mismo de ciudades que de instituciones. Nada escapaba a la sátira agresiva del gran demoleedor. Temido por las beatas y detestado por los políticos, Marof era, entonces — sigue siendo — un caso extraño: peleaba con todos, aún con los propios socialistas y comunistas, a cuyas normas rígidas no quiso someterse.

Solo, altivo, valeroso había sido el primer socialista de convicciones en Bolivia, pero su trayectoria tormentosa por la política y su carácter fieramente independiente, no le permitieron someterse a las consignas partidistas. Además, por su coraje y su talento, hacía sombra a tanto socialista de opereta que por ese tiempo pululaba en el ambiente.

Yo escuchaba — era muy joven entonces — asombrado todos los dicterios, los insultos y las crudas palabras con que se juzgaba al luchador. El parlamento boliviano es algo cuadrillero y algo cobardón: cuando se trata de anular a un hombre, todas las ideologías se unen — envidias y rencores más — tratando de aplastar al levantisco. Yo escuchaba los epítetos pensando que el atacado no podía ser tan malo como lo pintaban de todos los ángulos del recinto camaral.

Terminada la explosión de injurias, se paró un hombre alto, delgado, una especie de Quijote criollo y con voz fuerte fulminó a sus adversarios con estas palabras:

— No contestaré los ataques en que se han confundido los sectores contra mi persona. Hace mucho tiempo que, para poder actuar con Independencia en política, arrojé mi honra a los perros.

Todos se miraron confundidos. Y Marof prosiguió su exposición en un magnífico alarde de dominio doctrinal y destreza oratoria. Nadie lo aplaudió al terminar, porque era el réprobo, el que se ríe de instituciones, costumbres, personas, el que habiendo corrido mucho mundo y sabrosas experiencias, tiene el derecho de mirar hombres y cosas con escéptico enfoque.

Antes de conocer al hombre conocí al escritor. Leí SUETONIO PIMIENTA, WALL-STREET Y HAMBRE, EI INGENUO CONTINENTE AMERICANO, LA TRAGEDIA DEL ALTIPLANO, LA VERDAD SOCIALISTA, LA ILUSTRE CIUDAD, EL JEFE, AMERICA LATINA UN ENIGMA, Y LA NOVELA DE UN HOMBRE (Memorias), etc.

Marof no es un escritor de vocación ni tiene arrestos de preciosista; es un luchador, un político, un sociólogo en acción que toma la literatura como instrumento de combate. De aquí su prosa musculada, su estilo incisivo, risueño y desenfadado a la vez, que entre sátira y sátira desliza tremendas verdades y ribetea trágicos contornos. La lectura de sus libros deja extrañas sensaciones ¿Cómo una conciencia solitaria, puede alzarse contra su ambiente? ¿Es posible tomar la política en alarde de rebeldía unipersonal? ¿Y combinar la sociología con la risa? ¿Tomar en burla lo que todos tocan en serio? ¿Atraverse con los poderosos y los fuertes cuando no se tiene nada detrás de la espalda?

Tristán es un romántico de la política. Lo dió y lo perdió todo en la lucha por sus ideas. Se hizo de temibles adversarios. Peleó, se batió, cambió tiros, escapó de atentados, respondió al libelo con el libelo, bofetada por bofetada, golpe contra golpe, silenció plumas venenosas y aturulló a famosos pasquinistas. Su figura se yergue atrevida, como un árbol estoico en la feria criolla, caballero andante de las causas que él cree justas, adversario irreductible de farsantes y follones.

Pero si levantamos la epidermis del luchador, bruscamente brota el hombre detrás del alma de pelea. Fiel a sus amigos, tenaz con los adversarios. El que ama a Bolivia por encima de consignas y dicitos. El espíritu tierno, delicado, autor de ese bellissimo poema EL LOBO SOLITARIO Y LA NIÑA DE OJOS DE CIERVA, que descubre a un finísimo poeta en el ardiente combatiente de las ideas.

Tristán es discutido. Negado, aplaudido, amado por los que lo conocen a fondo, detestado por quienes padecieron sus dardos retóricos. Como toda naturaleza superior, tiene tantos amigos como enemigos. Nunca midió el riesgo al lanzarse al ataque; es lógico que haya concitado fuertes resistencias como político y como escritor. Pero quien disfrutó de su amistad, de su conversación, de su inmensa y variable personalidad, encuentra en él un raro espécimen de hombre y de Intelectual que sorprende por la franqueza de su verbo y el Inagotable cromatismo de sus recuerdos.

Es que Marof se hizo solo: a golpes de puño con la vida y con los hombres, sin dar ni pedir cuartel. No' admitió tienda partidista ni consigna letrada. Conciencia libre, si las hay, se atuvo a su corazón y a su criterio, Por eso, en la senectud, Tristán vive en pobreza franciscana, en orgullosa soledad, admirado por muchos, buscado por pocos. Mordaz como siempre, matiza su charla con amena reminiscencias de personajes, de países, de curiosos incidentes que sólo un viajero impenitente y audaz como él pudo experimentar.

Pocos pueden entender el estilo explosivo de este varón excepcional. De este monje laico de la política que pasó por todos los ascetismos de la lucha, de la decepción, de los desgarramientos cotidianos. Pero sus amigos sabemos que debajo de la máscara de dureza y agresividad que Tristán buscó para enfrentar al destino, late el rostro varonil, generoso, de un hombre de verdad que pasa por la vida sin temor a nada ni a nadie, despreciador de poderíos y riquezas, de malandrines y simuladores, porque el Señor le dió un temple singular: ese que se puede reír de todo porque no tuvo amos ni jefes.

Tristán Marof, debido al celo y a la nobleza del pintor Ortega Leytón, que en actitud ejemplar ilustra y edita por su cuenta la obra, nos deleita con estos RELATOS PROHIBIDOS que tienen el poder de convencimiento de una novela o las múltiples facetas de un tomo de cuentos.

El autor no inventa, no se va por los vericuetos de la ficción. Sus recuerdos brotan de experiencias vividas, de trances pintorescos de su vida. "El humor es lo único que sostiene a la imaginación creadora" — apunta Marof irónico. Y en verdad, si la fuerza del trazo rememorativo, la destreza en el toque psicológico, la finura descriptiva o el bajorrelieve de las aristas el bajorrelieve de las aristas vitales deslumbran, corre por todo el libro una ironía subyacente que induce a la risa

y al hallazgo verbal. Tristán sabe contar, sabe estrujar el corazón, pero también envuelve de piedad humana sus relatos y de la penumbra de sus memorias emergen estos RELATOS PROHIBIDOS que ponen de vuelta y media figurones y figurillas de aquí y de todas partes.

¿Es que pueden existir personas tan exóticas, tan singulares como Nahui-Olin? "Diego Primavera, pintor otoña!" es un retrato magistral del pintor mexicano Diego Rivera a quien Marof conoció y frecuentó en la capital azteca. La "Biografía de un orienta!" es una acuarela henchida de ternura. "Netchaew", el revolucionario de las gafas negras, es una sátira tremenda. Creo adivinar al personaje pero me resisto a nombrarlo. "El tuerto Solares" es un aguafuerte goyesco. "Federico" el homenaje fervoroso al amigo dilecto. "El Viejo Soldado" un autorretrato que en pocas líneas radiografía al hombre y su proeza.

Cualesquier que fuere el relato que el lector escoja, disfrutará con la prosa sencilla y fuerte a un tiempo de Tristán. La narración directa, el toque incisivo, un poder de síntesis que dibuja en cuatro trazos lo esencial de una vida. Un algo quevedesco y un algo de humor británico en el estilo hiriente del juzgador altioplánico, porque Marof — lo ha declarado él mismo — es altioplánico de sustancia y de pensamiento.

No vacilo en declarar que la literatura de Tristán Marof no tiene paralelo en nuestras letras. Brota de la vida, fluye libre y suelta, como río anchuroso, absorbe savias y légamos del mundo, circula con soberbio desenfado por todas las latitudes. Y al cabo nos deja la visión penetrante del viajero que supo ver lo suyo y entrever lo ajeno con lente volteriana y mordaz, capaz de sacudir a sus lectores y de conmoverlos con la acidez de sus juicios que suelen evocar los dardos de Aristófanes.

Cuando se editen las MEMORIAS de Tristán Marof, habrá materia para una disección mayor.

Entretanto vayan al estupendo escritor la simpatía y la gratitud de sus amigos paceños, por este nuevo libro, creación de una conciencia libre y de un ingenio satírico que no tienen par en el intelecto boliviano.

Tristán Marof: el escritor que no se parece a ninguno. El hombre, también, fuera de serie.

Por su ancha vena de humanidad, por el chispeante discurrir de su visión sin velos, con algo de rabelesiano y mucho de Céline, el "viejo soldado" como acostumbra autocalificarse, es en verdad el rebelde insomitado en nuestras letras.

Diré, finalmente, que por encima del luchador y del hombre de ideas, en Tristán Marof sigue latiendo — apasionado, vibrante, indomeñable — el varón fuerte que hizo de su vida una obra de arte, eligiendo la ruta áspera y difícil de los grandes perdedores porque no supo o no quiso someterse a las reglas del juego del mundo.

Este libro rico de zumos vitales, la mitad lleno de aciertos, la mitad prieto de ingenio, es una notable expresión de esa literatura que se despoja de literatura para entrar al bosque de la verdad y la franqueza.

Anticipación de sus MEMORIAS que esperamos muchos los RELATOS PROHIBIDOS del escritor chuquisaqueño harán la delicia de sus lectores.

Para esta obra varonil, cuajada de atisbos psicológicos y de sutiles ironías, un augurio cordial y sincero: será muy buscada. Y sea extensivo el aplauso a Ortega Leytón, amigo generoso y desinteresado, que asume el riesgo de una edición señorial.

Sugestivo el retrato perfilado de cuerpo entero en la portada anterior del libro: Impecable el atuendo, la pipa escondida en la diestra, y el rostro del viejo luchador surcado de pliegues profundos como un roble secular.

ADOLFO COSTA DU RELS

Conocí a Costa du Rels cuando era niño y desde ese lejano pasado siempre le profesé afecto y admiración. Para mí generación fue un maestro de conducta y de genialidad literaria.

Cosa rara — hallar en el mismo nivel al hombre y al escritor. Esto es evidente: pocas veces el autor y la obra rayan en la misma línea de simpatía. Pero en el caso de don Adolfo la excepción violaba la regla porque fue tan armonioso el hombre como armonioso el escritor.

Mi padre, a quien lo unió fraterna amistad de toda una vida, solía decir:

— Costa du Rels es el perfecto hombre de mundo a la vez que el exquisito literato.

La diplomacia y las letras rivalizaron por atraerlo a su órbita y él tuvo el difícil acierto de mantener equilibrio entre ambas.

Comenzó su carrera diplomática como secretario de legación, desempeñó cargos de consejero, ministro y embajador con singular tino. Durante la Guerra del Chaco defendió brillantemente al país en la Sociedad de Naciones en París. Fue embajador en diversas misiones, luego Canciller de la República, después Representante ante Permanente del país en "Unesco." Su larga trayectoria diplomática lo consagró maestro en la profesión. Pronunció discursos muy aplaudidos en cónclaves internacionales pues era tan buen orador como excelente narrador.

Perteneció a esa generación inolvidable de diplomáticos-escritores, todos embajadores y ex Cancilleres, a la par que hombre de letras en la que brillaron Eduardo Diez de Medina, Enrique Finot, Luís Fernando Guachalla, Alberto Ostría Gutiérrez y donde Costa du Rels era considerado el hermano menor.

Dominando a perfección el castellano y el francés, fué don Adolfo un conversador lleno de encanto. Si profundo y riguroso en la exposición doctrinal, ameno, ingenioso para la anécdota rememorativa no conocieron muchos al varón de múltiples facetas porque vivió muchos años en el exterior sin perder las fuertes raíces que lo ligaban al suelo y al alma nacionales.

Insisto en este aspecto de su plural personalidad porque en el gran chuquisaqueño la varonía rayaba tan alto como la excelencia literaria.

Quien no conoció a Costa du Rels ignora el grado de cultura, de refinamiento espiritual, de ciencia mundana al que puede llegar un hombre salido de las montañas de los Andes. Alma profundamente boliviana, espíritu de universalidad a la vez, supo cultivar el humanismo cristiano con la ternura por las cosas nativas. Fué hombre de su tiempo y de su patria a un tiempo mismo.

No tuvo enemigos porque no se entremezcló en la política partidista; envidiosas, sí, de su personalidad, de su prestigio diplomático, de su talento literario. Hombre de extraordinaria simpatía, de un depurado "savoir faire" en todos sus actos, habría sido el modelo del gentil hombre que amaba el duque de Saint-Simon.

Sus primeras obras fueron "El Traje de Arlequín", cuentos en colaboración con Ostría Gutiérrez; "Le Sourire Navré" versos que por su forma parnasiana lo aproximaban a Sully-Prudhomme; y "Hacia el Atardecer", comedia dramática.

El libro que lo consagra ya como autor de fecunda inventiva y depurado estilo es "El Embrujo del Oro", obra que comenté elogiosamente en mi página literaria de "El Diario" titulada "Hombres, Ideas y Libros." De estas magistrales narraciones — todas son buenas — destaco "La Condesa Oro" y "La Misqui-Simi", piezas de antología. La segunda parece haber inspirado a Medinaceli para su gran novela "La Chaskañawi". Cuentos dignos de Maupassant o de Kipling.

Siguen luego, la magnífica novela "Tierras Hechizadas" que se emparenta con el mejor Gallegos por su descripción del trópico y la captación de los caracteres; y "Laguna H.3" un vívido y dramático relato sobre la Guerra del Chaco. Estos libros aparecieron en francés y en castellano: "La Hantisse de L'Or" es tan admirable como "El Embrujo del Oro" y "Terres Ensorcelées" es tan bello como "Tierras Hechizadas".

Costa du Rels ha cerrado, en vida, su carrera de narrador con otra gran novela "Los Andes no creen en Dios", en la cual describe y retrata con admirable acierto la vida de Uyuni al alborear el siglo. Ha tomado una temática afín a la de Vargas Llosa en su novela sobre la selva peruana y la prostitución vinculada con la vida castrense, pero el relato es totalmente diferente. El autor boliviano pinta con estupendo vigor de tintas llameantes el paisaje altiplánico, la caracterología de los personajes, y sobre todo el trasfondo minero. Es una novela típicamente boliviana de tema, de forma y de contenido que no empece su tendencia trágica y pesimista refleja la realidad nacional.

Paralelamente a su actividad de narrador, el fino chuquisaqueño cultivó el género teatral con visible acierto. Sus dramas "Las Fuerzas del Silencio", "El Signo del Fuego", "El Quinto Jinete" y "Los Estandartes del Rey" fueron largamente aplaudidos en el medio intelectual parisino, mereciendo la última un premio internacional. Costa du Rels dramaturgo es tan sobresaliente como narrador. Sus obras lo consagraron un autor dramático de rica inspiración, dominador de la técnica teatral a la manera de Anouhil o Giraudoux. Sólo conocemos la primera y la última que lo sitúan como el mejor autor dramático del país. "Los Estandartes del Rey" le ganaron el Premio Gulbekian compitiendo con renombrados autores europeos. Con justa razón Querejazu Calvo lo denomina "Doctor en Teatro".

Tampoco conocemos "Las Cruces de Alta Mar" ni "Amaritudine" que por referencias se sabe versan sobre la vida íntima del autor y que sin duda tendrán la misma jerarquía de pensamiento y de estilística.

En cambio leímos a fondo su biografía sobre Félix Avelino Aramayo, galamente escrita, susceptible de controversia como todo lo que atañe a la política y a la vida nacional, a nuestro gusto la menos lograda de sus obras.

Desde muy joven escuché a don Adolfo hablar de su novela "HUANCHACA" que a su juicio sería su "opus magna", la gran novela de la vida minera, pues el vivió y conoció ese distrito minero en su juventud sin que jamás se borrarán de su memoria los patéticos y trágicos cuadros del acontecer humano en el mundo mineral. Esperemos que sus herederos publiquen la obra.

Patriarca indiscutido de nuestras letras el gran chuquisaqueño nos deja una doble herencia de señorío en la conducta y de talento creador en literatura.

Justísimos los homenajes que se tributan a su memoria pues fué un varón de lujo en su trayectoria humana y en su fecunda labor intelectual.

El me llamaba "el marinerito" porque así me conoció en la niñez. Yo lo declaro Almirante de las letras bolivianas y francesas por las cuales navegó con destreza náutica y superior técnica expresiva.

Adolfo Costa du Rels no será olvidado. Su desaparición enluta a Bolivia a Francia y a la cultura sudamericana.

Hombre de singular encanto, poseedor de ese "esprit de finesse" que amaba Pascal, su vida y su creación literaria constituyen una verdadera obra de arte que servirán de modelo para todos los que buscan el señorío de la conducta y la majestad del quehacer intelectual.

Armonioso el hombre, armonioso el escritor. ¿Qué mejor elogio para el insigne ciudadano que amó y honró a Bolivia con pasión terruñera y fidelidad de hijo veraz?

OFRENDA KOLLA

Exaltación de los blasones
y virtudes de Nuestra Señora
de La Paz, ciudad insigne,
solar de maravillas, Cabeza
de Nación.

Son cuarenta años que el soñador canta y enaltece a la oquedad andina. En prosa, en verso, con análisis profundo o en fugitivo alarde, escribió tanto y tan variado sobre el solar natal, que ya no encuentra ideas, imágenes, palabras para exaltar una vez más el cuenco amado. Pero el pedido de las Damas Paceñas no puede ser desoído y a riesgo de repetirse o de vacilar en el trazo del dibujo, el amorador de lo suyo, con ternura filial, volverá a pulsar las cuerdas de su tiorba. Música del terruño, siempre bella y siempre joven, porque se alza de un coro de montañas y expresa el sentimiento de las gentes mejores de la Patria.

Hablar de La Paz, empero, es hablar de Bolivia porque aquí se funden y entrelazan las razas y los seres, las regiones y costumbres, almas y voluntades, sueños y hechuras de toda la República.

Y es que el Cuenco secular trasciende a morada colectiva, acoge a todos y a todos enseña y tonifica. Superó, hace muchas décadas los regionalismos insidiosos y el lugareñismo, disolvente. El paceño de La Paz — valga la redundancia — ve solamente bolivianos. Cuando habla de sus glorias, piensa en las virtudes de la Nación entera. Así La Paz, madre protectora por la historia y la conducta, prefiere ser amada como la Hermana Mayor sin tacha y sin envidia porque consagró sus desvelos al bienestar de los demás.

* * *

Dicen que el poeta francés Víctor Hugo razonaba de esta manera: ¿cuál es el mejor planeta del sistema solar? La Tierra. ¿El mejor continente de la Tierra? Europa. ¿El mejor país? Francia. ¿La mejor ciudad de Francia? París. ¿La mejor calle de París? Clichy. ¿La mejor casa de Clichy? La de Víctor Hugo. ¿El mejor habitante de esa casa? Yo. Por consiguiente, Víctor Hugo es el mejor hombre del mundo.

No puedo razonar del mismo modo porque no soy Víctor Hugo y otros me superan, pero si diré que me considero el más feliz de los soñadores por habitar la más extraña, fascinadora y misteriosa ciudad del planeta. Esta residencia de lo inesperado. Esta terrible y prodigiosa inarmonía de las formas que de pronto se ordena y configura como escalonada en los aires. Esta movilidad multiplicada del paisaje que brota de la irregularidad de sus niveles térreos siempre en tensión de fuerza y de sorpresa. Esta urbe paceña, diosa de la aventura y del enigma porque la transforman la luz, los colores, el instante y la circunstancia.

Muchas veces nos hemos preguntado: ¿en qué pensaría el Buen Dios al crear la comarca insigne? Parece brotada de la cólera y del arrebato, lo mismo que surge de una quietud titánica. Tempestad petrificada la llama un poeta. Y otro el río portentoso de presencias fugitivas y poéticas. Vista de noche se diría el cielo cuajado de estrellas. Por el día su mensajería se despliega en una ronda de incitaciones mágicas. Habrá ciudades más grandes, poderosas, hermoeadas por la técnica urbanística; ninguna la aventaja en el don interno de expulsar formas y animar imágenes, porque La Paz está naciendo y remudando en su escenario geográfico conforme al corazón de quien la mira.

Mansión del espanto y del sosiego. Distinta siempre y siempre familiar. Creadora de velocidades desiguales. Nido permanente de un señorío secular. Cometa errante de la fantasía. Sol perdurable y fijo de las querencias ancestrales.

En un raptó de impaciencia al que sucedió un éxtasis de bienaventuranza, dijo el Señor: —¡brote al pie de las nieves y en la concavidad del hoyo andino una morada excepcional que soñando en la paz, se mueva en el combate, y buscando la quietud se entregue a la geometría del esfuerzo!

* * *

Ocultas revelaciones me enseñaron que el nombre más antiguo de La Paz es “Marka-Marka”, ciudad de las ciudades.

Y es que el Gigante que la Custodia vió muchas moradas sucesivas escalonadas en el tiempo. La República, la Colonia, los buscadores de oro de Chuquiaguillo, son sólo tres hitos recientes.

Este oleaje de estructuras poderosas, este laberinto arquitectónico, este circo de montañas custodiando la hoyada acogedora ¿brotaron de una sola vez o son el resultado de una escultura cósmica mil veces tallada y mil veces recompuesta, que el tiempo y la naturaleza conmoldearon sin descanso?

Miremos para atrás. Imaginemos lo que pudo suceder en el escenario fabuloso antes de convertirse en la Ciudad de los Asombros. Aimáras y proto-kollas, tiwanakus y kollas aparecen criaturas próximas si se piensa en los imperios y civilizaciones abolidos que se movieron en el anfiteatro andino. Diez mil, cien mil, un millón de años retrocediendo en el tiempo. ¿Fue siempre lo mismo, las gentes iguales, semejante el paisaje circundante, análogo el discurrir histórico? Seguramente: no. La proeza humana sobre la Tierra es mucho más antigua de cuanto se supone; sólo que Natura, madre inextinguible crea y destruye, borra las huellas de lo sucedido, vuelve are-crear y con tremendos empastes de fuego, nieve, agua y solevantamientos tóreos, aplasta y devora, aniquila finalmente las efímeras hazañas de sus criaturas para que cedan campo a otras hazañas y otras criaturas. La cadena de las culturas es un proceso simbiótico con el desenvolverse de las fuerzas naturales. Y el olvido cubre la corta hechura de los hombres porque naturaleza y ser vivo miran a los nuevo y lo distinto, Porteos insaciables.

Hay quienes creen que aquí llegaron talantes, lemures, gondwanas, hombres de MU. Los hay que atribuyen todo a una presunta venida de seres extraterrestres. Nuestra visión actual es limitada: sólo alcanza la huella de dos Antis, gentes legendarias que dieron su nombre a la Cordillera de los Andes más de los cuales nada se sabe. Y sin embargo hay tantísimo más, hundiéndose en la noche de los evos, que ni ojo ni mente alcanzan porque el hombre mecanizado va perdiendo la facultad de soñar e imaginar.

* * *

La boca de un volcán bravío que arrojaba piedras, lava, fuego, limos ancestrales. Después un mar tranquilo de cerúleas claridades. Una meseta desolada esmaltada de lagos pérfidos. Luego un paisaje lunar acribillado por la erosión del bombardeo aerolítico. También el escenario submarino, durmiendo milenios en el fondo oceánico. Más allá un valle pródigo en ríos y espesuras. O una comarca de suaves colinas batidoras de los vientos. Y el recinto fortificado con su anillo de “puraras” o torres eminentes de una raza de guerreros. ¿Hubo una época eglógica de pueblos pastores y agrarios cuando la hondonada en suaves declives se inclinaba al Este? Y acaso, otra, de lentas transformaciones cuando los ríos socavaban las montañas y los deslizamientos telúricos mudaban la faz del suelo. Dicen que fue, asimismo, morada de gigantes. Refugio, en el tiempo diluvial, de poblaciones que huían de las aguas. Escenario de las tempestades eléctricas que provocaban los plegamientos del planeta. La cuenca muchas veces visitada por el manto de glaciaciones sucesivas. En ocasiones rodadero del viento y de los fríos. O cálido solar de ardores tropicales. Todas las proezas de la Tierra, las mudanzas de la Naturaleza, las alteraciones del Tiempo, el juego variadísimo de las eras geológicas se dieron en el hoyo memorable. Tuvo forma cupular proyectada a los cielos. Fue un castillo de pináculos enhiestos. O se hundía en cóncavos alardes.

Fue un adoratorio natural. Centro de matemáticos y astrónomos. Tierra de pastores y labradores lo mismo que morada de taumaturgos y de artistas. Unas veces apiño vastas masas humanas, otras reducidas poblaciones. Conoció metales rarísimos y técnicas desvanecidas cuando las ciudades biplanas albergaban seres que descifraron el alfabeto de las estrellas. Si preguntas a la Noche, responderá: es la Patria del Misterio, lo sabe todo y seguirá fluyendo en inverosímiles mudanzas. Si interrogas al Día contestará: Villamil de Rada se equivocó, no fue en Sorata sino aquí donde estuvo situado el Paraíso Terrenal.

Y es que La Paz, fábrica de portentos sucesivos, es un centro mágico de revelaciones. El agujero inmarcesible que llama a los ausentes, estupeface a los turistas, y hace vibrar de ternura los corazones de la paceña muchedumbre.

Cuando se anudan geografía y sentimiento ¿no es como escuchar la palabra de Dios que nos señala morada y destino perdurable?

* * *

Si se buscara una piedra preciosa como signo emblemático de los paceños, yo elegiría el rubí, ese duro cristal que evoca el rojo vivo de la sangre y que resplandece como queriendo hablar porque expresa en grado sumo las pasiones del vivir y esconde en mágicas transfiguraciones el misterio de la muerte.

El dramático destino de La Paz, envuelta en mil revoluciones, trasunta el pulso sanguíneo de su ancestral orografía: siempre en tensión de altura, bravía y desgarrada siempre.

De aquí partieron las líneas maestras de la política nacional. Aquí el saber y la cultura fecundos. El mayor esfuerzo dentro de la más concentrada disciplina. Se hizo el kolla maestro de sí mismo: no tuvo que importar guías ni influencias porque lo sacó todo de la propia entraña terruñera.

Guerrero por la Libertad, amante de la Justicia, turbulento en su vida cotidiana, de largo mirar en la proyección hacia el futuro el hijo de las cumbres construye para el Tiempo.

Aquí la sangre más generosa y el corazón más noble de la heredad patria. Nos pueden aventajar en muchas cosas, pero siempre nos quedarán la honda calidad humana, el espíritu de lucha y la altivez indomable del paceño.

El fuego interno del rubí en nuestras almas. Su sangre es nuestra sangre. Sus mágicos destellos la promesa que empurpura nuestros sueños. Y en transposición poética diré que cuando "Illimani" se incendia en los crepúsculos sangrantes salmodia el destino viril de la Ciudad Heroica, digna de los hexámetros de Homero o del verso lapidario de Tamayo.

* * *

Pero el paisaje paceño sería materia inerte si no lo inmoralizara la trayectoria humana.

Hablar del hombre y de la mujer de la Hoyada Milenaria es tanto o más importante que referirse al terruño físico. Cabeza de Nación nos signaron por la voluntad que nos impulsa y el vuelo creador que no asedia. No entremos en la anécdota pasajera ni en el juego de las circunstancias momentáneas mas donde indague la mirada, donde escudriñe la investigación encontrará la huella paceña haciendo patria en toda la extensión del territorio. Varones y varonas insignes fueron tantos que sería injusto nombrar a pocos olvidando a muchos. Lo mismo en la masa india, en el turbión mestizo o en la conducción criolla, despuntan los precursores de libertad, los protomártires, los guerrilleros de la independencia, los primeros repúblicos. Un presidente paceño organiza la Nación apenas brotada de la cuna. Otro paceño la salva en los campos de batalla. Un tercero, geógrafo y explorador, recorre sus selvas y sus ríos caudalosos. Otros dos Mandatarios, de estirpe kolla, forjan el país moderno en las tres primeras décadas del siglo XX. Es

un pazeño el que inicia la Marcha al Este y otro pazeño el que abre las puertas al Beni legendario. Historia y economía se pueblan con el esfuerzo y el renombre de los hijos del solar andino.

Verdad que la tontera de unos y la ingratitud de otros pretenden, inútilmente, desconocer cuanto La Paz aportó a la grandeza de Bolivia, pero los hechos atestiguan mejor que las palabras, acreditan el espíritu de iniciativa, el coraje y la constancia, es generosa energías que desplegaron los pazeños en beneficio de suelos y pueblos hermanos.

Sería mezquino hacer un inventario de esas múltiples realizaciones. Ellas viven y palpitan en todo el "curpus" nacional. Sólo diré que las gentes en La Paz asumen el verdadero nacionalismo, el noble y constructivo, el generoso y unificador porque siempre pensaron en términos de nación y obraron con sentido de patria, no de comarca.

Se requeriría un libro para mencionar nombres y proezas de la grey pazeña. Ni tiempo habría.

Todos los habitantes del planeta llevan, en sí, un potencial de virtudes y defectos que según el carácter y la conducta de cada persona, se desarrollan positiva o negativamente. En nuestro caso pienso que las virtudes exceden a los defectos.

* * *

Del varón pazeño diré que son sus blasones: atrevimiento, voluntad, tenacidad, grandeza de alma. Leal en la amistad, abierto para el desafecto. No sabe de hipocresías ni de enredos. No es cuadrillero ni intrigante. Más bien adusto, reserva su amistad a quien la merece. Pelea solo. Nacido en libertad y en osadía lo seducen los graves peligros y las temerarias empresas. Pujante siempre, arriesgado. Criatura de la oquedad andina se proyecta en la geografía y en el esfuerzo económico más allá del perímetro natal. No es expansivo, mas bien reservado. Tiene un sentido profundo de su dignidad. Temperamento de pocas palabras y muchos haceres. No se mueve en la sombra, sino a la luz del día. Padece soledades de cumbre, tristezas de altura, pero su alma se entrega a la generosidad y a la aventura sin temor de descabros. Tiene genio de constructor, pasión de inventar y realizar sus sueños. Se lo juzga duro, desconfiado y en el fondo es tierno. Sentimental, capaz de los mayores desprendimientos, sólo que mide a quien se confía y entrega sus afectos.

Posee la austeridad y la constancia de las grandes razas memorables. Gusta de ayudar a pueblos y hombres hermanos, aunque no hubiesen nacido en el hoyo, y por mucho que después debe soportar las mordeduras de la ingratitud y del olvido. Es altivo, veraz, parco de expresión y de lisonjas. Ama surgir por el propio esfuerzo. Si entrega su palabra, la mantiene. Pero también sabe decir: ¡no! Soñador en sus ideales, guerrero por sus acciones, de alta calidad humana en sus relaciones de convivencia, señor en su conducta, el pazeño es un arquetipo de la hombría de bien que aúna las virtudes tradicionales con el ímpetu osado de la inquietud moderna.

Es del linaje de los varones fuertes que nunca se lamentan porque maestros de si mismos afrontan solitarios su riesgo y su destino.

Diré, finalmente, después de haber conocido muchos pueblos y países, que agradezco al Señor pertenecer al solar andohispano, aquí donde los hombres perduran — nieve de apariencia, fuego por dentro — en ejemplar despliegue de pazeñas varonías.

* * *

Son tantas las excelencias de La Paz.

Hablamos, por ejemplo de su clima, generalmente templado. Ni fríos que matan ni calores agobiantes. Carece de esas humedades viscosas que extenuan en otras capitales. El sueño reparador no se ve turbado por bichos ni mosquitos. El aire puro y delgado de la altura tonifica el organismo. Las lluvias fuertes pero cortas: nada más encantador que después del aguacero

paceño surja el sol radiante de promesas. Verdad que la ciudad tiene zonas que se asientan, se deslizan, mudan de dibujo, pero estas travesuras cósmicas no alteran su estructura esencial.

Si se quiere la exhuberancia tropical, están cerca los paños verdes de los Yungas. Tiwanaku, clave de enigmas, es el paraíso de arqueólogo y turistas. La Mamita de Copacabana brinda su santuario y el paisaje más hermoso del mundo a sus fieles. La gran Cordillera eslabona cumbres y serranías de intrépidos contorno. Y en las ferias y mercado provincianos lucen las hadas del folklore nativo: esas vestiduras llameantes, esa cerámica finísima, esas danzas esotéricas, esas músicas insólitas, esa poesía subyacente de los nombres y lugares más recónditos. Y ese color aimára hecho de luces vívidas y sombras crudas, que empurpura los crepúsculos sangrantes y azula los amaneceres, de diamante, se toca de reflejos cupríferos y matices violáceos, como su la melancolía y el júbilo, alternantes, fundiesen en un raptó de fantasías cromáticas la áspera agresividad de los filos andinos con la belleza deslumbrante de esta luz de las alturas.

Desde el frígido altiplano hasta las acogedoras vecindades de Palca, Mecapaca o los valles de Sapahaqui, La Paz posee una variedad de climas y paisajes asombrosa. Y en su propio radio urbano combina los tumultos y apiñamientos sus zonas céntricas, con los planos inclinados de Miraflores, la tendida majestad de Calacoto, el retiro musical de Sopocachi, y las abruptas elevaciones de Achachicala, Munaypata o Villa Victoria. ¿Y qué decir de las nuevas villas o núcleos poblados que se dispersan por la meseta? Quienes conocieron La Paz de los cien mil habitantes y escasas luces nocturnas, se pasman ante el espectáculo féerico de nuestra capital vista de noche, estallante de puntos lumíneos que trepan los cerros hasta confundirse con la urdimbre de las estrellas.

¿Por qué dejamos que se pierdan la Feria de Alacitas, el carnaval paceño, la artesanía popular, las fiestas de barrio, los primores de la cocina y de la repostería andinas, el zumo de tradiciones y costumbres que brotan de las entrañas del ser regional? Celebramos en cambio que la moda kollavina circule por el mundo llevando tejidos, vestiduras, colores y ornamentaciones, alfarería y objetos que tienen la impronta del morador de altura.

No se haga mofa de los Cristos y la Vírgenes que conceden milagros a quienes creen en ellos, que también el sentimiento religioso es otro blasón del alma paceña. San Francisco es una joya de la arquitectura devota. Y en cada templo, cada iglesia o capilla de la urbe se ha de reconocer un centro de fe, de piedad cristiana, refugio de afligidos, manantial de esperanza. Que la religión católica siga siendo llama viva de conducta para las paceñas gentes que creen en un Dios y un Más Allá.

* * *

Por lo mucho que realizó en fraterno esfuerzo por la comunidad nacional, habría que erigir un Monumento al Kolla: sería como la escultura de Bolivia esculpida por Bolivia misma. Y al decirlo no hay propósito de ofensa ni de amenguar méritos ajenos. Es justo reconocer que los pueblos crecen, en primer término, por su propia energía y su natural iniciativa. Pero los paceños irradiaron su empuje creador por toda la República.

Es frecuente, al visitar nuestro inmenso y despoblado territorio, que sorprendidos por la excelente organización de una fábrica o una empresa comercial, preguntemos:

— ¿Quién dio la idea, quien financió, y quien montó esta obra?

La verdad lugareña dirá: ¡nosotros! Mas nunca falta una conciencia honesta que reconoce:

— Es obra kolla.

No quiero decir, con esto, que hicimos la República, pero sí que ayudamos y seguimos ayudando a engrandecerla.

A muchas criaturas recién nacidas en materia de progreso y desarrollo, que se ofuscan con el resplandor de rápidos avances materiales, debemos recordarles que el vigor y la pujanza del espíritu paceño provienen de siglos de constancia y disciplina interior. Encabezamos la Nación porque la servimos y padecemos antes de guiarla y de honrarla con amor y sacrificio.

La mitad de la historia de Bolivia surge del Hoyo Milenario. La mitad de su economía también. Sangraron sus fuerzas y recursos para acudir en ayuda de los departamentos de menos desarrollo relativo. Y el alma tempestuosa, bravía, del paceño aunque arraigada por el sentimiento a su suelo, se desplaza inductora de energías por toda la heredad patria. El que acoge a todos y a todos tiende mano generosa. La morada del esfuerzo compartido, de la gran tradición cristiana, de la nobleza en la conducta.

Por eso es lícito decir que aquí se fraguan Patria, Nación, y Espíritu a la vez.

Ha crecido tanto la ciudad insigne en poderío material y en sabiduría, que despierta afectos y admiración lo mismo que envidias y resentimientos. Mayor de edad por los años, por la experiencia, por el trabajo sostenido y laborioso, por su alma magnánima y comprensiva La Paz no habla mal de nadie. Paga bien por mal. Olvidadora de agravios tiene la misión de unificar y concertar las voluntades. Y si brotan algunas voces perdidas, destempladas contra su quehacer fecundo, el Hoyo Perilustre, elevando la mirada a su Nevado Inmanente, contesta con sereno decir:

— Tengo destino de montaña. Ni vientos ni lluvias, ni el fuego ni el frío, ni el rencor ni las injurias me aminoran. Aquí estoy, estaré siempre, pedestal de la Patria, catedral de su gloria y su esperanza.

* * *

Con labio poético evoquemos a la mujer paceña.

Verdad que tuvimos — y tenemos — ilustres varonas dignas del más alto renombre. No será necesario mencionarlas en esta exaltación generalizadora que apunta más al tipo étnico que a la individuación sobresaliente.

Ni heroínas ni mujeres extraordinarias. Ni talentos femeninos y poderosas voluntades que emulan con los hombres. Las admiro, las respeto pero elijo a la mujer virtuosa, flor de la planta humana, la madre, la esposa, la hija, guardadora del hogar cristiano, del honor y de la dicha de los suyos.

Un hilo invisible de amor y abnegación circunda a las mujeres de La Paz. ¿Qué sería del aimára de los altiplanos sin el esfuerzo agrario y hogareño de la esposa india? La chola bravía y dominante no es patrona del comercio local? Las jóvenes y esposas de clase media como las damas de sociedad ¿no son símbolo de virtudes cristianas?

Si en el varón andino predomina la audacia y el empuje, en la mujer paceña algo mayor: el callado heroísmo del trabajo que organiza y mantiene como nuevo el hogar, ese fondo silencioso y abnegado que respalda todo quehacer varonil. Siempre estaremos en deuda con madres, esposas, hijas hermanas por esa luz solar que esparcen en nuestras vidas.

Conocí muchos países, pude observar diversos tipos femeninos, de exaltadas cualidades, pero pocos encontré que alcancen la bondad, el recato, la abnegación de la mujer boliviana, y ninguno que supere el fino encanto de las señoras y doncellas de La Paz.

Ahora que la sociedad y la familia se ven amenazadas por los ácidos disolventes de un tiempo que hace de ignorar los valores, nosotros contamos con el tesoro invaluable nuestras mujeres, bellas y honestas, laboriosas y sacrificadas, regalo de la naturaleza si no fueran ya don de Dios o música serena que apacigua tormentas y quebrantos.

Mujer pacheña: la que se recoge en la penumbra del hogar porque prefiere ser rosa de virtud y no flor de lucimiento.

* * *

Cuatro arcángeles de nieve custodian la hoyada legendaria: "Illimani", "Mururata", "Chacaltaya", "Wayna Potosí".

Y El Gran Nevado es también Padre y Maestro. Deidad visible, eje invisible de la muralla cisandina. Moviliza toda la ingeniería telúrica y despierta en el hombre de altura fortaleza y persistencia de montaña.

De la más oculta quietud fluye un manar oculto que ata y anuda para siempre Cumbre Insigne, Hoya Milenaria y Habitante que la puebla. Fantasmal lamparera. Lumbre millonaria. Si viajamos nos llevamos su presencia mágica. Padecemos nostalgia lejos de ella. Nos late el corazón acelerado en cada reencuentro.

Y es que "Illimani", "Marka-Marka" o "Nuestra Señora de La Paz" son los nombres de misterio y lejanía. Su poder de sugestión nunca termina. Sus perspectivas móviles tampoco.

Se diría que una metafísica de riesgo y de coraje brota en la pacheña gente brusca, desigual, atrevida y estoica a la vez, pero siempre noble y leal. Amadora del peligro y la aventura. Tranquila en su grandeza, generosa para la amistad. Terruño, en fin, el nuestro que conjuga la fascinación del paisaje con el imán de su profundo sentido de humanidad.

Enigma indescifrable: quien nació en el cuenco andino, quiere siempre volver, residir y perecer en él. En esto somos indios de sustancia y de actitud. Pero también irradian los pacheños fuerza e inventiva que emigran a los horizontes. Lo fijo y lo viajero. Lo estable y lo dinámico. Navegantes en la geografía, capitanes para la proeza económica. Cuando el poeta habló de un "galope de montañas", aludía inconscientemente a esa movilidad incesante del hombre de altura que siendo el más enraizado a su suelo se proyecta sin embargo sobre todos los ámbitos de la Patria.

Altanería y hermetismo de cumbre, el pacheño no es entrega al primer contacto: sabe reservarse porque se conoce difícil, pero cuando se da en la amistad o en la lucha es definitivo. En el varón del Hoyo se puede confiar porque mira de frente y habla sin tapujos. No por falso orgullo ni vanidades infantiles, diré que La Paz es el cimiento de la Nación: aquí se alza lo más sólido y estable de la edificación patria.

Es que los kollas trabajan para el tiempo.

* * *

Pasemos, ahora, a los mínimo-pintoresco aun a trueque de ingenuidad.

Habitamos la morada más singular del planeta, en el techo de América. La cerveza pacheña ¿no es la mejor? El mayor poeta y la más atrevida escultora ¿no fueron kollas? Los presidentes más constructivos ¿no fueron kollas? La Khantuta y la retama no son las flores más bellas? El cielo azul, el sol de oro, las nubes alucinantes, las noches cuajadas de estrellas ¿no son atributos de La Paz? Esa pelea constante con las torrenteras y con los cerros para ensanchar nuestra morada ¿no es la más hermosa lección de varonía? Tenemos las calles más empinadas y los caminos más encumbrados. Joyas del ancestro y la Colonia. Nos flanquean el misterio de Tiwanaku, el cálido refugio de los Yungas, el esplendor de Copacabana. Los rascacielos que alzan sus narices desafiantes y las villas o ciudades-satélites en la meseta altiplánica, atestiguan el dinamismo aimara.

El chairo, el picante, el fricasé, el plato pacheño ¿no son las comidas más sabrosas? El café yungueño y las frutas comarcanas ¿no son despertan la envidia regional? Nuestra chirimoya ¿no

es la reina de las frutas y la fruta de las reinas? La cholita paceña no es la más valiente de las mujeres, capaz de corretear a tres comisarios con su artillería verbal? Nuestros ponchos ¿no son los más abrigados y nuestros ponches los más electrizantes? El “Bolívar” y el “Strongest” ¿no son los mejores equipos del fútbol del país? Campeones en todos los paceños tenemos el tráfico más endiablado que ha vuelto blasfemos y energúmenos a los conductores de ambos sexos. Un servicio de aguas capaz de volver pobre al más engrdeído millonario en pocos bimestres. Y una Básica inconclusa, sin torres, porque la fe católica se adelgazó en el aire de las alturas.

¡Tantos y pequeños rasgos típicos de la comarca andina que nos caracterizan singulares en la creación y en la conducta!

El paceño deja perplejo al sociólogo y desconcierta al visitante, porque es alma de muchos registros y complejas facetas. Tan prisma que refleja los tonos y las luces de la más alta y rica humanidad.

* * *

Si hiciéramos un censo de lo debido ala iniciativa y al esfuerzo del paceñismo, en toda la República, ciertamente: se demostraría que ésta es la usina con mayor carga de energía del país. Y no lo decimos a título de vanagloria o de ufanía lugareña, sino en estricto análisis de apreciación imparcial. La Paz no es sólo paceña; es sobre todo pasión y hacer la bolivianidad.

De aquí parten las principales directivas que motorizan la actividad nacional, y es lógico, por ser residencia del Gobierno. Mas aunque así no fuese, existen una vocación de Patria Integrada, un generoso espíritu de estímulo en el alma paceña que nos inducen a desplazarnos por todos los departamentos. La Paz no buscó hegemonías ni quiso sobresalir única; antes bien: ayudó al desarrollo general de la República. Kollas fueron las primeras exploraciones geográficas: kollas los pioneros que poblaron apartados territorios: kollas tomaron parte activa en la marcha al Este y en el florecimiento oriental: kollas son, también, los que hoy impulsan el despertar del noroeste.

No estoy diciendo que todo se deba al impulso kolla: sería absurdo. Los pueblos se levantan, en primer término, por su propio esfuerzo. Pero nadie negará que la iniciativa, la economía y el poder organizador de los paceños estuvieron siempre en las grandes empresas colectivas.

Se diría que esta insólita ciudad de altura y de hondura acumuló fuerza y cariño para todos. Sus puertas siempre abiertas a quien las toca. Su sentimiento presto a compartir problemas y aflicciones del prójimo.

¿Se comprende la lucha valerosa de los primeros poblados para transformar el medio áspero, desnudo, francamente hostil en morada acogedora? Esta es la lección de La Paz, la lección de la voluntad que jamás se rinde, del empeño creador que todo lo fía a si mismo, de la inventiva genial que improvisa y transforma.

Vestimos el duro suelo de paños verdes y extensos arboledas. Inventamos la humedad y lo jardines. Suavizamos las desgarraduras orográficas. Hendimos de caminos y senderos los taludes montañosos. Modificamos el clima. Fuimos a buscar el agua de los nevados, y la otra, la no potable, la entubamos frenando sus desbordes. Todavía luchamos, en la época de lluvias, contra los corceles desbocados de riachuelos y torrenteras. Nivelamos las queiebras, transformamos cavidades en pisos sólidos, y el anfiteatro andino, siempre en movimiento por lento que parezca, le oponemos la intrépida movilidad del corazón paceño que debe vigilar sin descanso por su morada cambiante y a veces agresiva.

Aquí la naturaleza bravía, severa maestra, nos hizo duros de carácter, proclives al sentimiento. Y es que el paceño conquista su libertad en el esfuerzo de cada día, transcurre sin yugos como el viento de las punas, lo mismo puede ser orgulloso solitario que afable compañero.

Hoyo Paceño: el artista innumerable. Nadie lo aventaja en el don supremo de combinar formas y expulsar imágenes.

* * *

La Paz: madrina de la historia. Las novelas del mundo o devolverán mayor carga dramática que lo acontecido en la Plaza Murillo, en el viejo Palacio Quemado, en San Pedro o en San Sebastián. Sucedieron aquí tantas cosas que no registraron el Infierno del Dante ni el Paraíso de Milton.

Me gusta el líder paceño; puede acertar o equivocarse como todos, pero siempre en su estilo franco, directo. Si ama es con lealtad, si rechaza también de frente. Y más el pueblo kolla, valeroso y bueno, paladín de libertad y de justicia. Otros saben halagar y sonreír mejor. Los paceños austeros como brotados del basalto y la andesita.

La historia geológica del planeta en las rocas de La Paz. La belleza poética del paisaje en su cielo y en sus montes. El carácter osado y el corazón tierno en sus pobladores.

Paceño el señorío. Paceña la grandeza de alma. No aspiramos a ser los más poderosos pero si los más dignos.

Y es que kolla, el primero, el osado, el esforzado, quiere decir también el que no enmascara su voluntad. El que va derecho a su fin.

Solar condoril, el nuestro, hijo de la roca y del vacío. El poderosamente seductor. El que dispara imágenes, ideas, como el cielo estrellado. Nadie que lo habitó pensaría abandonar el agujero maravilloso. Afuera la revolución telúrica, adentro la humana revolución. Y en tumulto, en rebeldías, en altos sueños ambiciosos crece el kolla magnánimo olvidador de injurias y bellacos.

* * *

El cóndor y el monolito: dos símbolos de la paceña permanencia. Uno domina el espacio, otro viaja en el tiempo. Y de ambos nos vienen esa persistencia pétrea y ese remonte de pájaro que anhela dispararse al horizonte.

Las ciudades son como las mujeres: altivas, misteriosas. Se niegan largamente. Esconden tras mil pliegues su hermosa cara y su alma inmortal. Se entregan solamente al amador apasionado que descubre su música recóndita.

Por eso diremos que si no tienes pupila de cóndor y sabiduría de monolito que lo recuerda todo, jamás comprenderás el enigma de La Paz, la más vieja y la más joven, la eternamente transformante ciudad de las alturas.

Esta "tempestad petrificada" que parece albergar la pesadumbre y la melancolía de la Patria en desventuras. Somos graves. Taciturnos. Creemos, sin embargo, en los días mejores del tiempo futuro.

Donde mejor se escucha la música del Destino es en este Hoyo Secular donde todo se carga de gravedad y de sentido. Es el Oráculo de Bolivia: lo que La Paz predice o anticipa, realidad será!

* * *

No nos quitan el sueño aquello de trasladar la capitalía, del federalismo, o de restarnos atributos políticos. La Paz es por si misma. Con solo esta ciudad y su gran departamento podría constituir una república perfecta como Suiza, Uruguay o Israel. No es eso lo que buscamos; al contrario, paceños, primero es la unidad de Bolivia, la consistencia nacional, esa patria integrada que sólo puede surgir del esfuerzo concertado y coherente de todos sus pueblos y regiones.

Pero como suelen aparecer mosquitos que se empeñan en turbar el trabajo y el reposo del pueblo kolla, aventémoslos con el sereno además del fuerte:

— Paceaño es el estilo del pueblo que conoce su camino. Ni la envidia nos conmueve ni las amenazas nos hacen mella.

* * *

Seamos dignos de esa comarca antiquísima que se hunde en la profunda lejanía de los mitos. Y que es, a un tiempo mismo, la joven ciudad presurosa y demorada de los vértigos modernos.

Recinto del soñador. Taller del tumultuoso y del activo. Fuente todopoderosa de amor, de inspiración y sugerencias.

Absorbamos su carga de misterio y de relámpago.

Y esa sonrisa sugestiva en el paisaje que la ciudad reserva a sus fieles amadores, es la áurea recompensa que recogen quienes saben amar y comprender a la muy católica, mítica, bravía, tierna, fecunda, noble, esforzada y legendaria ciudad de Nuestra Señora de La Paz.

En su nombre y para vuestro regocijo entrego: ofrenda kolla!

EL GRUPO AIMARA Y EL HOMBRE NUEVO DE BOLIVIA

El alma del Kollasuyo milenario expresada en su vigor y su pureza originales. Riqueza temática y variedad instrumental. Soberbia captación del ancestro andino

* * *

Siete muchachos enfervorizados de amor a nuestros valores autóctonos, crean una conducta y un estilo que personifican la autenticidad del nuevo y vibrante espíritu nacional.

He creído, siempre, en el hombre nuevo de Bolivia. Ese ser intrépido, esforzado, entusiasta, perseverancia que vencido el antiguo complejo de inferioridad no recae en el extremo irrisorio de juzgamiento superior a los demás. De alma cristiana, de formación libre y democrática, nacionalista por vocación, dinámico impulsor de las mutaciones y avances sociales por ley de justicia.

Ese nuevo tipo humano, laborismo y responsabilidad, que superando los caducos hábitos del politiquerismo, ahora quiere valer por sí mismo, ascender por el propio esfuerzo, crearse nombre y renombre desde adentro, no por el oportunismo circundante.

El nuevo hombre boliviano existe. No lo serán todos, pero si lo son muchos. Se lo encuentra en todas las áreas de la actividad patria. Lo mismo en el político de nuevo cuño que procede con elevación de miras, como en el hombre de empresas que se arriesga y se engrandece engrandeciendo a su colectividad. En el profesionalismo probo. En el técnico competente. En el obrero esforzado que busca mejor porvenir para sus hijos. En el campesino que no reniega de su condición agraria y quiere ser ciudadano efectivo con todas las posibilidades de mejoría material y cultural. En el banquero, el industrial, el comerciante que mueven la energía nacional. En el artesano y el hombre de las profesiones menores e independientes. En las mujeres — damas de

sociedad, profesionales, de la clase media o del pueblo — que desde la guarda de sus hogares y por sus valores éticos nos dan lecciones cotidianas de laboriosidad y de abnegación, por lo cual encarnan, también, el nuevo tipo humano que despunta en el horizonte. En el sacerdote, en el maestro, en el empleado, en el intelectual. En el militar de honor en el civil que se dignifica por su conducta. En suma: en todo buen boliviano — hombre o mujer — que ama a su Patria, la sirve y la honra con decoro, buscando en la norma cristiana y en el espíritu de solidaridad social los superiores objetivos de una vida noble.

Los hombres de letras — científicos, escritores, poetas — tienen su parte en este renacer colectivo. Pero yo quiero referirme, ahora, a los jóvenes y a los artistas — universitarios, estudiantes, cultores por afición de la actividad artística — esa triple y poderosa corriente surgente que constituye la savia vivificante de las patrias. Porque decir juventud es decir vida nueva, ímpetu indomable, rebeldía con causa justa, apertura a nuevos horizontes, dinámica de aventura y también —aunque no lo entiendan todos — moral de sacrificio.

* * *

A lo largo de cinco décadas hablé muchas veces para la juventud. En libros, en conferencias, en artículos de prensa. Tres años en la lucha civil del Pachakutismo, dos como Ministro de Educación, ejercí la misión de orientador ideológico que corresponde al escritor. Hay muchos y mejores, ciertamente, en este país. Pero nadie se acercó con más fervor ni con más sinceridad a los jóvenes. Acaso por ello mismo muchas veces coseché simpatías y otras sus rigores, cuando no su incomprensión. Y es que el culto a la verdad se expía. Hay que pagar un precio por el honor de servir a las causas justas. Ingratitud y envidia asedian lo mismo al hombre de ideas que al hombre de acción.

Nadie se ha preguntado todavía por qué desde hace trece años no piso el Paraninfo de la Universidad Mayor de San Andrés donde antes dicté cinco resonantes conferencias sobre el problema Marítimo y otra de denuncia de los excesos y abusos del MNR cuando éste se hallaba en el apogeo del poder: 1961. Espero no descender a la tumba con la herida que descendió Tamayo cuando por innobles móviles políticos, una turba estudiantil cambió su nombre egregio por el de plaza del Estudiante, desconociendo lo que la patria y la cultura de Bolivia deben al insigne poeta y pensador.

Habrà otra ocasión para dialogar con juventud y con estudiantes. Hoy me concreto a los artistas jóvenes.

* * *

Que existe una explosión artística en nuestro país es evidente. En literatura, en artes plásticas, en música, en teatro, en artesanía y artes folklóricas irrumpen valores individuales y conjuntos que difunden la temática vernácula y el poder creador del alma nacional.

No son excepciones. El arte boliviano es ya transnacional. Triunfa lo mismo en París que en Nueva York, en San Pablo o en Madrid. Antes Jaime Laredo fue un astro solitario. Hoy contamos con una constelación de cantantes, pintores, escultores, poetas, escritores y sobre todo de conjuntos musicales todos de categoría — y algunos de alta categoría — que son aplaudidos, merecidamente, en escenarios del mundo.

La mayoría de ellos cultiva la temática nativa: de ahí su fuerza, su novedad, el poder de vibración que emane de su arte.

No soy experto en crítica artística ni me propongo reseñar ese movimiento resurgente del arte nacional. Pero quiero contar una experiencia inolvidable que tuve la otra noche con el “Grupo Aimára”, siete muchachos dignos de estimación y admiración porque han hecho brotar de la nada, una hermosa floración del alma autóctona.

* * *

Imaginad un sótano órfico, lleno de maderas, materiales en depósito, de difícil acceso, no muy amplio, y sepultado bajo tierra de modo que no llegan ruidos ni sonidos al exterior. Pobreza franciscana, en verdad. Algunas sillas y algunos aparatos fonográficos de reproducción, y ampliación acústica.

El representante-productor del conjunto me presenta a sus integrantes: son cinco muchachos, muy jóvenes: el sexto anda de viaje. De primera impresión agradan: sinceros, modestos, algo parcos de expresión y es lógico: apenas nos conocemos. Miro las caras juveniles, simpáticas, los ojos vivaces, la movilidad facial. Pienso que será un conjunto más como varios que conozco, intérpretes de música nativa. Me llama la atención la profusión y variedad de los instrumentos que utilizan: zampoñas de varios tamaños, tarkas, quenás, charango, guitarra, bombo, pinquillo, tambores, flauta y un extraño artefacto de cerámica con agujeros opuestos que reproduce fielmente — lo comprobaré después — los sonidos naturales como la voz del viento.

Me situé en un extremo del sótano dispuesto a escuchar a un grupo de aficionados. Un detalle: me sorprendió la delicadeza con que cada joven extraía de sus fundas los instrumentos, hasta diría el amoroso cuidado con que los manejaban. Todos ellos contruidos con materiales nativos y de elaboración nacional. Me sorprendió un hermoso charango, verdadera obra de arte, salida de las manos del padre de uno de los muchachos, que por la belleza de sus líneas y el fino modelado seducía el tacto y la vista.

Me preparé, repito, a escuchar un conjunto mas de jóvenes adicionados de la música autóctona.

* * *

Sobre el trasfondo del bombo aimára que percutía insistente, la guitarra y el charango contrapuntearon una melodía kolla con hábil rasgueo de las cuerdas. No me había repuesto del impacto de esa diestra ejecución melódica, cuando de pronto rasgó los aires un relámpago acústico que me dejó atónito: la zampoña sonaba, ella solla, con majestad orquestal, aterradora. Luego la quena vibró con tal fuerza interpretativa como jamás hubiera sospechado en instrumento de tan sobria economía expresiva. Y a poco el conjunto de los cinco instrumentos resonaba con vigor sinfónico, como si brotara de numerosos ejecutantes.

Música extraña, de pureza original, como sólo se escucha en lugares remotos o en sitios determinados de nuestros altiplanos. A veces áspera, a veces bronca, con profundidad de montaña porque parece brotar del fondo de la tierra. Otras silbante, ululando a la manera del viento de las punas. Quejumbrosa y tierna, o altanera y jubilosa. Con algo de emoción guerrera y mucho de misterios recónditos. Pero siempre viril, exótica, hecha de raras disonancias y efectos acústicos de impactante novedad.

Música que los primeros instantes desconcierta, hasta puede rechazar por la potencia de los sonidos y la extraña tesitura de los instrumentos, tan pronto enfática, discordante como las voces de la naturaleza, tan pronto colorida y vibrante como si cada ejecutante quisiera encarnar, por sí solo, el hálito vital del ancestro que apenas presentimos en su tremendo poder de comunicación

No exagero: escuchando esta explosión auditiva de solo cinco ejecutantes, me parecía captar, por primera vez, la potencia escondida, la riqueza sonora del alma (kolla o aimára es lo mismo).

Sentí la grandeza inmóvil de los nevados y los ventisqueros. La augusta soledad de la meseta interminable. El rugir del Wayra-Tata o padre viento. La gravedad del indio, que reprime sus sentimientos pero que en sus danzas y en sus músicas da salida a su espíritu secularmente bravío, de orden mágico, que supo preguntar y aprender de la doble sabiduría del cielo y del suelo.

Sentí algo más: que esta música viril, poderosamente sugeridora debió regir el ritmo de la vida colectiva en el tiempo de los abolidos imperios andinos, cuando el Kollasuyo tuvo emperadores, magos-sacerdotes, insignes amautas, guerreros atrevidos, muchedumbres agrarias que erigieron culturas apenas sospechadas por el mente moderna.

La admonición “¡Hallalla, Hallalla!” irrumpía del cantor desgarrando la estridencia acústica. Así apostrofaban, se encendían o bajaban a la quejumbre de sus penas nuestros remotos y legendarios antecesores autóctonos.

Por primera vez, en ese pequeño recinto y al conjuro de cinco muchachos enamorados de la música aimára, me sentí traspasado de emoción vernácula. Indio en el menor sentido ontológico. Capaz de sentir absorber el mensaje sonoro del ancestro que rompiendo el cristal de los milenios, puede estupefacer al hombre moderno con la majestad de una música de poderosa originalidad que trasunta, todavía, la épica grandeza de los tiempos pretéritos.

El Grupo Aimára me hizo comprender que el alma nativa no se expresa únicamente por las vertientes folklóricas, sino que puede elevarse también a la jerarquía de grande obra de arte cuando los artistas se sumergen en el fondo abismal del origen telúrico.

He sentido hablar al Ande y cantar a la Montaña.

* * *

Si este mundo sonoro del kolla es extraordinario —presiento que ha de sorprender y cautivar a los auditorios internacionales — la calidad humana y artística del Grupo Aimára es sencillamente sensacional. Un simple disco no da idea de su sapiencia y su ardor interpretativo.

Hay que verlos como yo los ví. Transformándose, diré mejor transfigurándose en furor sonoro, en mímica expresiva, en ritmos del cuerpo que acompañaban los giros del sonido. Algo me hizo pensar en la “hybris” del griego, en la música báquica que vertía el vigor pánico del alma dionisiaca en cantores, danzantes e instrumentistas. Si el griego fue genial en todo, también nuestros kollas o aimáras alcanzaron los lindes de la pasión creadora y de la expresión artística. Conjugaron el alma de la tierra con el alma del hombre. Conocieron la grandeza interior que la música transporta al reino efímero y eterno sin embargo del sonido.

Todo esto y mucho más sentí al oír a estos muchachos que interpretan nuestra música vernácula como si en ellos les fuera la vida. Con pasión sublime. Llevando al extremo la tensión anímica y el estremecimiento corporal. Envueltos en las ondas rítmicas como si ellos mismos fuesen música encarnada.

Sólo viéndolos tocar y actuar en prodigiosa dualidad estética, se podrá apreciar lo que es el Grupo Aimára, no el conjunto de aficionados que pensé antes de escucharlos, sino un grupo admirable de jóvenes-maestros en la captación, la interpretación y el juego escénico connatural a nuestro grande arte nativo.

Jamás ví artistas más enfervorizados con su vocación. “He aquí — pensé — estos son los hombre nuevos de Bolivia.”

* * *

Los escuché interpretar “Imantata” (Lo Escondido) inspirado —dicen — por mi libro del mismo nombre. Música bronca, hondísima, extraña, no fácilmente aprehensible, porque tiene la gravedad y e fondo hermético de lo aimára. “Huellas de mi Llamita”, un aire melódico fino, tierno, emotivo. “Desde la Rotonda”, pasaje nostálgico, evocativo con acompañamiento vocal. “Flor khantutita”, de tonos muy agudos y jubilosa expansión. “Ahaj-Pacha Jillita”, lamentoso, sobresaliendo la quejumbre de las quenás y el patetismo vocal.: y “Tusuy-Imilla”, de ágil ritmo, de alegría pánica, trasuntando el regocijo interior que contrasta con la adustez externa.

Todos estos aires, improvisaciones o ritmos sonoros (casi todos son recogidos y preparados por los mismos artistas) fueron ejecutados con maravillosa precisión y sobre todo con ese fervor entusiasta que enciende y unimisma a música y a intérpretes.

Luego alternaron rivalizando en el manejo de los instrumentos — queñas, charangos, guitarras, tarkas, pinquillo, lakita, zamponas, tambores, percusión — y cambiando de unos a otros con pericia de ejecución.

El acompañamiento vocal brotaba de lo hondo: sincero, fuerte, desgarrado, rayando en el grito, en el lamento, lejos del perfeccionamiento estilístico, como surge de la garganta kolla cuando vierte sus penas o su exaltación de vida. El canto indio puro y brusco, frenético de hervores pasionales.

* * *

Dirige este grupo singularísimo Omar F. Garnica Ávila, un muchacho inteligente, jovial, emprendedor, representante-productor del conjunto. Lo integran Clarken Orozco, José Montaña, Oscar Córdoba, Manuel González, Luciano Callejas, Silverio Quilca.

He conversado largamente con todos seis sencillos de apariencia, sobrios de expresión, un fuego interior surca sus venas. Aman y sienten lo aimára, quieren difundirlo por el mundo, enseñar a los propios bolivianos los tesoros escondidos del ancestro kolla. Todos trabajan, se sostienen por sí mismo. No desean comercializar su arte. Mas bien trabajan para poder perfeccionarlo. Y sueñan con una patria mejor, con un despertar ético y estético, por que el “hombre nuevo de Bolivia” — afirman — está obligado a servir y a honrar con su propio esfuerzo.

Son muchachos sanos, idealistas, que al margen de la pasión politiguera o del ansia inmoderada de dinero, aun creen en la fuerza fecundante del amor, en los valores espirituales, en la amistad y en el poder creador de la generosidad. Son, por encima de todo, bolivianos de origen y de médula. Los que brotan del ancestro para abrir camino hacia un tiempo de viriles realidades. Almas de fe, de esfuerzo, también de abnegación y sacrificio que no vacilan en darlo todo por su vocación de sentidores y expresadores del milagro nativo.

* * *

Pienso que a estos muchachos entusiastas, todavía desconocidos, ligados por amistad sincera y un ideal radiante de difusión de nuestra música vernácula, todos deberíamos ponerlas el hombro. Porque merecen surgir.

Escuchando sus músicas de personalísima ejecución, hablando con ellos, un nudo de emoción me apretaba la garganta: “esta es la estirpe juvenil que la Patria necesita.” La que soñé durante medio siglo y en cincuenta libros. Los hombres nuevos de la nueva Bolivia que recogen las voces del ancestro y las proyectan al futuro. La fina y fuerte fibra emotiva que hará vibrar a las generaciones de hoy y de mañana.

Saliendo del retiro semi-monástico en que vivo — el hogar, los libros, mis escritos — he compartido con estos muchachos del Grupo Aimára horas que jamás olvidaré.

Admiro su pasión, su entereza, su nobleza juveniles. Y les auguro muchos años de dicha y e victoria. Porque aquellos que llevan la Patria en el corazón, la destreza en las manos, y la llama sagrada del arte en la voluntad, son los constructores del Destino.

Así sea. Para honra de Bolivia y de la estirpe aimára.

EL SECRETO DE LOS ANDES

- Obra prodigiosa de esfuerzo personal, técnica fotográfica y genuina expresión de la realidad y del alma nacionales, debida a la creación de Oscar Eduardo Ruiz Calero.

El asombro – decía el Estagirita — es el principio de la filosofía. Añadiremos que es, asimismo, la más alta expresión del arte. Donde asoma el asombro cobra vitalidad trascendental la obra contemplada. La admiración calibra las creaciones del artista. Lo no admirable no es digno de perpetuarse en el tiempo. Mídese el valor de las realizaciones humanas por su poder de irradiación espiritual. Soy, llamo, atraigo, amarro con mi fuerza envolvente — es la estética de toda alta creación.

Esta es la primera impresión que deja el libro EL SECRETO DE LOS ANDES de Oscar Eduardo Ruiz Calero: asombro y suspenso por lo portentoso del esfuerzo y la maravilla de la reproducción gráfica.

Conocemos buenos libros de fotografías en blanco y negro y en color: el de calcografías de Gertsman; “Bolivia” de Herbert Hirschhoff de 1942; “Arriba-abajo” de Hans Ertl de 1959; “Bolivia” con fotos de Fred Kholer y otros; “Bolivia, cetastre ignoré”, fotos de Jean Manzon, título e introducción de Fernando Diez de Medina, París 1960. Buenas obras repetimos que honran al país, y a sus autores.

Pero ninguna de ellas puede compararse con esta soberbia manifestación de artes gráficas y tipográficas de “EL SECRETO DE LOS ANDES” QUE REALMENTE DESLUMBRA en forma y contenido como un alarde superior en lo técnico y en lo artístico.

Es un libro de gran formato de 212 páginas con 185 fotografías a todo color, impreso en finísimo papel porcelana, que fue realizado por editorial Imatgrom, Barcelona España, pero bajo la dirección del propio autor y con procedimientos técnicos de su propia invención que, aunque parezca decirlo, mejora en la reproducción gráfica el original fotográfico, dando extraordinaria calidad al juego de sombras, luces y matices de la fotografía. Ni en obras impresas en Suiza o Alemania hemos visto tal perfección visual ni tan ajustada al mundo cromático que se estudia y reproduce.

Aleccionadora es la historia y génesis de este hermoso libro. Muchos años de paciente, sacrificado y laborioso peregrinar por los caminos de la Patria, buscando no ya la simple propaganda gráfica, al uso mercantil o el reclamo turístico norteamericano, sino ahondando en lo genuino de la realidad y del alma nacionales. No el simple motivo folklórico, mas la expresión auténtica de los paisajes, pobladores, usos y costumbres de cada región. Montañas, valles y llanos captados con mágica visión. Los moradores en su ámbito típico, la naturaleza en el juego ofuscador de sus galas. Transpuesto todo en un lenguaje plástico de lírica armonía.

La gradación de los tonos es admirable, el colorido magistral. No la simple fotografía plana que ahoga los matices, sino el miraje en profundidad, que gradúa delicadamente las tintas distintas de un mismo color, al extremo que es lícito afirmar que en estas páginas la fotografía adquiere una vibración lumínica extraordinariamente sugestiva.

Estos son los Andes ancestrales en su grandiosa realidad física, en su variedad étnica, en su belleza típica. Estupendo escenario natural en el cual el hombre perdura aunando lo milenario

con lo actual. Oscar Ruiz persiguió tenazmente los valores mitológicos y costumbristas, en su recóndita verdad. Viajó mucho, se arriesgó más. Su lente audaz y tenaz descubrió motivaciones casi ignoradas del mundo andino, características particulares del medio indio y de otros núcleos poblacionales, escenas difíciles de percibir para el simple turista o caminante que no tenga, como él el sentido intuitivo del suelo y de la raza.

El título de la obra no puede ser más sugestivo: el Secreto de los Andes, sí, en su natural esplendor y en su mágica revelación cromática. Es un friso gigantesco de planos, volúmenes, figuras y colores en dimensión de profundidad y novedad. Aun conociendo hondamente nuestro mundo nativo, en las reproducciones del artista nos aparece como nuevo, inédito, revestido de una frescura elemental. No en mensaje turístico o de reclamo comercial sino en aquel otro más significativo de transfiguración estética por la doble vía del perfeccionamiento técnico y del amor interpretativo del mundo autóctono.

Este suntuoso desfile de fotografías en color enseña mejor lo que es Bolivia que veinte textos de historia geografía, o propaganda sociológica.

Los montes soberbios de belleza, los pobladores captados en su verdad primordial, los paisajes capturados desde ángulos movibles y certeros. E como si detrás de la Bolivia de todos los días que no sabemos ver porque nos opaca la visión del dinamismo cosmopolita, brotara otra Bolivia lenta y extática, saturada de esencias entrañables, la patria fidedigna de un pasado grandioso que pocos alcanzan en los rasgos supervivientes del mundo indio, todo él transido de novedad y majestad.

Para lograr traducir en un libro de imágenes la magia de esa patria prodigiosa que no sabemos ver y menos sentir. Oscar Ruiz ha realizado un esfuerzo invaluable, ejemplo de fe, de ternura, de abnegación: después de consagrar largos años de su vida a la creación de su obra, tuvo que vender su casa y su auto para trasladarse con su familia a España donde vivió dos años dirigiendo personalmente el libro. Jugó a una sola carta todo: vida, familia, futuro, éxito probable o improbable. Y éste es su mayor mérito: haber sacrificado todo a la realización de un ideal de verdad y de belleza que la diosa victoria ha premiado holgadamente. Porque después de adquirir este bello volumen de fotografías a color, nadie podrá olvidar el nombre ni el renombre de Oscar Ruiz.

La fotografía en colores ha pasado, de simple reproducción mecánica, a la categoría de obra de arte. ¡Qué pupila zahorí, qué magia de los tonos, qué contrastes de las luces y las sombras, que gradación finísimas en los matices del color, y sobre todo qué sentido significativo en la captación de personas y lugares en el movimiento natural de sus hábitos y su estética natural!

El autor me ha honrado al tomar fragmentos de mi libro NAYJAMA que se acomodan perfectamente al relato gráfico de la obra, en simbiosis armoniosa de palabra e imagen, junto con pensamientos adecuados de Ramos, Crespo, Otero, Oblitas, Paredes, Bothelo, Rodrigo, Sanjinés, Boudin, Mendoza, Guzmán Arze, Buck, Bravo, Lugones, Augusto Guzmán, Keyserling y D'Orbigny.

Se puede hojear largamente EL SECRETO DE LOS ANDES, y muchas veces. Siempre aparecerá nuevo y distinto, de inagotable significación porque como la naturaleza misma está henchido de un mensaje amoroso de verdad y de sentido. Sus cinco capítulos hablan por sí solos: Un Pasado Viviente, La Hoja Sagrada, Los Médicos Brujos, La Fiesta de la Fecundidad, Los Muertos Vivientes.

Jamás ví fotografías tan hermosas de tipos humanos, del Titikaka, de los nevados ancestrales, de las danzas indígenas y sus procesiones rituales, de las vestimentas típicas, de la flora andina, de los yungas paceños, de los tejidos aimaras del tremendo escenario andino.

"Illimani" surge en su belleza imponente y rivalizando con él la cumbre formidable del "Aka-Mani" nuevo coloso de la mitografía kolla. "Chullpares" que parecen gigantes petrificados. El mundo esotérico de los indios de Curva. Las luchas seculares de Laines y Jucumanis. Los adoratorios de los Chipayas. Las llamas vistosas el Cóndor augusto. El orbe de los Callawayas.

La divinación por la coca. Los nevados sagrados de la Gran Cordillera. Y cien modalidades del paisaje y del morador aimaras que el lente de Oscar ha captado con vívido esplendor.

Este libro es una biblia gráfica del pasado y del presente de las grandes comunidades kollas. Es, verdaderamente, el enigma revelado de los Andes que encuentran en el Ande Boliviano su mayor expresión de pureza y novedad.

Un somero análisis no puede agotar las profundas bellezas y revelaciones de esta magistral versión del orbe andino. Como el paisaje altiplánico cuanto más se mira más enseña.

Oscar Ruiz merece reconocimiento de la Patria. Ha hecho por Bolivia más que cien textos de propaganda. Su obra debe ser difundida más que entre nosotros en el exterior y traducida por lo menos al inglés, al francés y al alemán. El Estado y la empresa privada deben poner los ojos en ella y pensar en financiar futuras ediciones. Es por la vía estética cómo mejor se hacen conocer naciones y costumbres.

El inmenso esfuerzo de este joven artista no puede caer en el vacío. Es la creación de uno para muchos. La aparición de esta primera edición no compensa los sacrificios, la energía ni las privaciones de su autor para darnos esta bellísima obra que representa la capacidad creadora del boliviano en su más alto sentido de verdad y de belleza.

EL SECRETO DE LOS ANDES, desde su magnífica portada hasta la última página, es un canto ferviente de amor a Bolivia. Sepamos agradecer y difundirlo con orgullo de buenos bolivianos.

PRIMER MENSAJE DE PHANTY-ARU A LOS BOLIVIANOS

La tristeza boliviana sube por mis venas. No quiero ser profeta de desdichas. Ni agorero.

Pero el Hombre Nuevo y la Nueva Nación soportarán primero su carga de congojas.

Creo en el ansiado y resplandeciente amanecer que ahuyentará las sombras del duro presente.

Y a los vacilantes digo: ¡alzaos de la inercia y de la duda! La Patria ideal nos redimirá de la morada pesarosa.

No importa que transcurramos en tiempo dolorido y trunco. Seremos un día reintegrados. Para siempre.

Yo soy "Phanty-Aru" el de lenguaje florido y veraz. No me envanezco. Rendí culto a la Belleza y al Misterio. Busqué novedad.

Pero es más la Verdad. Más el dolor humano. Si tomas la carga ajena se te aliviará el camino.

De piedras y de estrellas es el habitual transitar. Y el Arte debe cobijarlas separadamente.

Diré del país más antiguo y sin embargo el de menor juventud. Y de su pueblo el desgarrado.

Mayor enigma no lo hubo: el Hijo de los Dioses signado por los Hadas. Luchando contra el Ángel.

La palabra se encoleriza, Rugen los gritos. Arden los corazones: "¡no puede ser, no puede ser!"

¿Cómo de los imperios más regulares se pudo descender a la Nación débil EX Y confusa?
¿Por qué la adversidad?

El Pasado: voces de bronce. Presente: timbales tímidos. No obstante se anuncia la gran trompa sonora del Futuro.

Grata es la permanencia en el suelo viejísimo. Pero también surcado de peligros y ansiedad.

Y sus gentes buenas y confiadas. Dignas de un destino mejor. Raza compuesta, sublime raza.

En el aire joven de los amaneceres resuena una Sonata de Esperanza. Sutil designio. Cifra enigmática.

Hay tanto por construir y se destruye. Tanto por amar y se enconan los ánimos. Nacemos divididos.

El inventario de las pasiones: abundante. La fuerza de los ímpetus: fuerza sin rumbo. Desorientados.

Pero todo mal anticipa saludable mejoría. Sabremos crecer en armonía y disciplina. Sol victorioso.

Revolución, integración: palabras mágicas. Pero más vale edificar que demoler. Dulce soñar, sereno hacer.

Pueblo valeroso, estoico, indestructible. Lloro en la música. Ríe en la danza. Erguido siempre no empece los contrastes.

Minero, obrero, campesino, profesional, técnico, estudiante. Todos esforzados. Nostalgia de Mar, amadores del Terruño.

Y sus mujeres plenas de salud y de virtud. Y sus niños desbordantes de alegría. Familia excelsa.

Catálogo de penas y de júbilos. ¿Quién lo comprenderá? En una misma espiga orgullo, deberes, sufrimiento.

Más no pertenezco a la estirpe de negadores y pesimistas. De la sombra brotará la luz. Júbilos de penas.

Haré de la Tristeza una alegría. Afirmo la creatividad del Hombre. Convertiré el páramo en vergel.

Y a las almas digo, a las indeclinables voluntades: "debemos ascender a un despertar nacional. ¡Moverse, conmoverse!

Palabra de Phanty-Aru, el de lenguaje florido, el de habla verídica, el que padece y enaltece la Patria en el Verbo y en la Acción.

SEGUNDO MENSAJE DE PHANTY-ARU A LOS BOLIVIANOS

Vengo de la enfermedad. De la soledad. De la ansiedad de la Patria desgarrada. Y a vosotros digo con palabra de fervor: a vosotros jóvenes que aun tenéis la sangre cálida y el pulso ágil, impetuoso.

Abandonad los viejos caminos abolidos. Buscad la apertura al nuevo rumbo que llama a los audaces e inconformes.

Desconfiad de los falsos profetas, de los líderes caducos, de los simuladores de virtud que ya nada os pueden enseñar.

El socialismo miente. El capitalismo engaña. Dictadura y democracia sólo llevan a la opresión y la anarquía.

Inventad un nuevo lenguaje político. Una distinta gramática social. Una economía orgánica y dinámica.

Las viejas recetas en boga no sirven ya. El nuevo Estado Nacional no debe levantarse sobre estructuras gastadas y corruptas.

¡Quemad las banderas descoloridas de las doctrinas exhaustas. Enarbolad los pabellones inéditos de una naciente ideología!

Nuevas ideas. Nuevos líderes. Nuevos partidos y formas de agrupación social. Basta de vicios y de intrigas.

Mirad más allá del pasado fullero y del presente ominoso. Aprended a caminar solos, escuchando sólo al Maestro Interior.

La Constitución no es árbol viejo; es planta joven y requiere sol, aire, luz, riego, poda, injertos, cuidados renovados.

Revolución de masas, no. Revolución de masas, si. Endureceos en la formación de conciencias nobles, saludables, innovadoras.

En este tiempo de crisis que a todos amenaza, sed maestros de idealismo, luchadores de fe, de coraje, de optimismo varonil.

Dios, Patria, Hogar, Deber, Honor, Trabajo, Disciplina, Amistad, Responsabilidad son palabras de fuego. Espadas de futuro.

Erigid el Nuevo Templo desde los cimientos. Sin odio, sin sangre, sin violencia. Por la palabra y la voluntad ejemplarizadoras.

La norma cristiana en los corazones. El entusiasmo indeclinable en los ánimos. Sed los cruzados de una sociedad mejor.

Contra la dispersión reinante, contra la corrupción social, contra el encono político, el acercamiento que liga y consolida.

Sed los arquitectos de vuestro propio destino, los ingenieros de una nueva edificación social.

Hablad menos, obrad más No falsificar la historia: honrad a los buenos, repudiad a los malos.

Haced de esta pequeña Patria desordenada y dividida, una fuerte y homogénea Nación bien vertebrada en sus células políticas y humanas.

Tocante al Mar: no caer en las trampas chilenas. Hacedos fuertes, creced desde adentro. La Montaña sabrá llegar a la líquida llanura.

No vacilar, no desmayar. Cuanto más peligroso el camino más bello el sol de la victoria que aguarda al esforzado.

Fuera drogadicismo y sectarismo, violencia y codicia. Volved a la ciencia, al libro, a la técnica, a las artes, al deporte.

Violentad al destino adverso. Vertebrad lo invertebrado. Decid a la América que Bolivia padece pero no se rinde.

Los tiempos son durísimos. No desconfiar, no desesperar. Siempre hay una estrella en el cielo de los valerosos.

¡Atrevedos a ser los forjadores de un nuevo atrevimiento! Quemad los viejos ídolos. Esculpid en el granito azul de la fábula las hazañas que aun no han sido.

Palabra de "Phanty-Aru", el de lenguaje florido, el de habla verídica que padece y enaltece la Patria en el Verbo y en la Acción.

TERCER MENSAJE DE PHANTY-ARU A LOS BOLIVIANOS

He aquí: nos ha tocado tiempo de renunciamientos y de sacrificio. Los felices años antiguos pasaron. El presente aparece torvo, sombrío, preñado de amenazas. Incierto el futuro.

Pero no desesperar: sólo caen los pueblos que se sienten vencidos. Las tormentas aniquilan a los débiles, fortalecen a los fuertes. ¡Luchad, confiad, alzaos contra el destino adverso!

Evitad la actual dispersión de voluntades. Esa siembra de odios y resentimientos que envenena el alma nacional. Apoyaos los unos en los otros. Que cada cual sea báculo de su prójimo.

Comprended que no se trata sólo de obtener el pan de cada día. Se trata de salvar la Nación desgarrada por sus propios hijos. De restañar las heridas por las cuales se desangra la Patria.

Ya gobernantes y gobernados digo con palabra de verdad: acercaos, uníos, oponed un frente único de pensamiento y de acción al torbellino de la crisis. Sois soldados de una misma causa.

Primero volver los ojos al Señor. La plegaria es el arma de los justos. No gemir, no desesperar. Confiar en que de la angustia actual brotará la esperanza de un porvenir mejor.

Ya los de arriba ya los de abajo exhorto: no tengáis temor de rectificar errores o modificar actitudes. Se necesita mas coraje para corregir un equívoco que para persistir en el error.

1986 será el año crucial para Bolivia: nos disolvemos en la anarquía, incubada en los tres últimos años o salimos adelante.

No esperararlo todo de la ayuda exterior. Más importante es el fuego interior que funde los metales de la recuperación.

Basta de rencillas, rencores y ambiciones de poder. Que cesen las pasiones la inmoralidad, el amor a la ganancia fácil e ilícita. Son los vicios las que devoran a las naciones.

Abominad de la demagogia sindical pero combatid también el abuso empresarial. Volved los ojos a la doctrina social de la Iglesia: una sociedad más justa exenta de explotados y olvidados.

Si lo primordial es por ahora, fijar salarios adecuados a la hiperinflación, evitar el alza constante de los precios, combatir el drogadicismo y el contrabando. En suma: depurar el desbarajuste económico.

Volved también la mirada a la periferia. Las fronteras están abandonadas. Vecinos codiciosos nos penetran pacíficamente y se van asentando en tierras bolivianas. Así comenzaron el Pacífico y el Acre.

No cerréis los ojos al descontento popular, a las necesidades de los pueblos, al desempleo, a las exoneraciones en la administración pública y en la empresa privada. Conducen a la subversión.

Una vez más insisto: patronos, técnicos empleados y trabajadores deben actuar en un plano cuatridimensional que asegure el equilibrio económico y la paz social.

Basta de retóricas infusas y programas ampulosos. Necesitáis ideas claras, planteamientos realistas, medidas justas. Ni la crítica enconada ni la pedantería conceptualista.

No se descalifiquen políticos ni se desconfié de los técnicos. Cada cual hace lo que se puede dentro de la tempestad de mudanza que sacude al mundo.

No se pongan piedras en el camino de los que mandan ni se azuzen emulaciones en la fauna de los que critican. Todos tienen derecho al respeto y a la confianza ajenos.

Asumid vuestros deberes y vuestras responsabilidades con serena conciencia de patria. Trabajad para el conjunto humano, y no sólo por el egoísmo individual.

No perder la cabeza ni perturbar el corazón: son las grandes crisis las que prueban a los hombres y las naciones. ¡El que quiere vencer, vence! Sólo desaparecen los medrosos y los .incrédulos.

Después de Dios refugiaos en la familia: de ella proceden vuestra fe, vuestra confianza en la vida, vuestra esperanza en el poder resurrector del amor que liga y consolida.

“¡Mira en ti, esa es tu patria!” — dijo el poeta. Como seáis y obréis vosotros, así surgirá y se engrandecerá ella. Thunupa es el deber. Nayjama el buscador. Sariri el caminante sin reposo.

Amad y creed en los símbolos misteriosos del ancestro. Reedificad con valentía y con esfuerzo la Nueva Patria que se desgarró en vuestros corazones.

Y a los rigores durísimos que nos acosan respondedles.

— ¡Fe y esperanza bolivianos! Lucha y disciplina. Vocación de servicio y sacrificio. BOLIVIA indestructible renacerá de la hoguera que la consume fuerte, organizada, y armoniosa como las cumbres legendarias de sus nevados inmortales!

Palabra de Phanty-Aru, el de lenguaje verídico y florido, que padece la Patria y la enaltece en el Verbo y en la Acción.

CUARTO MENSAJE DE PHANTY-ARU A LOS BOLIVIANOS

Hágase la paz entre los turbulentos, serenidad frente a las críticas injustas. Cúmplanse la palabra empeñada y los acuerdos acordados. Sin credibilidad no hay armonía.

Ahuyentad la maledicencia y el rumor. No se alzen hermanos contra hermanos ni lenguas se disparen frenéticas, nunca irritación ni despecho construyeron nada estable.

Servid a la Patria sin esperar recompensa. Proteged la santidad de los hogares. Ayuda al caído y al desamparado. Como luz de estrellas la ternura descienda sobre el prójimo.

Frenad los instintos. Aventad la desesperación. Que la acción previsora inteligente, predomine sobre los disturbios callejeros. Ni gritos ni violencia conjuran las crisis.

El desarme espiritual precede a toda recuperación económica. No abuséis del diálogo ni del derecho de petición. Buscad el justo medio entre necesidad y posibilidad.

Por la larga que aún sea la riqueza minera re-dimensionar la producción agrícola: la tierra es fuente y origen de toda verdadera grandeza nacional.

Que la Escuela y la Universidad se aparten del politiquerismo. No queremos pichones de demagogia sino ciudadanos respetables y profesionales probos.

Cruzaos contra el vicio y la corrupción. La inmoralidad está destruyendo nuestro país. Necesitamos leyes más.

El mundo y la humanidad están en crisis: moral, política, social y financiera. Todo revuelto. Oscuros los caminos del hombre, su marcha indecisa y vacilante.

Pero no seáis agoreros de infortunio y de zozobras. Levantaos de las lamentaciones y de la inercia. ¡Afrontad la adversidad con ánimo esforzado!

Basta ya de gimoteos e irisipelas de la voluntad. Sed buenos cristianos valerosos, pacientes, abnegados. Vencedores de conflictos, subyugadores de contrastes.

Uníos, uníos; de prisa! Frente al mensaje de amor del Cristo, a la discordia social, al llamado del mar, a la constancia de la tierra. Os conjuran deberes solidarios.

Nuestra historia discurre cuajada de pesares y de yerros, en cierto modo peores los de hoy que los de ayer. Mas no vacilar no desmayar: la fe del hombre transporta montañas.

No se exija demasiado de los gobernantes, comparten nuestras aflicciones. Pero hacer más por los gobernados y por los necesitados. La muchedumbre y jueces más honestos, autoridades incorruptibles.

El dinero es indispensable pero mal habido esconde el rabo de Lucifer. Mas vale el esplendor de una conducta recta que todas las fortunas ilícitas y apresuradas.

Que los poderosos de arriba no abusen con sus ingresos y sus gastos, y dediquen mejor atención a los requerimientos de los de abajo. Riqueza mal distribuida es semiente de aniquilamiento.

La patria no es un usufructo sino un deber y una herencia que debemos conservar limpios de mancha para nuestros hijos.

Confíad en Dios mas no esperéis todo de su bondad. El ayuda a quien se ayuda. Religión y actividad humana van de la mano. Oración y acción se complementan.

En esta hora de incertidumbres no desfallezcáis. Al contrario: fortaleceos en las privaciones y en el espíritu de sacrificio. Que un optimismo viril, heroico, disipe las sombras.

Desconfiad del dinero fácil que no se gana con el sudor de la frente sino por malas artes: envilece y es veneno. Sed ciudadanos de buena cepa pobres pero honrados.

¡Coraje, bolivianos! Todo se presenta adverso, todo podrá mejorar si tenéis fe en el corazón y fuego en la voluntad. Desde ahora y para siempre. Así sea.

Palabra de "Phanty-Aru" el de lenguaje florido, que padece la Patria y la enaltece en el Verbo y en la Acción.

QUINTO MENSAJE DE PHANTY-ARU A LOS BOLIVIANOS

¿Será la despedida, premonición, o un hito en el camino?

A vosotros digo, hermanos en la sangre y en el alma: Patria de desventura nos fue asignada: por eso mismo haceos dignos de lucha y sacrificio.

No exijáis todo al Jefe de Hombres Dadle vuestra fe, vuestras energías, corazones ardientes, voluntades diamantinas. Endureceos en el trabajo y la disciplina.

Que cada cual sea centinela de su propia responsabilidad y del líquido fluir de las muchedumbres. ¡Levantaos de la inercia y la violencia! Concertad fuerzas y entusiasmos.

Necesitáis los grandes modelos de la historia. Si al Cristo debéis excelencias del espíritu, que la música viril de Beethoven y el genio creador de Bolívar guíen vuestros pasos.

Necesitáis jugo de razas, saberes confluyentes. La tierra los mitos y el alma india se conjuncionen con el ímpetu mestizo y la claridad transeuropea.

Las montañas son lecciones vivas de osadía y poderío. Los valles cantan y enriquecen. Selvas y llanuras llaman a la acción. Inmensa herencia nos fue otorgada. ¿Qué esperáis para disfrutarla?

La Nación es hechura de sus hijos: como seáis vosotros ella será. Responded al desafío del Destino. Pensad siempre en el Mar que volverá por vuestra inquebrantable decisión.

Solidaridad y entendimiento fortalecen: dispersión y divisionismo aniquilan. ¿Por qué violencia, pendencia, envidias ángeles negros? A las masas perplejas, a líderes vacilantes sin infundíbles confianza.

Porque es uno siempre el abridor de caminos, una brújula que orienta y desafía. Alentad al varón recto y capaz, prescindid del codicioso y del ingrato. Escoged entre los hombres.

La conducta de cada cual redimirá a la grey desconcertada. El hombre y la mujer son buenos pero política y ambición los pervierten. El que sabe conducirles abre caminos a las estrellas.

Manejad con rienda corta la voluntad porque sólo cuando el pensar vertiginoso se transmuta en acciones controladas se puede hablar de victorias razonables. Trabajad sin esperar recompensa.

Y no temáis a frustraciones contingentes ni a impacencias angustiosas. Todo ser humano está expuesto a los contrastes y debe afrontarlos y vencerlos con constancia y coraje.

Que el alma busque a las almas, se multipliquen los encuentros. Ciudadano y comunidad se integran, enfrentarlos es pecado contra la nación que los requiere unidos.

Cread una conciencia territorial, un sentimiento de humanidad constructiva especialmente para con madres, niños y ancianos. Fundid los núcleos étnicos en un solo tipo racial y virginal.

Una sea vuestra consigna: vencer del miedo y la indolencia. Soñar en la unidad continental pero contraerse primero a la integración geográfica y humana de los conjuntos nacionales.

Cesen disturbios y rencillas. Que el dinero sirva al hombre y no el hombre al dinero. Combatir valerosamente al narcotráfico, al contrabando, a las coimas, hurtos y otros males de nuestra época.

El hombre se hace entre hombres y la juventud es su tesoro mayor: saber guiarla, ni mucho rigor ni mucha blandura. Formar conciencias es más noble que organizar empresas.

Hermanos bolivianos os digo: no permitáis humillación mas no seáis orgullosos. El santo asciende siempre más alto que el sabio y el guerrero. Cultura y saber son las alas mayores.

Vuestras palabras sean de verdad y de justicia, vuestras acciones de generosidad y de amor a los seres vivos. Pensad también en los que se fueron y os dejaron su memoria y su encanto.

A este tiempo de aflicciones y quebrantos respondedle con la confianza en Dios, la propia voluntad recuperadora y la torre de los entusiasmos. Servid a la vida sin temor y sin descanso.

Honrad la condición humana: a mayor dificultad más entereza. El boliviano sufre pero no se rinde.

Surjan la Patria Mejor y el Hombre Nuevo de la heredad desgarradora desde adentro y por afuera. Todos para todos. Y en coros de salud moral y de nobleza espiritual surjan las nuevas generaciones.

Estas son las palabras en el ocaso de su vida de "Phanty-Aru", el de lenguaje florido, que padeció la Patria y la enalteció en el verbo y en la acción.

La presente primera edición de "DEL FUGITIVO PENSAR"
Es propiedad del Editor Rolando Díez de Medina, © 2007.
La Paz - Bolivia

[Inicio](#)